

OBRAS REUNIDAS VI

Crónica
de la
intervención

JUAN GARCÍA PONCE





OBRAS REUNIDAS

VI

JUAN GARCÍA PONCE

OBRAS REUNIDAS

VI

Crónica de la intervención



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (Bruguera), 1982
Segunda edición (Conaculta), 1992
Primera edición (FCE, Letras Mexicanas), 2001
Segunda edición (FCE, Obras Reunidas), 2012

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

García Ponce, Juan

Obras reunidas, VI. Crónica de la intervención / Juan García Ponce — México : FCE, 2012
687 p. ; 26 × 19 cm — (Colec. Obras Reunidas)
ISBN 978-968-16-6986-7 (Obra completa)
ISBN 978-607-16-0997-7 (Tomo VI)

1. Novela 2. Literatura mexicana — Siglo XX I. Ser. II. t.

LC PQ7297.G815

Dewey M863 G532o

Distribución mundial

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110, Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de forro e interiores: R/4, Pablo Rulfo
Fotografía de portada: Rogelio Cuéllar

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6986-7 (empastado, Obra completa)
ISBN 978-607-16-0997-7 (empastado, Tomo VI)
ISBN 978-607-16-1033-1 (epub)
ISBN 978-607-16-4854-9 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Í N D I C E

I. Con Esteban	9
II. Primera comunión	21
III. Evodio Martínez	40
IV. Carta de Anselmo	55
V. Posibilidades	75
VI. Grabación técnica	103
VII. Noche de fiesta	115
VIII. Conversación sobre el futuro y el pasado	145
IX. Fin de semana	157
X. Páginas de diario	183
XI. Grandes perspectivas	203
XII. Coincidencias	226
XIII. Hacia atrás	254
XIV. La visita	272
XV. El deporte y la cultura	288
XVI. Carta de Anselmo	315
XVII. Recapitulación y nuevos avances	338
XVIII. Viaje al paraíso	363
XIX. La gravedad y la gracia	395
XX. El otro espejo	427
XXI. Proyecto del doctor Alfonso Raygadas para un opúsculo sobre un caso de personalidad múltiple	442
XXII. El regreso	453
XXIII. Rendición incondicional	473
XXIV. Pornografía	500
XXV. Desvaríos y presagios	525
XXVI. Los reinos fronterizos	545
XXVII. Páginas de diario	570
XXVIII. Dificultades imprevistas	591
XXIX. Sucesos (públicos y privados)	616
XXX. Con Esteban	677

I. Con Esteban

... una imagen no tiene ser en sí; en cambio, es toda ella
intelección. PIERRE KLOSSOWSKI, *Roberte ce soir*

... la indiferencia se muestra en la intervención que la
manifiesta, que expone su fuerza y, por decirlo así, su in-
tensidad. GEORGES BATAILLE, *Manet*

QUIERO QUE ME COJAN todo el día y toda la noche. Lo dijo, eso fue lo que dijo. De regreso del baño, mirándonos a Anselmo y a mí acostados aquí en la cama y que la mirábamos también. Huelo a ella; todo huele a ella. Desnuda en el marco de la puerta. Alzó los brazos y era como si quisiera borrarse por completo. Pero su cuerpo no la dejaba. No sé qué puedo recordar. Corrió en seguida a la cama, como si no soportara estar lejos. ¿De qué no soportaba estar lejos? Cuando caímos en la cama por primera vez me tenía agarrado el sexo. Su mano en mi sexo. Ya le había visto las manos, desde que llegó. Era fascinante cómo las movía. Allí estaba la necesidad de darse. Pero ¿por qué? Ella sólo nos oía. Con la pierna cruzada se le veían los muslos. No se pueden cruzar así las piernas. Ya sabía lo que iba a pasar. Pero ni siquiera me conocía. Por eso; era mejor. No saber lo que iban a hacer con ella. En la cama, Anselmo empezó a besarle los pechos. Pero cuando yo me le subí y entré dijo: “No, míralo, me está cogiendo. No lo dejes”. Movía la cabeza de un lado a otro como si le estuviera haciendo daño y mientras, abajo, sus caderas y sus nalgas se movían conmigo. Le estaba encantando mientras decía no. Sus manos en mi espalda y su respiración. Anselmo me quitó. “Déjala.” Y yo obedecí. Salir de su sexo. Pero fue ella la que se quedó en un

vacío. No sé qué siguió luego. Los dos acariciándola. Y después Anselmo se la estaba cogiendo y yo los miraba y no sabía qué hacer. Fue ella la que se lo pidió a Anselmo. Y él aceptó. “Méteselo por detrás” me dijo, y se puso a coger de lado. Cuando entré ella se quejó. Dio un grito. Pero cómo se movía. Sentía hasta el pito de Anselmo del otro lado. Y la venida. Un puro lamento. Fue ella la que se levantó para ir al baño. La vi como si no la conociera. Era sólo su cuerpo. Vi su espalda y sus nalgas. Anselmo y yo solos en la cama. Mariana, te quiero.

No quiero abrir los ojos. Ya hay luz. Si abro los ojos las imágenes me envolverán. Mi árbol fuera. Uno está en el mundo. “Cógetela tú ahora, yo ya no puedo más”, dijo Anselmo. Mariana lo oyó y se quedó esperando. ¡Qué dulce era! Su figura tendida en la cama, esperando. En tanto no había nada. Fue más que cogérsela. ¿Qué hizo Anselmo mientras? Cuando llegaron yo estaba leyendo, después de pasarme toda la tarde en el cuarto oscuro. No me gusta salir y que haya oscurecido ya. La sala se vuelve una piscina de luz sin nada alrededor. Saber que afuera está el patio de la escuela callado y vacío. La manía de ver el fresno. Abre los ojos entonces. No. Huelo a ti, Mariana. Oír el timbre y darse cuenta de que uno estaba esperando que pasara algo cuando sa-

bía que nadie podía venir. No la vi al tirarle la llave a Anselmo. Sólo que venía con alguien. Es típico de Anselmo que se precipitara sobre el libro. *Porque el sueño y la muerte nada tienen ya que decirse.* Tú me miraste un instante y sonreíste. Tan vestida, con tu falda gris y tu suéter negro y tus botas. Pero hubo algo al quitarte el abrigo, como si te desnudaras ya. Me dieron ganas de fotografiarte en seguida. Y ahora tengo las fotos.

Qué locura. ¿Importa no saber hacia dónde va uno? Cualquier médico diría que me usaron como objeto. ¿Y entonces ella qué sería? Una pura curiosidad. Nada más seguir porque uno tiene que esperar para saber qué le va a pasar. Pero venía con Anselmo. Quiero decir, ¿es su novia?, ¿era su novia? No. Ella no es de nadie.

“No” es la más bella palabra. Poder decir siempre no. ¿Estás lo que se llama “perturbado”? Éste ya ni siquiera es un ensueño cachondo. Pero no serías capaz de salir de la cama, ni de abrir los ojos. Las imágenes a oscuras, como en el cuarto oscuro.

No se tienen amigos que se van a Japón y llegan a despedirse la noche anterior con alguien como Mariana. Ella lo miraba todo. Me gusta cómo habla Anselmo de mí. En la escuela ya éramos cómplices sin saber de qué. Y ahora oyéndolo es como si me viera de fuera. Pero ella no lo oía. Tampoco nos estaba juzgando. Estaba entrando a mi sala. Como una espectadora, pero no de nosotros, sino del lugar, que tenía que hacerse suyo. Sentada sin hablar, oyendo sin oír. ¡Y tan bella! Tal vez no es bella. Su figura tenía como un recogimiento que era todo exposición. Cuando Anselmo se puso a hablar de los motivos de su viaje sin que cambiara de actitud se sabía que ya lo había oído todo antes, mil veces. Pero ella está, estaba, con Anselmo. No se puede ser tan pedante. Pero yo sé que no es pedante. Es solitario y tierno y desolado. Por eso no puede verme y no puede dejar de venir. Pero entonces tiene que traer a alguien como Mariana. No, no a alguien como Mariana, a Mariana. Fue maravilloso cuando empezó a beber. Desde el primer instante uno sabía que iba a pasar algo, pero ella lo sabía mejor que nadie. Quería como

salvarnos, no sé de qué. Pero... No se podría hacer nada sin los peros.

¿Qué es lo que quieres recuperar? Sólo ese principio con Mariana. No hay más que un principio. Allí empieza y acaba todo. Imagen única. ¿De quién? De mi propio deseo. Pero ahora mi deseo es ella. El olor de esta cama y del cuarto y de la casa. Debe estar por todos lados. Este estar acostado a oscuras y si paso las manos por mi cuerpo son las de ella. Pero no me excito, sino que recuerdo. Ya todo es mental. Sin embargo, si entrara ahora, si no se hubiera ido, si apareciera por esa puerta, desnuda, dejando ver el triángulo negro de su sexo y su ombligo tan plano y extendido donde puse el dedo y su cintura y sus caderas inverosímiles y se acercara. Tiene una frente recta y estrecha y el arco de las cejas más perfecto que he visto. De entre las dos sale una raya vertical a veces. ¿Por qué lo hizo Anselmo? No fue adrede, lo sé. Tenía miedo de irse de pronto; pero venía con ella. ¡Qué despedida! No tiene derecho a dejarme así. ¿Pero cómo es? Tal vez él no le da importancia a ella y yo tampoco tengo por qué dársela. Un objeto también. Imposible. Anselmo la miraba cuando se sentó como yo sé que puede mirar. La nostalgia de la perfección y lo fugaz. Uno toma fotografías por eso. Sólo lo inmóvil cuenta; pero lo inmóvil está muerto. Entonces se puede ir a Japón a contemplar jardines de arena. Dijo: “Ésta es Mariana. Está bien, ¿no?” Ella se rió. “No me mires así.” Tiene una voz cada vez más ronca, que no es bonita y luego es todo. “¿Qué me están haciendo?”, dijo de pronto con una cara de sorpresa en la que estaba el gusto por la ofensa, por el hecho de mostrar que la reconocía como ofensa y la aceptaba como un homenaje. Y uno sabía que no podía estar más seductora y adoraba que pudiese fascinarse de tal modo a sí misma, hasta el olvido total, hasta ser su primera víctima.

Crear una secuencia narrativa para mí solo, por el placer de repetir. Da lo mismo que se abran los ojos: todo se borra alrededor. No existe este cuarto que ahora llega hasta mí. Puedo mirar los cuadros y las paredes y la ventana. Cuando

entramos acá desnudos todos ya, Anselmo me pidió que dejara la puerta abierta para que entrase luz. Mariana tenía ya la mano en mi sexo. Me deseaba a mí. Lo supe cuando se acercó, sin ropa, sólo con sus calzones negros, y apoyó un pezón en mi brazo y lo movió. La música era indispensable como ayuda en ese momento. Sabía que me iba a echar los brazos al cuello y tendría todo su cuerpo pegado al mío, ese cuerpo que acababa de ver, largo, esbelto, con los pechos tan separados. La gente no se desnuda así, como ella lo hizo. Pero no era este cuarto sino la sala. No veas nada. Recuerda. Mientras Anselmo decía: “Voy a ser un monje con hábito amarillo y la cabeza rapada”, ella estaba quieta, sentada en mi sillón, con las piernas cruzadas. Vi sus rodillas y pensé que tenía un aspecto muy serio y sensual, pero quién sabe dónde estaba la sensualidad. La llevaba consigo y no la negaba en ningún momento, pero tampoco le pertenecía, no a la que quería ser en ese instante. Ella había llegado con Anselmo y yo ni siquiera podía saber si era una amiga, una conocida. El placer de Anselmo por sorprenderme, después de tres meses de no verme, como si su obligación fuera impedir toda regularidad, cualquier continuidad. “Los que estamos locos no podemos permitirnos el lujo de entrar a nosotros mismos.” No sabíamos ni lo que decíamos entonces, pero era divertido. Y el placer de Mariana dentro de esa pura suspensión en la que todavía no era nadie. “Toda la poesía occidental va a serme indiferente —dijo Anselmo y en seguida a Mariana—: ¿No quieres una copa?”

No sé por qué Mariana volteó hacia el balcón que da a la calle antes de contestar. Oí el ruido del tráfico. Anselmo tenía todavía el libro de Villaurrutia en la mano. Mariana me miró y sonrió. ¿Cómo sonrío? Era aceptar que esperaba algo. *Correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito.* Anselmo hablando de nosotros como si no estuviera Mariana y Mariana escuchando como si no estuviéramos nosotros y la voz de Anselmo tendiera una cortina de información sobre la que ella cambiaba de postura en el sillón, tomaba de su vaso y me miraba de pronto como si yo fuese el

que tenía que decidir cuál era el papel entre nosotros. Hay una superioridad en cualquier mujer que en un momento dado puede preguntar qué van a hacer conmigo cuando es ella la que se ha colocado en la situación que permitiría que hicieran con ella lo que ella quiere. Para Mariana toda la conversación era una pausa antes de pasar a ocupar el lugar central y en tanto sólo contaba el placer de imponer su presencia, sin ningún esfuerzo, porque era el vértice inevitable. Hubo un instante en que estiró las piernas hacia adelante, levantó un poco los pies del piso, uno junto al otro, se miró las puntas de las botas, alzó los brazos hasta arriba de la cabeza y unió las manos sobre su pelo castaño. La falda gris dejaba ver más de la mitad de sus muslos y cuando subió los brazos sus pechos se levantaron también y los pezones se marcaron en el suéter negro. Desnuda bajo el suéter. Cruzó las piernas de nuevo. Sus muslos, uno sobre el otro, conocidos uno para el otro, indiferentes uno al otro. Sólo unos calzones negros bajo la falda gris. Su nariz es perfecta y el labio inferior, ligeramente partido en medio, la delata y define. Está siempre como volcada sobre sí misma en su aparente olvido. Y Anselmo recordando nuestra infancia, algo de nosotros. Él y yo. ¿Cuándo?

No hay tiempo. Nunca se termina de crecer. No. No se crece; se está inmóvil. La memoria. Yo soy ése; Anselmo es ése. No somos nadie. Quizás si hubiéramos tenido una profesión. Un mundo de adultos en vez de unos niños fijos en un parque. El que siempre será nuestro parque, entre los edificios, cada vez más cerrado sobre su arbitrariedad. Yo en la rotonda, besando a quien sé tan bien, unos labios fríos como el cemento de las bancas y Anselmo llegando a buscarme. Salir del parque y empezar a caminar por las calles vacías, bajo los fresnos, con las luces entre las ramas y una niña entre los dos. ¿Es siempre lo mismo? Jamás, desgraciadamente. No tiene nada que ver. Finalmente se toman fotografías para que todo se quede quieto. Y uno gana dinero con eso y la fotografía se borra también. Anselmo lo ha hecho mejor. Pero ahora quiere desaparecer. No se llega

con alguien como Mariana cuando al día siguiente se va uno al Japón. Un monje con hábito amarillo y la cabeza rapada. Idiota. La gente que más entiende de todo. Mariana oyendo en verdad los poemas, tal vez, y en cambio oyéndolo, sin escuchar, hablar sólo conmigo de nosotros. Sin escuchar, quién sabe. Te gusta que sea así. Puedes recordar mejor su figura. Desnuda bajo la falda y el suéter, con botas, empezando a beber.

Una disponibilidad. A ella le complacía venir con Anselmo. Estaba con él, acompañándolo en su última noche y dejaba ver que, en medio de toda la intimidad entre Anselmo y yo, ella sabía cosas que yo no podía conocer. Las mujeres tenemos una relación distinta. Sin decirlo. Sólo la actitud. Jamás pretendió comentar nada que pudiera parecer inteligente. Me sentí inquieto cuando empezó a caminar por la casa. “¿Vives con unas tías entonces?” “No. Ellas ocupan la parte de abajo. Pero esto es totalmente independiente. Ya lo viste al entrar.” Mariana viniendo ahora a esta casa, sola. Tengo sus fotografías. Todo es ridículo. Lo imborrable de algo inexplicable. “Mira, ésta es Mariana.” Su mano en la mía y ella quitándose el abrigo. La sensación de mi casa mientras ella iba de un lado a otro y Anselmo ponía finalmente el libro en el librero, con todo cuidado, como siempre, aunque no se diera cuenta, igual que lo hacía en su cuarto cuando todavía vivía con su madre.

Resplandeces desde el más absoluto desorden, tirada aquí, en la cama, a mi lado, al lado de Anselmo, tu cuerpo sin fin, de nadie. “¿Qué me están haciendo? No. Sí. Háganmelo.” Mis manos encuentran las de Anselmo en tus pechos, en tu estómago liso como un espejo, tu boca se tiende hacia adelante y no sabe qué labios llegarán a ella, beso tus piernas desde tus pies perfectos y veo en mi ascenso la cabeza de Anselmo que ha apoyado la cara en tu estómago. Tu dolor al entrar yo por detrás, la sensación de estarte abriendo. Pero tú no eres más que una superficie que gime y se retuerce.

Anselmo se sentó junto a ti en el sillón cuando regresaste al que ya era tu lugar. Primero te besó

en el cuello mientras tú me hablabas, ajena por completo en apariencia a ese beso o sin tener que pensar siquiera que tenía derecho a dártelo. “Me gusta mucho cuando retratas patios con casas al fondo, más que los paisajes.” Y Anselmo sin dejar de besarte, con la cara perdida en tu cuello: “Lo mejor son los retratos”. Poder mirarla mientras la besaban. Una especie de resignación, de dejadez. El precio por ser ella. Siguió hablando y no se interrumpía más que cuando Anselmo la besaba en la boca. En cambio él ya sólo estaba atento a las mejillas y a los pómulos y a los párpados. Nunca he visto besar tanto una cara y con tanto amor, aunque Anselmo no lo supiera. Y Mariana era otra persona también bajo esos besos, como si la condujeran a ella misma sin que ella interviniera, como si supiera que nada era más importante que mantenerse aparte y dejar que la revelaran. Pero no sabía nada. Creo que no se aprecia a sí misma. Espera todo de los demás. Por eso su presencia tiene la absoluta belleza del desamparo. Pero también confía. No se puede ser besada así sin saberlo. Es el amor el que hace bellas las cosas, dice Musil.

Anselmo me había olvidado cuando empezó a acariciarla por debajo del suéter. Quién sabe. Tanto Mariana como yo nos llamamos en ese momento. La curiosidad, la lentitud y el cuidado con que empezó a levantárselo. La piel de Mariana bajo la lana negra. Más que un tono, más que una textura: su piel. Ella cambió de posición las piernas, como absorta en sí misma, como olvidada de sí. Yo no quería que nada se moviera, que no se oyera ningún ruido y en cambio ese único movimiento de ella era todo. Anselmo le acarició los pechos por debajo del suéter. “No me metas mano delante de tu amigo.” Se puso de pie y me miró. “Me parece que estoy un poco borracha.” Anselmo en el sillón, mirándola. “Estás divina. Quédate así de pie. No te muevas.” Y a mí: “Deberías tomarle una fotografía”. No supo lo que decía. Ahora yo las tengo. Si me levantara... ¿Qué importa? El momento es mejor yéndose para siempre, irrecuperable. *Una pérdida inminente*. Los dos fascinados, cada quien por su lado, y

ella en el centro. Se quedó quieta en efecto, con sus botas, sus rodillas, su falda, su suéter, su cuello y el pelo castaño. “¿Así?” En seguida hizo un gesto rapidísimo: extendió la mano izquierda sin mover el brazo que caía a lo largo de su cuerpo y levantó el brazo derecho sobre su cabeza, apartando mucho los dedos mientras una de sus piernas se flexionaba apenas.

Una actitud que sólo encuentra su belleza en la ironía. Si me levantara y revelara las fotografías... Tampoco sé a quién le hablo cuando me hablo. La voluntad de ensueño me integra desintegrándome. Se está en la cama y no se quiere salir. ¿Para ir adónde? El recuerdo es más real. Si ahora te recuperas yendo a la Universidad es otra cosa. La tarde y los pasillos solitarios. Las clases sin gente. “¿En qué piensa con esa cara tan triste, Esteban?” Y uno siempre estaba esperando algo, pero no pensaba en nada. El mundo alrededor es el misterio. Un deslumbramiento. Un recogimiento. No hay que dejar que nada te empuje hacia afuera. Pero eso es imposible. De niño... Ésas son conclusiones posteriores. No hay más que fuera. Una apariencia.

Mariana se burla de sus gestos, hace su propia caricatura. Pero esos gestos son ella. No sé si lo sabe. No sé quién es ella. De pronto lo teatral cede el paso a un ensimismamiento. Con la cabeza inclinada hacia un lado, mirando hacia el piso, las manos unidas en la espalda, su perfil exacto, esbelta y grave. Pero la imagen siempre se entrega, abierta o cerrada. Es capaz luego, inmediatamente, sin ninguna transición, de levantar un brazo estirándolo por completo, apoyar la mano en la pared extendiendo los dedos, tender el otro brazo perpendicularmente a su hombro y ocultar la boca y la barbilla detrás, con la cabeza baja, los ojos cerrados; pero ya no es el ensimismamiento sino una actitud. Sin embargo, tal vez la actitud, al ocultarlo, no hace más que mostrar el ensimismamiento. Nunca he visto a nadie tan ajena a la cámara. Estaba borracha, claro. Pero es algo más. El placer de darse en espectáculo, como si quisiera anularse a sí misma, ofenderse a sí misma y celebrarse así. Se acostó en el piso, se puso de

perfil apoyando la cara en un brazo, cerró los ojos, dobló el antebrazo sobre su cabeza, extendió el otro brazo a lo largo de su tronco y levantó la rodilla. Ya se había quitado las botas. La falda resbaló por su muslo descubriéndolo por entero. No era nadie y era todo entonces. Un cuerpo entregado desde su absoluto desamparo a la revelación. El entusiasmo de Anselmo era conmovedor. “Sólo tú puedes hacer eso.” Y la sonrisa de Mariana al incorporarse.

Fue una señal. Instalarse en un puro vacío. Todo se alejó. No había nada alrededor, sólo nosotros tres. Tal vez por eso resultó tan bello y perturbador que Mariana, desnuda ya, abriera de pronto el balcón y se quedase allí, afuera, expuesta y a la vista del que pasara, suponiendo que pudiera pasar alguien a esa hora. Pero la posibilidad existía y ella lo sabía y la buscaba. Su figura en el balcón, desnuda, con los brazos levantados, borracha y loca o loca y borracha, para que nosotros la viéramos, pero no de nosotros sino de todos, igual que era de todos ante la lente de la cámara. Pero eso pasó después. Ya había música y estaba bailando conmigo. Se desprendió de mí para ir afuera, al balcón. El balcón. Como un cuadro de Manet. Berthe Morisot. Pero nada más Mariana en él, desnuda, y nadie para verla, sin contarnos a Anselmo y a mí que estábamos adentro.

Busca un orden. Una palabra tras otra hasta levantar una torre, esbelta y firme como el cuerpo de Mariana. Así se hace: acostado en una cama, cerrado en un cuarto, viendo sin ver, oyendo sólo las palabras que no dices, perdido en un ensueño que alimenta el deseo disuelto. ¿Será posible que Anselmo esté en un avión ahora? Sólo Mariana es real y no sé dónde está. Estaba sentada de nuevo en el sillón cuando regresé con la cámara y las luces. Tenía las piernas cruzadas y los brazos apoyados en los brazos del sillón. Se quedó quieta mientras encendía las lámparas. Fue una pausa bajo la luz total que se hizo de pronto. La fotografía borra el espacio antes de mostrarlo. Mariana se veía absolutamente sola y asustada, quizás. Dio un trago del vaso que tenía en la mano. “¿Y ahora?”, preguntó. “Vas a ser la modelo de Es-

teban”, dijo Anselmo. La primera vez que disparé todavía estaba en la misma posición. Luego se inclinó para bajar el cierre de sus botas. Ella, por su cuenta. Sus piernas desnudas eran el principio de algo para lo que no hay palabras. Unos pies perfectos. Era como si se protegiera mostrándose. Lo mismo que con los gestos. Y la voluntad de obedecer. O la necesidad. ¿Por qué una voluntad, por qué una necesidad? Mariana no se tiene.

Se echó hacia atrás en el sillón, levantó un brazo, como siempre, pero ahora con la copa en la mano, y alzó una pierna. Le tomé muchas fotos allí. Ni siquiera sé dónde estaba Anselmo todo ese tiempo. Ni tampoco al levantarse ella. Sólo volví a verlo cuando la regresó al sillón y quiso quitarle el suéter. “No, espera”, dijo Mariana y lo que se quitó fue la falda. No había dejado de beber, pero era otra cosa además. La cámara la transformaba. Estoy seguro de que en ninguna foto es la misma. Sin falda sus piernas son interminables, como su espalda cuando se inclinó a bajar el cierre de las botas. Mariana sólo puede compararse consigo misma. Pero tú la estás evocando. Repetirla en palabras. Mi fantasma de Mariana. No podía ser más visible cuando se quitó el suéter, mirando hacia la pared, de espaldas a nosotros. El gesto fue de un desprendimiento que la despojaba por completo dejándola sola con la decisión de ofrecerse. Imaginé la cara que no podíamos ver y cuando se volvió era exactamente ésa. Pero antes de espaldas, su cuerpo dividido en dos por el calzón. La imposible relación de su cintura y sus caderas. Y sus nalgas que todavía no veía y por las que he entrado oyéndola quejarse y sintiéndola abrirse al mismo tiempo, inexistente ya, un puro recipiente del deseo, rota en su placer, cuerpo sin cuerpo entre dos cuerpos y centro sin fondo pero que marcaba el límite, el espacio del grito y su absoluta dulzura. La piel dibujaba la columna vertebral como si no pudiera contenerla y al mismo tiempo esa columna no existiera más que como el dibujo en una tela que no es tela, en una piel que no es piel, que es Mariana, una superficie sin fin, curvada conforme las líneas de la espalda se abren desde

la cintura para rematar en la amplitud de los hombros, dejando todavía que el calzón recogiera el surgimiento de las nalgas, de las que se desprenden esas piernas tan largas, que parecen guiarla siempre hacia una juventud imborrable. “Vuélvete, vuélvete, por favor.” Anselmo suplicaba. Ya deberíamos estar muy borrachos, pero el momento fue una detención en la perfecta cima de un absoluto en el que uno quiere mantenerse siempre y desde el que no quiere más que caer. Mariana estaba pegada por completo a la pared. No. Entre su cuerpo y la pared había un abismo, la pared era la neutralidad. Estaba allí, muda y ajena. El cuerpo de Mariana es la vida: su expresión presente. No se debe describir, no se puede tener. Es un puro gozo. A ella la guía, la posee, la conduce a perderse, a encontrarse. Cuando ella lo mira parece estarlo reconociendo, asombrada. Se pone las manos en los muslos, las mueve tocándose apenas y las manos la llevan a la mirada. Sus ojos amarillos o cafés, amarillos y cafés, brillan de felicidad y la sonrisa no es más que el asombro ante la maravilla de ser ella misma. Nunca encontrar a sí y siempre estar en sí. Eso fue después, bailando. Antes se volvió, en efecto, tan despacio, como rendida de pronto. No obedecía a la orden, a la súplica de Anselmo. Era algo más. Ya no quería estar de frente ante la pared. Volverse era aceptar su entrega al mundo. Yo, con la cámara, retratando eso. Se puso de perfil, con la cabeza ligeramente inclinada, la barbilla quedando arriba de su clavícula prodigiosa, los ojos cerrados. Bajo las cejas, sus párpados ce- gaban para siempre el brillo amarillo de sus ojos. Era ya sólo un silencio. Todo su cuerpo estaba callado. La distancia entre las clavículas, la suave curva apenas perceptible que remata los hombros antes de que descendan a la independencia de los brazos, los tendones que rompen la alta limpieza del cuello y los pechos tan separados, con esos pezones perfectos y salientes que veía por primera vez, distancia que se repite más interminable aún hacia abajo para mostrar la dulce forma de las costillas y luego la plana e inabarcable superficie del vientre con ese ombligo para el

que parece abrir un nicho para que señale un centro que no lo es y cuyo verdadero punto yo no podía conocer todavía porque el breve calzón, tan ajeno a ella, me ocultaba su negro resplandor. Tenía los labios cerrados, pero una sonrisa vagaba por ellos, una sonrisa sin lugar, que la cubría por entero: la ropa de su desnudez.

Se dejó caer, se deslizó hacia el piso en seguida. Nadie hubiera podido permanecer mucho tiempo así, tan expuesta. Anselmo se acostó a su lado. No. Luego. Eso después. Primero se sentó junto a ella, que estaba acostada. Como un cuadro de Picasso. ¡Cómo deseaba yo a Mariana! En ese momento y ahora. En el piso, con la cabeza apoyada en un brazo, los ojos cerrados. Tan larga. Sus pechos desnudos, chicos, separados. Sólo los pezones parecían estar vivos, esperaban, duros y salientes. Mariana sonreía apenas. Estoy seguro. Dejar la cámara, apagar las lámparas. Verlos fue perturbador. Tuve que sentarme. No saber si se habían olvidado de mí. Anselmo y yo siempre equidistantes. Si se aleja, lo extraño; cuando está muy cerca, no lo soporto. ¿Es una admiración o una identificación? Nunca sabíamos quién imitaba a quién. Inventando maldades, días enteros, tardes interminables. Y luego no era necesario realizarlas. Anselmo como un maniático volviendo siempre a lo mismo. Hablar es una forma de no hacer. O al contrario: lo que se habla ya se hizo. Por eso no podíamos ni estudiar. Era mejor tener los libros que leerlos. No. Viéndolos sabíamos que algún día los leeríamos. El misterio detrás. Uno lo espera todo de esas palabras. Van a decirlo al fin, a revelarlo. No hay nada que decir. O todo es nada. Pero la ilusión. El libro que ya ha sido leído pierde todo su encanto. Eso también es de Musil. Siempre. Nunca pude leer a Anselmo. Hubiera sido como leerme yo mismo, tal vez. ¿Y si nos reflejamos uno en el otro pero no hay nada que leer, no hay nada en el centro? Yo lo seguía a él. Siempre tuvo más iniciativa. Pero luego él me copiaba, copiaba una manera de ser, como si él no tuviera ninguna. Puede ser angustioso. Quizás eso es irse a Japón. No lo puedo imaginar. ¿Y Mariana?

Anselmo acariciándole la espalda. Mirándolo allí, sentado, pensé que nunca iba a llegar a tocarla. Y Mariana lo estaba esperando, esperaba a alguien, unas manos, la cámara. Era perfecto estar aparte, mirando. Las manos de Anselmo recorriendo la espalda y Mariana recibiendo. ¡Cómo esperé que llegara a los pechos! Eran un centro. Pero antes Mariana se dio vuelta para quedar boca arriba y entreabrió los labios. Mientras él la besaba no lo abrazó, extendió el brazo sobre el piso, perpendicular a su cuerpo, con la mano abierta. Sólo quería dejarse, que hicieran con ella lo que quisieran. Tuve miedo de no tener lugar. Anselmo acostándose por completo no sobre ella sino al lado de ella y la mano de Mariana yendo hasta su cuello y acariciándose. ¿Cómo acercarse? Hay una distancia invencible que separa de una pareja que se olvida de todo. Y uno también desaparece en lo que mira. Tú eras Anselmo y no eras nadie. Lo único real era el cuerpo de Mariana. Levantarse, moverse por el cuarto. Imposible. Suspendido en un tiempo sin tiempo. Tampoco sé quién es Mariana. Si estuviera aquí, a mi lado, y pudiese volverme ahora mismo y tocarla, no sabría quién es. Pero llegaría hasta ella. Con el tiempo, en el tiempo. Estoy seguro. Verla todos los días. Qué extraña cosa su inocencia. Si tuvieras que decir cómo es, dirías “un ángel”. La pureza. Hay una parte de ella que se queda aparte y no se puede tocar. Se muestra en la belleza de su cara transformada por el deseo. Algo fuera de este mundo existe en esa cara, ajeno hasta a ella. La boca entreabierta y la nariz más perfilada. No es sólo eso. No se puede describir, ni evocar, por mucho que te esforzaras. Un resplandor. La intensificación que se llama belleza. Pero entonces uno tiene que estar fuera, quedarse fuera. El que contempla no participa de lo contemplado. ¿Y la unión mística? Tú no sabes nada de eso. Nadie sabe nada de eso. Al contrario. No seas cretino. No tengas miedo. Todos estamos así en el mundo al principio.

Fue alegre después, sólo alegre, cuando saliste de ese vacío desde el que mirabas a Mariana apartando la mano del cuello de Anselmo y ex-

tendiendo otra vez el brazo en el piso, perpendicular a su cuerpo, con la mano abierta, la palma hacia arriba y los dedos apenas doblados. Esa mano te lo decía todo. Su placer mientras Anselmo recorría su cuerpo con la boca, cómo lo sentía ir bajando, la tentación de abrazarlo y la voluntad de contenerse, de dejarlo besarla sin intervenir. Inició el gesto muchas veces. Empezar a levantar el brazo y dejarlo caer de nuevo y estirar los dedos, como si algo en ella le estuviera prohibiendo a esa mano llegar hasta Anselmo. La boca de él en el pecho de ella, rodeando el pezón. Fue como un ahogo. Abrió la boca y se estremeció, pero luego también abrió los ojos y me vio. Alguien donde nunca debe haber nadie. Pero ella no huía cuando salió corriendo hacia este cuarto. Cambiaba de tono. Anselmo lo supo en seguida. “Pon un disco y baila con ella.” Era ser tres otra vez, sin nadie en el centro, ni siquiera Mariana. Una pura relación sin centro. La sonrisa maliciosa de Anselmo. Como de niños. Inventar maldades. Era él quien estaba a la expectativa ahora. Mariana entrando con el suéter puesto de nuevo, sobre el ruido de la música. Sus piernas y su sonrisa. No dudó un instante. Se dirigió directamente hacia mí y me tendió el brazo. ¡Qué bella es! Supe que iba a tenerla pegada a mi cuerpo, me dio tiempo de pensarlo y saberlo en ese mismo momento, mientras me ponía de pie. Nadie baila así. Sus dedos en mi nuca, su cara en la mía, sus piernas queriendo ir más allá de lo posible. Mariana no baila, pide que la tomen. Pero luego se fascina tanto consigo misma que también se olvida de eso. Ninguno de los tres sabíamos lo que hacíamos. Mariana dejando de bailar conmigo, perdiéndose de nuevo en este cuarto y reapareciendo con un saco mío en lugar del suéter. El comentario inevitable de Anselmo. “Genial.” Ella necesita esa aprobación y la busca. Ésa es la unión más profunda entre ellos. Se gusta a sí misma tal como la ve Anselmo. ¿Qué sería sin ese comentario perpetuo de sus propios gestos? Antes tendría que saber yo mismo quién es ella.

Tenía que ser muchas, ninguna. No sé cuántas veces se cambió. El saco, otro suéter mío, una

mascada sobre los pechos y luego la corbata de Anselmo cubriéndole nada más los pezones. Fue él quien se la puso. “Ven, quítate eso, es demasiado.” Mariana de pie frente a él. Inclino la cabeza y bajó la mirada para ver cómo le desataba la mascada. Otra vez en calzones solamente. Un instante. Anselmo se puso de pie también para ponerle muy ceremoniosamente su corbata alrededor de los pechos. Yo ya no sabía lo que era mi sala. Había estado trabajando y leyendo luego. Nunca habrá otra imagen ya que la de Mariana. *Muda telegrafía a la que nadie responde*. El juego y el deseo mezclados; pero era más fuerte el deseo. La seriedad del juego. Poner la seriedad del deseo en el juego. Sentir el cuerpo de Mariana casi desnudo en el mío cuando me desvestí yo también. No se podía creer. Ella deseándome, sin duda. Y Anselmo viendo ahora. La música estaba presente, pero era un pretexto. El momento en que sentí no sólo el pecho sino también los pezones de Mariana en mi pecho. La corbata se le había resbalado hasta la cintura cuando nos separamos. “Estoy desnuda.” Y Anselmo: “Quédate así, quédate así”. Se levantó y simplemente le desanudó la corbata. Mariana echándose los brazos al cuello para volver a bailar.

Quisiera saber cómo nos veíamos en la sala, Mariana con sus calzones negros, acercándose, alejándose, visible, haciendo girar todo a su alrededor, perdida en sí misma y fuera de sí misma, en nuestra mirada, prisionera de su propia necesidad, ¿de que la admiráramos? Tal vez de que la usáramos, ¿para hacerla llegar a qué centro de sí? Se acerca y huye y la huida es irresistible para ella porque necesita que la sigan y entonces se entrega a su deseo, a sentir ella. No sé. Anselmo y yo en calzoncillos, la ropa tirada en el piso y la música, saliendo a la calle, perdiéndose en la altura, quién sabe dónde. Adentro era otro espacio. Anselmo tomó a Mariana de los tobillos, yo justo debajo de los pechos y empezamos a columpiarla. Una idiotez, visto desde afuera. Pero yo no quería más que llegar a sus pechos y Anselmo lo sabía. Su mirada estaba fija en mis manos sobre el cuerpo de Mariana. Y ella ya me deseaba a mí o

no sabía nada. Querer perderse. El desamparo de que desapareciera Anselmo. Y el placer. Sola en su cuerpo que es de todos. Por eso salió al balcón cuando Anselmo la desnudó por completo y por eso apoyó el pezón en mi brazo al regresar. Bailar los tres juntos con Mariana en el centro, dándole vuelta continuamente, que Anselmo me la entregara a mí, que yo se la devolviera a Anselmo. Ella ya no era más que en nosotros y nosotros sólo queríamos dársela al otro. Pero Mariana estaba más presente que nunca entonces. Su sonrisa de complicidad y la alegría... Saberse desnuda más allá de toda desnudez. La piel de Anselmo en su espalda, la mía en sus pechos; mi sexo en sus nalgas, las piernas de Anselmo entre las de ella; sus manos en el cuello de él, mi boca en su boca. Su boca. Toda ella está allí. No. Ella no está en ningún lado. Pero llegar a su boca fue una detención. No lo supe en ese momento. Luego estábamos los tres en el piso, besándola, y Anselmo dijo: "Vamos al cuarto". ¿De quién era allí Mariana, en el piso, entregada a nosotros? De nadie más que de ella misma.

Si vuelvo a verla no sabría cómo hablarle. Sólo puedo imaginarla aquí, en este cuarto, en esta casa. Todo cerrado. Imaginarla: repetirla. ¿Para llegar adónde? Lo que imagino empieza y termina en su cuerpo. Ella acostada en esta cama, desnuda como un árbol, vestida de sí misma, con los ojos cerrados, Anselmo al lado, ella tendiendo el brazo hacia mí. "Ven, cógeme. Tú solo". Su boca entreabierta dejando ver los dientes, la cabeza echada hacia atrás, el pelo castaño y yo sabiendo que iba a entrar en ella, allí, donde había estado Anselmo, que ahora ella me estaba esperando. "Ven, ya, ven."

Afuera está la escuela. No sé qué hora es. El jardín debe estar vacío. El tiempo de las clases. Todo es pausa. Una inmovilidad. Vivimos entre un abismo y otro, brincando hacia el punto de apoyo, sin darnos cuenta. Tú miras salir a las niñas desde la ventana y es muy bello. El momento en que se desparraman, primero en el jardín y luego afuera, en la calle. Siempre desde la ventana, imagen a través de la ventana. Mariana como

imagen. Encontrarla de pronto avanzando hacia ti en la calle. Saber que iba a llegar. Ese instante. Ya la había visto. ¿Y ella a ti? No, todavía no. Mariana vestida... Sólo puedes ver una falda gris. No puedes ver nada. Su cara es lo que importa y lo que le dirías. Te diría: "Hola, Mariana" y tú te detendrías, alta y esbelta, no avergonzada, ni sorprendida, dejando de caminar nada más. Tú quieta y lo demás girando a tu alrededor. Mariana con su falda gris, su suéter negro, sus botas. No traería nada debajo y yo lo sabría. ¿Dónde podría ocurrir eso? Tiene que pasar. La dejé ir como si lo más fácil del mundo fuera volverla a ver. Lo real tiene tal evidencia que no deja pensar, ni prever. Estabas cansado, querías dormir. No es cierto. Te molestó que se fuera con Anselmo. ¿Por qué tan sumisa? Sumisa había estado contigo un momento antes. Sus brazos en tu espalda como si se estuviera ahogando. No había nadie más que tú aunque Anselmo los mirara. Tú y Mariana solos haciendo el amor porque todo desapareció. ¿Dónde estás, Mariana?

Entrando aquí con la mano de ella en mi sexo y yo sabiéndolo y sintiéndolo sin saber si Anselmo lo sabía, sin dejar de preguntarme si lo veía, los tres éramos uno. Nada más estaba el cuerpo de Mariana, que no le pertenecía. Tienes que llegar a eso. Caímos los tres en la cama. Anselmo empezó a besarla, la boca, el cuello, los pechos, y tú también, los pies, las rodillas, los muslos, pero ella no te soltó, en ningún momento. Tu placer era el de ella, tú eras su mano, tú eras el que recibía los besos. Sentías a través de Mariana y lo mismo les debería pasar a ellos porque el cuerpo de Mariana era el deseo. Mariana no estaba fuera de sí; era un puro asombro. Dejar su mano y suavemente irla penetrando, ir yendo por dentro de ella, ese interior que te rodeaba, como si ya no hubiera afuera, nunca más. Su interior fue el que te recibió, sin movernos ninguno de los dos, sólo mi verga y su coño, ya no su mano, yo en ella, pero no era yo ni era ella, ella fue la que dijo: "No, míralo, me está cogiendo. No lo dejes", y entonces empezamos a coger. Mi placer y su placer. Uno no busca más, no sabe. Mariana trasto-

cando el sentido de las palabras, no, no, cuando es sí, sí, pero importa decir no porque no es a alguien al que uno se coge. Estuvo bien que Anselmo nos separara. No había que terminar. Pero es más. Nos separó uno del otro. Obedeció a Mariana, a la Mariana que contradecía a Mariana. Y luego me dio a Mariana.

No sé dónde está. No entiendo nada. No sé dónde buscarla. Nadie puede dejar solo a su cuerpo hasta tal punto y que ese cuerpo sea tan absoluto. Quizás la hubiera tenido si hubiera terminado la primera vez. ¿Pero a quién? No a ese cuerpo; a la que me deseaba a mí. También me deseaba a mí después.

Fue fácil salirse. Era una espera. Y volver a saberla en el vacío. Le dejé mi lugar a Anselmo. Mejor dicho dejé de ocupar el lugar de Anselmo. Sí, pero no pasó eso. Volvimos atrás los tres. Anselmo tampoco sabía nada. Estoy seguro. Él obedeció el llamado de su Mariana por complacerla sabiendo que había otra Mariana que era mía. Fue un acto de amor total. Te oigo a ti aunque la que me habla es la otra. La que hablaba es intocable. También para Anselmo. Hay que ignorar a esa Mariana. Pero la que la hace desaparecer es ella. Sólo que entonces no se puede encontrar a Mariana. Es la que estaba aquí desnuda como no se puede estarlo cuando yo me aparté. Despojada de cualquier apoyo, tendida en la cama y a la espera. Había que hacerse tan impersonal como ella. Pero no lo sabíamos. Nadie puede saber eso. De pronto, yo estaba a un lado y Anselmo del otro lado. En el centro el cuerpo de Mariana hubiera podido burlarse de nosotros. Pero su ternura era absoluta. Yo había sido un malvado obedeciendo a Anselmo que había sido un malvado obedeciendo a la Mariana que no decía lo que quería Mariana. Vi cuando él empezó a acariciarla. Mariana se volvió de inmediato hacia él. No podía seguir así, a la espera, sin nadie. No es difícil recordarlo si me pierdo por completo en ella, si sólo la tengo presente a ella. ¿Te da miedo? Fuiste un objeto, Anselmo era un objeto, Mariana sabía cómo ser un objeto y no quería más que ser un objeto. No quería nada. Ella ya no era ella.

Un olvido innombrable. Nadie es el objeto de nadie. Los objetos ni siquiera son de sí mismos. Eso es lo que te da miedo. Giras alrededor de Mariana que no es nadie. Mientras Anselmo te besaba contemplarte era el asombro. Veo tus brazos rodeando su cuello, veo tu cuerpo pegándose al suyo. ¡Qué desnuda estabas, amor mío! Tienes la espalda más larga que se puede imaginar, tienes las nalgas más perfectas en que puede terminar una espalda. Sentía tus pechos en el de Anselmo como si él fuera yo, lo vi entrar a ti, empezar a tenerte, vi tu cara que debería ser igual a la que tenías cuando yo estaba en ti. Eres la imagen de la felicidad. Te oí hablarle a Anselmo y obedecí cuando él me pidió que te lo metiera por detrás. Nada hay tan bello como ese rumor de palabras que suplican, que ordenan, que se quejan, que no quieren decir nada y lo dicen todo cuando se hace el amor.

No puedes recuperar tu placer recordándolo. Era otra cosa. El primer quejido de Mariana, de sorpresa, de miedo, de dolor. Tu verga abriéndose paso. Esta verga. ¿Dónde estás, Mariana? Ella abriéndose, tú abriéndola. Encontrar al final a Anselmo del otro lado. El placer era un puro rompimiento. De todo. El sueño de la infancia.

Estás loco, Esteban. Pero los tres estábamos allí. Y de pronto ella se había levantado. ¿En qué momento? Tú la tenías agarrada por los hombros, tus manos en sus hombros. Las tuyas en la espalda de Anselmo. Su cabeza moviéndose de un lado a otro. Dejarse ir hasta un fondo que no existe. Una confusión, un amasijo. Pero yo estaba todo en ella, como debería estar Anselmo. ¿Adónde la llevamos en ese desorden Anselmo y yo? No se podía pensar en sí mismo porque no se pensaba en nada. Pero si alguien existía era ella. Presente en la violación de toda su posible integridad. La violación que pedía. Ser sólo el placer que das y que te dan. Toda la seducción anterior termina allí. Mariana pide, busca desaparecer. Y no puede estar más presente. La degradación era una elevación. ¿Hacia dónde? Fuera del mundo. ¡No! Su cuerpo era el ámbito de lo sagrado. Un círculo perfecto. Abriéndolo se cerraba. Y ella,

¿dónde estaba, dónde estaba, allí, cogida, entre Anselmo y yo? Sólo el olvido, entre gritos, suspiros, quejidos. Y luego presente en su ausencia. Nunca sabré cuándo se levantó, cómo dejó la cama, quién salió primero de su cuerpo. Nos abandonó, a los dos, la que no era nadie nos abandonó y era todo. Pero está el cansancio. Nada más por el cansancio es soportable. Uno quisiera dormirse, dar la espalda. Es bueno renunciar: el recurso que no tenía Mariana. Prisionera que no quiere ser otra cosa que prisionera y no se tiene cómo guardarla. En cambio nos dejó solos en la cama. No estaba su recuerdo, no había nada. Su ausencia presente como ausencia, sin que la reconociera ni siquiera en tanto ausencia.

Piensa qué era el reaparecer. Su figura desnuda en el marco de la puerta. Siempre alta, esbelta, unas piernas, unas caderas, el triángulo negro del sexo. Otra vez un puro poder de seducción poseible por completo y algo más, imposible de poseer: la belleza sin límites, buscando que la destruyan, que alguien tome lo que no se puede tener. ¿El sueño y la muerte nada tienen ya que decirse o todo es diálogo entre el sueño y la muerte? Está la ternura, nacida de las ruinas de uno mismo, más allá de uno mismo, sin dueño y tan impersonal como el deseo. En su belleza, Mariana era el deseo porque Mariana no es, no quiere ser. Yo la tuve, sin embargo, y entré a algo que debe ser ella. Por eso se fue con Anselmo. Tal vez. Acostada de nuevo aquí tuvo que oírlo decirme que me la cogiera y esperó. Con los ojos cerrados. De nuevo su absoluta disponibilidad. Pero al acariciarme el sexo no era más que dulzura. Sus dedos. Rodeaban algo que los conmovía. La erección es entonces un signo. El poder de ella, mi sumisión. Entrar fue encontrar a otra, de nuevo, siempre, otra. Mi cara junto a la suya. Sus manos recorriendo mi espalda. Besarla en el cuello, en las mejillas. Entre sus pómulos y su quijada todo es sorpresa. Sentir su boca en mi cara respirando sin prisa. Y besarla. Besarnos en la boca ella y yo con los cuerpos enlazados, dueños de su propio ritmo. ¡Qué dulce puede ser Mariana! Hasta el grito, sin fin, una misma dulzura.

Sus manos hablan de ella, no por ella. Unidas en mi espalda a la altura de la cintura me apretaban para que llegara más adentro en ella. Luego recorren la espalda, sin rumbo como sus quejidos y lamentos. Pero fue su respiración la que me dijo cuándo debía entrar. Anselmo estaba al lado y debe haberlo visto. Ella cada vez más a la espera. Y después todo, nada. Una elevación. ¿Hasta dónde? Pero no hay caída. Se entra al sueño. Nos olvidamos de Anselmo. “No te vayas, no te salgas”, me dijo con las manos extendidas en mi espalda. Sobre ella, dentro de ella, quieto y conmovido, mis piernas entre las suyas, mi estómago en su vientre liso, sus pechos en mi pecho, mi boca en su cuello, su pelo sobre mi cara, sus manos en mi nuca, con los ojos cerrados, oyéndola respirar, sintiendo subir y bajar apenas su pecho, entrar al sueño como había entrado antes a ella, dentro de ella todavía, el sueño y su cuerpo confundidos, fuera del tiempo, ni ella ni yo, cuerpo y sueño.

Anselmo vestido ya. “Mariana, tengo que estar en el aeropuerto en menos de una hora. ¿Me acompañas?” Lo oí perfectamente. Era irreal. Y no abrí los ojos para saber qué hacía ella. Sentirla hacerme a un lado para que saliera de su cuerpo y deslizarse hacia afuera, aparte ya, para siempre. Estaba vestida cuando regresó. La falda gris, el suéter negro, las botas. Cierra los ojos. Ve su imagen. Interminable, alta, esbelta, bella. Te miraba, con la cabeza ligeramente inclinada, el pelo castaño ocultando parte de su frente, los párpados bajos cegando el brillo amarillo de sus ojos y arriba el arco insondable de sus cejas. La nariz dibujada más que hecha, los labios unidos. Recuerda la línea de su cuello desde la oreja hasta el hombro oculto al frente por el triángulo felino e inocente de la cara. Te miraba acostado en la cama. No sonreía, sí sonreía. Sonreía apenas, sin sonreír. El que sonreía con ironía y cariño era Anselmo, de pie a su lado. Mariana era una modestia, una ternura, una humildad. Se inclinó y te dio un beso en la mejilla. Ella, sin mover los brazos. Ella, la belleza, la dulzura, la vida. No dijo nada. Sólo su figura, inclinándose hacia ti, un

instante. Abre los ojos. Podías haber hablado, podías haberle preguntado todo, cualquier cosa. El único que dijo algo fue Anselmo. “¿No me desearas buen viaje?”

Nada es real, nada existe. Todo se inventa. Pero ella lo dijo, eso fue lo que dijo. Quiero que me cojan todo el día y toda la noche.

Y fui yo.

II. Primera comunión

IMPONENTE Y ROLLIZA, la tía Eugenia apareció al pie de la escalera con un elegante vestido negro y su bastón de ébano con puño de marfil en la mano derecha. La puerta abierta dejaba entrar el rumor de la calle, pero la alta figura tenía una dignidad ajena al tiempo. Vestido y bastón eran en ella algo más que los casuales atributos de una persona cualquiera. De pie frente a la empinada escalera, hablando hacia el vacío, el tono perentorio correspondía a la inmemorial belleza de su porte y sin embargo, ella misma se burlaba de él.

—*Introibo ad altare Dei.* ¡Esteban! Vamos a llegar tarde. Yo quiero ver entrar a la iglesia a mis sobrinos con su cara de ángeles.

Nadie respondió; pero la tía Eugenia no esperaba ninguna comprobación ni experimentaba la necesidad de repetir el llamado.

En cualquier forma, la escalera era un terreno vedado para las posibilidades de sus piernas en relación con su peso. Apoyada en su bastón, firme y bien plantada, desafiante y sumisa, resignada y rebelde, esperó tranquilamente. Un momento después, Esteban apareció en lo alto de la escalera con los hombros atravesados por los cordones de las cámaras y los brazos tratando de encerrar los pies de múltiples lámparas. Su aspecto atribulado contrastaba con la serenidad de su tía.

Siempre la repetición y dentro la diferencia; siempre la diferencia en la que se muestra invariable la repetición. Al aparecer los sucesos, las personas y los lugares se invierten. Se trata de representar, pero ésa no es una labor inútil. Nada

ocurre dentro de un orden, ni siquiera el que establece la representación. Todo significado se ha escapado, todo está hecho, todo está dicho y sin embargo, hay que buscar ese significado, volver a hacer, volver a decir otra vez por el placer del movimiento y para que lo viejo se refleje en lo nuevo y lo nuevo se encuentre en lo viejo. Viaje hacia un origen que permanece escondido. Si se mostrara se desvanecería. Quizás no hay tal principio de la fuente; sin embargo, su fluir va creando un cauce. Seguirlo es profundizarlo. Pero la huella sólo puede hallarse en la superficie.

En el coche se avanza por las calles de la ciudad como en andas, sin reparar en el resto del tráfico, envueltos en una luz firme y tenue que anuncia que la mañana no se ha dejado contaminar por el resto del día. Imposible preservación. Alrededor todo es movimiento. Desde que se dejó atrás la doble casa después de la difícil operación de acomodo, mientras el aspecto de las calles y las construcciones que las cercan cambian continuamente sin llegar a tomar forma, el tiempo fluye imperceptiblemente, sin ninguna sustancia material, más transparente que la misma luz, pero, como ella, se ve ensuciado sin cesar por ese inevitable precipitarse sobre sí mismo que no se muestra más que en la cada vez menos agradable tarea de decidir cuál es la ruta más rápida y adecuada, más adecuada por rápida, provocando la perentoria impaciencia de la tía Eugenia.

—¡No vamos a llegar nunca! A estas alturas la

hostia debe estar ya en lo alto. ¡La elevación, Esteban! ¿Tú sabes lo que es eso?

Está sentada en el asiento delantero del pequeño coche, junto a su sobrino, y su voluminosa figura con el bastón de ébano y puño de marfil al lado de la pierna derecha y la larga y blanca mano cubierta de pequeñas pecas en el dorso apoyada en la empuñadura de tal modo que los cuidados dedos doblados no dejan ver el único anillo que se permite usar todavía porque no se lo quita nunca, ocupa todo el espacio, no del supuestamente amplio interior del coche al que ha sido tan complicado que entrara, sino del mundo. Hay algo en su belleza que desafía todo. Esteban la quiere y la respeta. Enmarcados por el pelo blanco, en sus perfectas facciones los ojos azules guardan y conservan un fulgor en el que se preserva quién sabe qué oculto sueño. Por eso era imposible que dejara de obedecer cuando su tía Eugenia le pidió que las acompañara a ella y su otra tía a la primera comunión de unos sobrinos desconocidos para él y que les tomara fotografías. La ironía no disimulaba la ilusión de su tía. Ella que nunca sale iba a trasladarse hasta un convento situado en el otro extremo de la ciudad. No en el otro extremo: en lo impensable, lejos de la casa alrededor de la cual todo gira. Han salido, tarde por culpa de Esteban, han entrado al coche, su tía Delia atrás, su tía Eugenia adelante, aunque la operación de acomodo no ha sido sencilla en ninguno de los dos casos, y ahora la tía Delia contempla con mirada ávida el espectáculo de los árboles que se adelantan hacia ellos abriéndose de pronto para dejar admirar el surtidor de una fuente. Tal vez la ciudad no es bella; hay demasiado ruido, ese inalterable rumor de enjambre que se escucha ininterrumpido desde su cuarto o la sala y que empezó a invadir la tarde mezclándose con los habituales gritos y el timbre de la escuela sin que ella recuerde cuándo; esas elegantes construcciones modernas, como dice Eugenia, han dejado en efecto las casas conocidas aisladas como islas en medio de derrumbes y altos fresnos solitarios rodeados siempre de automóviles; nada permanece, todo cambia, está bien que

Esteban se mueva de un lado a otro y de vez en cuando entre a la casa y nos cuente para comprobar hasta qué extremo ni siquiera las costumbres que uno recuerda se conservan (—"Somos un anacronismo, Esteban. En mi época una no tenía amantes para no tener que quitarse el corsé por la tarde", dice Eugenia con una sonrisa que acerca a Esteban y deja a Delia a un lado como la dejaba ya las tardes en que después de avisarle que pasaría a verla no iba, prohibiéndole además comentárselo a nadie); pero a Delia le conmueve comprobar la inmovilidad de la mañana idéntica a cualquiera de aquellas otras hechas jirones, despojadas de una cada vez más indispensable e imposible continuidad, en las que se encuentra a sí misma siempre diferente, cambiando con el tiempo sin advertir cómo quedaban atrás los sucesos, cuyo recuerdo se borra antes de precisarse entre los inmutables muebles de la casa, mientras admira la seguridad con que Esteban las conduce hacia el convento por esos nuevos caminos con tantos camiones, sentada junto a esa cantidad de cámaras y aparatos que él trajo.

—¡Qué bonitas calles! ¡Y cuántos árboles! Hasta pájaros que cantan todavía. Deberías ocuparte un poco más de tus viejas tías y sacarlas a pasear de vez en cuando, Esteban —dice la tía Eugenia, contenta por el aspecto de Esteban y la manera en que se ha vestido para la primera comunión.

Esteban sonríe. Nunca ha podido dejar de admirar el tono con que su tía Eugenia se burla del mundo; nunca ha dejado de conmoverse ante la forma con que su tía Delia se entrega al mundo. Están entre jardines y altas bardas, por calles estrechas y empedradas. A esa hora de la mañana, la vida parece contener todavía el aliento, detenida entre la soledad de los jardines, flotando sin meta, quieta y sosegada, antes de reiniciar su despliegue en otro lado, donde, prisioneros de ella, nadie advertirá su avance. No se está yendo a ningún lado y resulta absurdo llegar. Sin embargo, hay una ligera ansiedad, disimulada de modo distinto, en las dos tías. Siempre se sale al encuentro de algo. En esos sobrinos inmediatos y dis-

tantes que hacen la primera comunión se encierra y se muestra un mundo que no ha terminado de alejarse nunca y que las confirma y repite en antiguas convicciones y respetados temores. Para Esteban, en cambio, es una pausa. El espectáculo se representa ahora afuera. Basta con tomar fotografías. Su tía Eugenia estará orgullosa de él y a él le gusta complacerla.

Frente al convento hay una hilera de automóviles. Todo ocurre más lentamente que en cualquier otro sitio detrás de esa barda sobre la que asoma un inesperado campanario. No se puede ni siquiera imaginar una vida fácil en el mismo estricto horario que transcurre entre rezos, cantos y tareas inútiles mientras bajo un hábito que ha perdido todo su prestigio, apresado en fajas y olores cada vez más rancios, fuera del tiempo, el cuerpo deja de obedecer sus propias reglas, las mejillas se hunden, marchitase la piel, el aire huele a cirio y el bozo aparece sobre los labios. La fila de automóviles habla, no obstante, de un día excepcional. Su sentido llega de afuera, pero sólo se le puede dar adentro. Ante el volante del automóvil negro en que ha traído a los padres y los protagonistas del suceso, Evodio Martínez ve a Esteban luchando por ocultar que ayuda a bajar a su tía Eugenia y sin recoger de su lado la gorra que completa su uniforme gris se precipita a auxiliarlo. El patrón respeta más que a nadie quizás a esa señora alta y gorda que tan raras veces se deja ver por la casa y, mientras espera frente al volante, aparte de todos los acontecimientos pero sin dejar de tener conocimiento de ellos, Evodio no puede dejar de pensar, a veces con curiosidad, a veces con rencor, en esa vida de la que es testigo sin participar de ella, que se mezcla con la suya y le estorba, alejándolo de sus propios proyectos. La tía Eugenia lo reconoce en seguida y lo saluda.

—Ayude, Evodio, por favor, ayude a esta vieja gorda.

Y finalmente, ella está de pie junto al pequeño coche, enorme y segura, apoyada en su bastón.

—Gracias, Evodio. No sé qué hubiéramos hecho sin usted. Mire, éste es mi sobrino Esteban.

Evodio sonríe turbado. Nunca sabe si dar la mano cuando lo presentan.

Desde adentro del coche, Delia interviene:

—Ahora tienen que hacer lo mismo conmigo.

Evodio no es menos servicial con ella. Esteban disimula el embarazo que le provocaba la necesidad de jalar y empujar a sus tías convirtiéndolas en objetos inanimados cuando él no quiere verlas nunca más que dueñas por completo de un sitio al que le gusta entrar con la seguridad de que está aparte y se mantiene inmovible, ocupándose de las cámaras, pero ni Eugenia ni Delia están pendientes ya de otra cosa que de su urgencia por entrar a la capilla. A su lado, Evodio no existe. Ha sido alguien a quien se recurre porque era útil. Con las cámaras al hombro y las lámparas de mano, Esteban lo ve, incapaz de alejarse, sin saber dónde quedarse. Evodio quisiera tener la gorra en la mano. En ese momento, su falta equivale a que alguien le hubiera quitado el piso bajo los pies. Sabe que es ridículo y se indigna consigo mismo por eso; pero saberlo aumenta su desamparo. La gorra es el único objeto con significado en él mismo y está en el automóvil, inalcanzable, cuando sólo un momento atrás era mejor estar sin ella.

—Gracias por todo —le dice Esteban.

Y Evodio responde automáticamente.

—A sus órdenes, señor.

Aunque nadie lo mira, el jardín encerrado entre la barda, la sobria fachada de la capilla y los dos corredores en ángulo recto del convento, está lleno de rosas abiertas y en el centro el surtidor deja escapar un rumor sosegado e intemporal. Más allá de los corredores todo es misterio. Se entra a un espacio aparte. La misma luz que abre la mañana a su revelación se detiene ante ese interior distante. Hay, sin embargo, una alegría que flota sin rumbo. Tal vez es el sonido de la música que llega desde la capilla, pleno hasta la incompreensión, o el ligero vibrar imperceptible de las rosas, callado y tímido. El continuo milagro de lo visible y lo invisible, mezclándose, ajeno a toda mirada, inmutable. Un puro desperdicio, pródigo y banal, una sobreabundancia que no requiere

a nadie. El solemne espectáculo del mundo se desarrolla sin espectadores, ocultándose en su gratuito aparecer.

Evodio Martínez ha regresado a su lugar frente al volante. Esteban ha tomado del brazo a su tía Eugenia. Delia camina a su lado. Entran a la capilla. No es grande y está llena por completo. Eugenia sin ver siquiera de quién se trata apoya la mano en el hombro de alguien sentado en la orilla de la última hilera de bancas.

—¿Hace mucho que entraron?

Pero no espera la respuesta que debe darle el sorprendido rostro que se ha vuelto hacia ella sino que se dirige a Esteban:

—¡Te dije que íbamos a llegar tarde! Vamos, Delia.

Sigue su camino hacia el frente y obliga a que le hagan lugar a ella y su hermana en la primera hilera de bancas desalojando a un niño que la mira un tanto desconcertado. Esteban tiene que ayudarla a sentarse. Sus tías están instaladas y ahora él tiene que cumplir con su deber como fotógrafo.

Es muy probable que le guste poder estar en ese ámbito fascinante detrás de una cámara porque no se explica su fascinación. Algo lo ha envuelto desde la entrada. La música quizás. Pero ahora ésta ha callado. En su lugar, se escucha una voz ríspida y monótona subir y bajar en un intento que no advierte de despojar de sentido a las palabras en cuya intensidad debe estar presa. Esteban no sabe de dónde sale esa voz. Tiene algo fúnebre y victorioso. Después de la música es el triunfo del tiempo sobre la eternidad, de la emoción que se desconoce y se deforma sobre la perfecta indiferencia. Es un artificio, una representación fácilmente reconocible y forzosamente banalizada, pero despierta algo perdido o cuya falta se resiente y logra su efecto si en vez de tratar de destruirlo se cede al frágil encanto que por un instante transporta a otro sitio y otra época. Todo está suspendido sobre sí mismo para crear esa momentánea impresión de realidad de lo irreal: el altar profusamente adornado en el que se confunden la llama de los cirios y el enervante

olor muerto de las flores, el traje fuera del orden utilitario del oficiante, el ritmo alternado de la música y la voz.

La que habla con tono de lamento es una monja arrodillada detrás de los dos niños que hacen la primera comunión. Después de dejar acomodadas a sus tías, Esteban ve el conjunto de espaldas. Hay una primera hilera de reclinatorios en los que están una pareja en el centro y dos mujeres en las orillas; luego, en una zona intermedia, la monja, cuya misión es guiar a los protagonistas del acto en su seguimiento del oficiante, y al frente, solos, de rodillas en sus reclinatorios, con sandalias, vestidos de blanco con una humilde imitación de un hábito de monje, los sobrinos de Eugenia y Delia. Arriba del capuchón de monje caído sobre la espalda, él es rubio y ella tiene el pelo castaño. Esteban mira al cura que celebra la misa y siente la inmediata necesidad de retratarlo. En el rostro de fray Alberto Gurría, ascético e inteligente pero también disuelto por la burla y la incredulidad, se unen la seriedad y la farsa. Es un cómplice. Resulta natural verlo a través de la cámara. Pero luego hay que volverse y retratar a los niños.

La música ha vuelto a sustituir a la voz de la monja. No tiene origen. Es un puro levantamiento; el verdadero ámbito de la revelación, imposible de colocar en ningún lado, irreconocible, serena en su suprema sencillez. Un cuarteto de cuerdas que se lamenta y exalta, sube y se despeña; pero esa sonora plenitud pone a la capilla entera en el tono que es capaz de crear. No existe explicación para ello; es una voluntad de dejarse llevar.

Al volverse dándole la espalda al altar, la sorpresa, la incredulidad, el desconcierto, la confianza, el rechazo, el placer, la turbación de Esteban no se pueden separar. En la hilera de reclinatorios detrás de los niños y la monja, de rodillas junto a un hombre, flanqueados ambos por dos mujeres, está Mariana vestida con un traje sastre de paño negro y con un collar de perlas. Lee en su misal y tiene la cabeza ligeramente inclinada y los párpados bajos. Esteban la ha buscado sin descanso,

ha revelado sus fotografías, las ha amplificado y compuesto de todas las maneras posibles, modificando la composición, y las ha contemplado desde la ausencia de ella, fija en esa incesante revelación que le entregaba a él las imágenes múltiples de una sola imagen inalcanzable, imágenes excitantes, pornográficas, deseables, imágenes de una absoluta lejanía y una radical dulzura, propicias para el ensueño y la exasperación, visibles con una evidencia hecha toda de ternura, de deseo y de violencia y disolviéndose en la oscuridad del recuerdo igual que si regresaran al cuarto oscuro del que habían salido, a pesar de que Mariana estaba allí, y él miraba las fotografías extendidas en el piso, colocadas sobre una mesa, apoyadas en el respaldo del sillón, conmovido e impaciente, tratando de evocar y repetir a través del deseo el rito absurdo al final del cual la había tenido sin saber lo que tenía, viendo, mirando, recordando a través de lo que veía, imaginando para que la imaginación enriqueciera su mirada, ese cuerpo que se iba desnudando, la entrega de las piernas, los brazos, las manos con los largos dedos extendidos, la falda levantada que dejaba ver los muslos, el gesto absurdo de un brazo que ocultaba la parte inferior del rostro, esa detención intolerable, la incontenible necesidad de volver atrás, de empezar de nuevo, de que todavía no fuera la desnudez, la entrega, y ver el arco perfecto de las cejas, los párpados cerrados, la insostenible sensualidad del labio inferior, esperar todavía recordando la textura de las mejillas entre los pómulos y la quijada y el hueco entre el cuello y los hombros y de pronto encontrarse mirando ya los pechos, reconociendo los pezones, volviendo a descubrir el ombligo, los calzones mínimos y negros dividiendo en dos el cuerpo largo y esbelto, y su indecible ternura acostada en el piso desde la vergüenza y el abandono, la cara sin edad, la pierna recogida, el vientre expuesto, imagen que no quiere más que olvidarse de su poder y su fuerza, y en ese momento dejar las fotografías y salir a la calle en su busca, o sea, en busca de nadie y darse cuenta de que no hay adónde ir, de que ella no está en ningún sitio o

mejor, está en todos que es ninguno, está en su rabioso deseo, en la imposibilidad de comunicarse todavía con Anselmo, y cerrarse sobre el deseo, querer desear hasta sentirla otra vez bajo él, hasta tenerla agitándose como un gusano mientras él la hería por el culo, y sólo sufrir más su necesidad, la naturaleza insustituible de ella, e imaginar otra vez sabiendo que eso es despeñarse en el vacío hasta que lo imaginado y lo real sean uno y lo mismo; pero ahora Mariana está allí, es ella, no cabe duda, puede verla y su figura se adelanta hasta su mirada, entra a ella, es su mirada. La imagen de su amor y su deseo presente y palpable. Esteban la ve. Toda la fila de reclinatorios se borra y reaparece. Es como si hubiera salido a la calle y sin esperarla la encontrara. La realidad llenándose de sentido, desbordando su propia plenitud como un hermoso desperdicio. Ya no un mero movimiento sino la quietud insostenible de un instante y luego el movimiento reiniciándose desde un punto más alto, alrededor de un centro. Entonces la ciudad entera desaparecería o al contrario: sería visible para siempre. Pero ahora es allí donde ella está presente. Esteban la ve. El jardín quedándose solo al salir las niñas de la escuela después del agudo sonido del timbre. Mariana está tan ensimismada en la lectura de su misal como cuando inclinaba la cabeza, apoyaba la frente en la pared y echaba los brazos hacia atrás uniéndolos en la espalda. ¿Pero quién es, qué hace allí? Esteban la ve. Es la misma frente estrecha, el pelo castaño, la nariz recta. Los labios se unen del mismo modo. Desde la seriedad de su atuendo su belleza es la más excitante. Es la misma. Ahora debe traer algo debajo.

Mariana no lo ha mirado, pero Esteban levanta la cámara para retratarla. A través de la lente ve su rostro ancho, con los altos pómulos, las mejillas ligeramente hundidas, el toque felino de los ojos amarillos, cafés, que de pronto se levantan un instante, entre el marco de pelo castaño, ni corto ni largo, sobre el severo corte del traje sastre negro con el collar de perlas. Esteban inclina la cámara y ve, a través de la lente, sus expresivas

manos sosteniendo el misal. Levanta de nuevo la cámara. Espera algo. La ligera arruga vertical aparece en la frente de Mariana a partir del espacio entre el firme arco de las cejas. Esteban sonríe. Es una inquietud, una impaciencia, una rara tranquilidad.

La música ha callado.

—Santo, santo... —dice la melopédica voz de la monja sobre un insistente repicar de campanillas.

El oficiante está frente al altar realizando su tarea, de espaldas a los feligreses. Esteban se halla a un lado, casi ante aquellos para quienes se celebra la misa. En la primera hilera de bancas, sin haberse movido, la tía Eugenia y la tía Delia siguen la ceremonia, sentadas en el breve espacio que Eugenia logró desalojar para ellas. También hay que tomar fotografías de los niños, de la iglesia, de los demás invitados quizá y de las personas que ocupan junto a Mariana los otros reclinatorios. Pero todo el ámbito de la capilla está como levantado en el aire, más allá del mundo. Desde él habría que descender hacia la realidad, si hubiera realidad.

La monja, encorvada, con su enorme toca flotante, figura anacrónica que de pronto tiene un sitio, se acerca a los niños, les pone las manos en la espalda y les dice algo. Ellos no se vuelven. Están atentos sólo al altar. El asombro y la devoción son un raptó que transforma sus rostros o los muestra en su auténtica medida, como nadie sabe que son, como en verdad son. Tal vez la alada transparencia del mármol, despojada de su peso, podría fijar ese éxtasis en el que la herida se convierte en un desconocido placer. Son nada más una niña y un niño, ella uno o dos años mayor, vestidos con la imitación de un hábito blanco en el que todo se ha simplificado, con un sencillo crucifijo de madera colgando sobre el pecho. Están de rodillas, con la mirada fija en los movimientos del oficiante, y son muy bellos. Se parecen y no se parecen. Las facciones de él son más espirituales; las de ella no abandonan su feminidad. Es la misma boca tierna y sensual; la nariz es más aristocrática y perfecta en uno, más perso-

nal en ella; la frente de la niña es amplia y abombada, la de él estrecha; la cara de él menos alargada que la de ella; la forma de la cabeza, con el pelo rubio, con el pelo castaño, descansando en un cuello increíblemente largo y frágil, es igualmente perfecta en su diferencia, predominantemente inteligente en él, seductora a partir de su originalidad y su irreductible carácter en ella; pero cualquier separación es una semejanza. Se trata siempre del misterio a través del cual se muestra la inocencia. Su propio raptó les es ajeno. Los han instruido sobre la manera como deben comportarse y ellos han encontrado la obediencia. Siguiendo órdenes las sobrepasan y les devuelven su sentido original. Algo va a entrar a ellos, se alojará en su cuerpo, se quedará allí, adentro, protegido y seguro en ese espacio cerrado, y ese algo, siempre invisible, que no termina de aparecer nunca y se resiste a mostrarse, es la divinidad.

Pasa la elevación y fray Alberto Gurría se acerca a hablarles a Mercedes y Luis antes de darles por primera vez la comunión. Sabe cada una de sus palabras. El sermón es banal y falso para él. Pero en la atención de los niños descubre lo que esperó encontrar tanto tiempo atrás algún día. Eso se ha perdido. En su lugar hay un oficio como cualquier otro. Se vive en un convento y se dice misa y se escuchan desde la reclusión de un confesionario, aislado y distante en esa garita sin fondo, habiendo perdido el rostro, las susurradas palabras del mundo y se asiste a muertes untando aceites en pieles frías y marchitas, se pone sal en la boca de bebés berreantes lujosamente ataviados y se vierte agua en su frente dándoles una identidad, se casa a parejas ingenuas o impuras, se asiste a la desgarradora ceremonia por la que uno también entró al oficio y alguna vez, al amanecer, antes de regresar a la celda, se respira un aire tan diáfano que es irreconocible o en la capilla de un convento de monjas se enfrenta uno, en la cara de sus sobrinos, de los que ha perdonado un día antes los pecados, con el rostro de la primera comunión. Uno es culpable entonces de lo que hace con su oficio, pero no hay lugar en el

mundo para él. Habría que saberlo desde el principio. Se trata siempre de otro mundo. La fe. En la cara ascética y diluida de fray Alberto, sin cortar el ritmo de su sermón, se dibuja una mueca que oculta en seguida.

La Presencia Real no es más que un mínimo, redondo y delgado pedazo de pan sin levadura que se pega en el interior de la boca. No tenemos otro lugar que el espacio de la representación. Encontrarlo, evocarlo, hacer aparecer lo divino mediante la proyección de nuestros propios fantasmas y que lo falso sea verdadero porque, igual que siempre, el espectáculo es lo único real. La vida que se representa a sí misma, inocente, repitiendo su propio despliegue. Dios ha muerto. Se supone que lo matamos nosotros que también lo habíamos inventado. Muy pocos advierten esa enormidad. Sin embargo, el temor de estar comentando un suceso conocido es inevitable. En vez de la repetición el silencio, pero la repetición también conduce al silencio y se levanta desde ese fondo sin fondo, inmutable, el puro devenir regresa y se vuelve sobre sí mismo. En tanto, allí están las figuras, cada una en su sitio. Para vivir sin Dios, se tiene una identidad y no se siente que junto con Él esa identidad se ha perdido.

Inclinado hacia adelante hasta el máximo en su reclinatorio, José Ignacio Gonzaga ve comulgar a sus hijos. Su primo ha puesto la hostia en sus bocas entreabiertas. José Ignacio ve y lo que ve se queda fijo en el momento de ese descenso prodigioso. Después, él se levanta, junto con su esposa, junto con tantos otros que los acompañan en la ceremonia, y comulga. Regresa vacío a su reclinatorio. Fray Alberto, su primo, no lo ha mirado mientras le ponía la hostia en la boca. De rodillas, con la cara entre las manos, José Ignacio mira de reojo a su mujer, arrodillada también. Ella tiene la cara levantada y alguien ha tomado fotografías sin cesar, de todo y de todos. Ahora un acontecimiento sólo lo es cuando termina en un álbum. El prestigio de la imagen. Y él no tiene ninguna, ni una sola imagen suya que pudiera mirar sabiendo que le pertenece, ni siquiera a sus hijos. Su mujer se ve bella, de rodillas, con

su traje sastre negro, tan seria y recogida. José Ignacio tampoco sabe desde dónde se puede regresar a ella. Tal vez nunca se ha alejado. Son los hijos los que hacen un matrimonio. Mercedes y Luis prodigiosamente bellos también, hijos de María Inés, allí adelante, nacidos de ellos. José Ignacio, María Inés. Aparta las manos de la cara, se vuelve ligeramente y ve las pantorrillas de ella saliendo de la falda negra. Su tía Eugenia está en primera fila. José Ignacio le sonríe.

De nuevo la música, los rezos en la lúgubre voz de la monja; pero ya la ceremonia se precipita hacia su conclusión. Esteban se siente obligado a tomar unas últimas fotografías de los niños. Son los únicos para los que las palabras iniciales del sermón de fray Alberto resuenan en presente.

—Ustedes niños que se disponen a recibir en su cuerpo al Señor...

Pero para ellos no hay adentro ni afuera. Una sola tensión los ha mantenido despojados de sí, suspendidos en una pureza intemporal, desde la que su belleza no les pertenece. En ningún momento se han mirado uno al otro. A veces, el niño se ha vuelto un instante hacia la monja, como si se sintiera inseguro respecto a las acciones que tenía que realizar. Pero entonces su sonrisa de disculpa ante nadie ponía en sus facciones un gesto de inocencia más agudo que nunca. En cambio, la seguridad de la niña sólo era posible desde un absoluto olvido nacido de la concentración. Primero estaban a la espera y luego no pueden saber lo que ha pasado. Algo ha llegado hasta ellos y va a irse muy pronto, pero el instante es eterno. Durante toda la ceremonia no le han pertenecido más que a su propio papel, a la ceremonia misma, y su elevación es abstracta, está en el aire, sin dueño, conducida por la música, por los múltiples cirios cuyas llamas centellean en el altar, por el antiquísimo ritmo de los movimientos de fray Alberto, el enervante perfume de las flores, todo un juego de conjunciones y relaciones entrelazadas por lo inasible, pero que desciende hasta las dos figuras vestidas de blanco y se refugia en su cuerpo. Sus gestos y actitudes son los mismos antes y después de comulgar: una reserva, una

curiosidad, una confianza, la transparencia de una mirada que apenas osa levantarse, la delicada firmeza de las manos infantiles que se unen a la altura del pecho, la diferencia entre el color de la piel de la niña y el niño vestidos con el mismo hábito, entre uno y otro óvalo de las caras, entre el pelo castaño y el rubio, entre lo que ya es de mujer y ya es de hombre en una y otro, hacen una unidad para la que haber encontrado la forma sin buscarla es la respuesta y sin tocarlos, haciéndose ser en su doble figura para la que nada ha terminado porque todo ocurrió en otro lado, oculto en el olvido y la entrega a una fascinación que se queda quieta y no transporta más que a la exactitud de la belleza, en esa imagen infantil de lo intemporal y lo eterno encarnado en la fugacidad de dos cuerpos sin edad, vueltos representación del espíritu, que de pronto tiene unos ojos, una nariz, una boca cercanos y distantes como sólo pueden mostrarse en un cuadro, se aloja un misterio al que nadie puede acercarse sin perderse.

Con sus cámaras, Esteban ha seguido la evidencia de un transporte inexplicable en otros términos que la disponibilidad de la inocencia sin dejar de relacionarlo con la figura de Mariana, arrodillada detrás junto con dos mujeres más y un hombre desconocidos para él, atenta a las acciones de los niños, no vigilante sino a veces deslumbrada a veces ausente, volviéndose de vez en cuando a mirar al hombre a su lado, perfectamente reconocible en cada uno de sus rasgos, de sus gestos, sorprendente en algunas de sus actitudes, seria y como concentrada en su propio continente de un modo que hacía más indudable y visible la apariencia de su cuerpo austero y disponible, marcado por el incrédulo deseo de Esteban, del rostro con los párpados bajos en el que él nunca logró encontrar la mirada de los ojos amarillos, el hueco entre el cuello y los hombros donde Esteban había respirado con la cara hundida en la piel, sintiendo las manos de ella en su espalda, y sin embargo, desconocida, inexplicable también, como si fuera dueña igualmente de una inocencia que anulara cualquier posibilidad de un propietario único para esa figura, in-

cluyéndola a ella misma, y la dejase en manos de toda mirada, todo gesto, que la llevara a manifestarse.

Esteban la había visto levantarse a comulgar, había sorprendido la mirada del niño en ella y su sonrisa ante esa mirada, la había sentido en todo momento ocupando su lugar, sabiéndose contemplada sin pensar en ello, al frente de la ceremonia, recibiendo con su maravillosa boca apenas entreabierta la hostia que ponía sobre su lengua la mano cuidada de un cura culpable sin duda y que la miraba al hacerlo. Era Mariana, pero ella no lo sabía y al mismo tiempo no podía dejar de saberlo. Culpable de ser Mariana, inocente por ser Mariana. Detrás de los niños ahora, en otro papel, que también le correspondía. Esteban toma unas fotografías más. El hombre arrodillado junto a Mariana lo está mirando. Tiene un aspecto que Esteban aprueba, inseguro y melancólico cuando supone que nadie lo ve y quizá comprende aquello por lo que acaban de pasar los niños. Esteban vuelve a retratar a las dos figuras vestidas de blanco cuyos ojos no se apartan del altar.

Fray Alberto dice ya en voz alta las últimas oraciones arrodillado en el último escalón. Su voz cadenciosa, buscadamente aguda, monótona, se mezcla con la de la monja. Después, se levanta y sale. El altar queda vacío. Un momentáneo cintilar de los cirios; el perfume de las flores que va a quedarse solo. Los dos monaguillos han seguido a fray Alberto. La música se reinicia. La monja se pone de pie, se acerca a los niños y les indica que deben emprender el desfile hacia afuera. Es una pausa intolerable; ahora es imposible aceptar que todo ha terminado. Cargado con sus luces y cámaras, Esteban se precipita hacia la entrada para retratar a los niños mientras salen. Al pasar junto a Delia y Eugenia ellas le sonríen. Nadie se ha movido todavía en la fila de reclinatorios donde está Mariana. De cara a la puerta ya, Mercedes y Luis miran abiertamente por primera vez a sus padres. El orgullo que encuentran les complace. De pronto saben que son y han sido el centro; pero el recogimiento regresa también, conducido

por la música alegre y exaltante con su sabor de despedida y mientras avanzan por el pasillo con las manos unidas sobre el pecho, un tanto avergonzados, se mezcla con la necesidad de responder con los ojos a los saludos de la gente e ir reconociendo a los amigos. María Inés y José Ignacio, Cristina la hermana de ella y una prima lejana de José Ignacio y fray Alberto que los acompañaban en el reclinatorio como madrinas, caminan detrás de ellos. Esteban retrata a los niños varias veces más todavía y en alguna ocasión ellos miran hacia la cámara. La música sigue sonando cuando los primeros invitados empiezan a dejar sus asientos y siguen a los protagonistas de la ceremonia, contentos tal vez de encontrarse de nuevo al aire libre.

En el jardín, con la fachada de la capilla detrás, frente al resto del convento, la pausa se prolonga en un espacio dentro del que nadie sabe en dónde se encuentra. Al final de cuentas, ha sido un rito sin importancia; ahora hay que seguir adelante. Los invitados se agrupan y se dispersan, se saludan entre sí. Reconocimientos y comprobaciones. Una ocasión más de encuentro: el mismo de siempre. Detrás, el esbelto campanario; al frente, las rosas abiertas y el rumoroso surtidor; más allá, los mudos corredores. Se han formado pequeños grupos de invitados en los senderos del jardín; algunos niños se sientan en el pretil de la pila de la fuente. Nadie quiere vivir en un tiempo sin tiempo: es el momento de las risas y saludos.

José Ignacio y María Inés están casi todavía en la puerta de la capilla con Mercedes y Luis. Cristina se ha desprendido un tanto de ellos para saludar a unos amigos. La prima de fray Alberto, que preparó a los niños para la primera comunión, sigue al lado de José Ignacio. Mercedes y Luis están dos pasos adelante de sus padres. María Inés tiene las manos puestas en los hombros de Mercedes y José Ignacio en los de Luis. Mirando caminar a Cristina hacia sus amigos, Esteban ha advertido que sus gestos y movimientos son idénticos a los de Mariana. Avanza muy derecha pero con una leve ondulación en las caderas y un

secreto ritmo suave y firme en los pasos, con los brazos inmóviles caídos a lo largo del tronco y ambas manos apoyadas apenas en la cara exterior de los muslos, el índice extendido muy derecho y los demás dedos recogidos contra la palma, la cabeza muy erguida sobre el grácil cuello y una sonrisa que no llega a formularse en los labios. Pero en ella el alegre atractivo de Mariana se ha perdido u ocultado, como si lo hubiera cegado voluntariamente. Esteban, sin lugar, incapaz de comprender nada, sin poder mirar más a Mariana con las manos en los hombros de la niña, entra a la capilla de la que todavía no han salido Eugenia y Delia.

El sacristán apaga ya las velas en el altar. Eugenia y Delia caminan lentamente por el pasillo a lo largo de las hileras de bancas vacías ya.

—¿Tomaste muchas fotografías? —dice Eugenia.

—Algunas, tía —contesta Esteban.

Eugenia deja el brazo de Delia y se prende del de Esteban.

—Vamos afuera, quiero ver a mis sobrinos.

Apenas ganan la salida y María Inés las ve, se precipita a su encuentro.

—¡Tía, qué bueno que vinieron!

Llevando del brazo a su tía, Esteban contempla a Mariana. La acción de Eugenia es inevitable.

—Tú no conoces a mi otro sobrino, María Inés: Esteban.

Mariana ha mirado a Esteban por primera vez.

—Mucho gusto.

Le tiende la mano. Esteban tiene en la suya la de Mariana, larga y estrecha.

—Creo que nos conocemos.

—No, no me parece. Aunque es posible —dice ella. Luego se dirige a Eugenia—. Los niños van a estar encantados de que hayan venido. Ya sabes que te adoran.

—Y yo a ellos. Y a ti, María Inés y a José Ignacio. Igual que Delia. ¿Verdad, Delia? —pero no espera la respuesta de su hermana—. Esteban tomó muchas fotografías. Ya verás qué maravilla. No sé dónde ni por qué pero es un fotógrafo excelente.

Mariana vuelve la cara y mira un instante a Esteban.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

Es ella. No le importan nada las fotografías. Es ella, vestida con un traje negro y con un collar de perlas.

En tanto, José Ignacio ha visto a sus tías y se acerca con sus hijos al grupo. Los niños besan a Delia y Eugenia.

—Déjenme verlos bien —les dice Eugenia—. Se veían como unos ángeles. Son unos ángeles.

Los niños sonreían tímidamente mirando con admiración y amor a su tía. José Ignacio les acaricia alternativamente la cabeza con un gesto en el que apenas puede disimularse la ternura. Algunos primos y amigos se han acercado.

—¿Podemos irnos? —pregunta Luis.

Mientras se alejan, vestidos con su hábito blanco, arbitraria imagen de monjes sin edad entre sus amigos, Eugenia comenta:

—No sabes lo que tienes.

—Sí, lo sé, tía —contesta José Ignacio.

—Trato de recordarte como ellos, pero no puedo —sigue Eugenia.

—Yo sí lo recuerdo —interviene Delia.

José Ignacio sonríe. Es él quien trata de recordar a sus tías el día de su primera comunión. En lo único que podía pensar es en que se había confesado mal y el techo de la iglesia se le iba a caer encima. La hostia en su boca fue un clavo ardiente. Un Dios justiciero; y ahora es demasiado tarde para un Dios amable. Mercedes y Luis lo olvidarán.

—José Ignacio, ¿tú conocías al sobrino de las tías? Vino a retratar a los niños —ha dicho en tanto María Inés y agrega para Esteban—: Éste es mi marido.

Están las dos tías, tías de Esteban y de José Ignacio, cada quien por su lado, y ella en el centro que no es sobrina de nadie. María Inés, mujer de José Ignacio. Mariana... Después de las presentaciones, José Ignacio le hizo un cariño en la mejilla. La manera en que ella apoyó un instante el hombro en el pecho de él. Cada gesto la muestra. Pero ahora está como protegida por su nombre.

—¿Puedo retratarlos con las tías? —dice Esteban.

—Hazlo pronto. Estoy cansada de estar de pie —comenta Eugenia.

María Inés trata de llamar a los niños. Ellos ya están entre sus amigos. La risa de Luis puede escucharse en el jardín.

—Déjalos —dice José Ignacio.

En cambio, por la puerta de la capilla ha aparecido otro hábito blanco que se une al grupo: fray Alberto vestido de dominico, con zapatos y pantalones negros que resultan totalmente arbitrarios, bajo el hábito demasiado corto. Se decide que las tías irán al desayuno con la familia en el coche grande. Esteban no pensaba ir, pero fray Alberto, que sabe quién es por Anselmo, ha intervenido.

Una extraña trama. Como todas. Sólo hay que seguir el hilo. ¿Pero por dónde se tiende?, ¿a quién abarca? Tendría que haber una continuidad, alguna certeza. Y ésa sólo puede establecerse desde afuera, a partir del reconocimiento de la inseguridad y la incertidumbre. Mientras más arbitrario parece un suceso más se acerca a la ausencia de origen. Después basta con seguir el lazo tendido, prolongar el movimiento. Las palabras son la red. La trama siempre es extraña. Disimula.

Cristina se ha acercado a saludar a las tías.

—¿Y tu marido, hija? No lo veo. Ya sabes que para mí es el hombre más guapo del mundo —comenta Eugenia.

—Ay, tía. No vendría jamás a una primera comunión. Él es un ateo con convicciones —contesta Cristina con una sonrisa interrumpida que es también la de Mariana.

Y ahora, María Inés se aleja del brazo de Eugenia y Delia. Esteban, José Ignacio y fray Alberto se quedaron hablando un momento más todavía.

—Según Anselmo, tú eres una de las gentes más inteligentes y que más se desperdicia en este país —ha dicho fray Alberto poniéndole una mano en el hombro a Esteban.

Él se ríe.

—Eso es porque Anselmo supone que él y yo somos el mismo —dice.

Se hallan los tres juntos en el mismo lugar, Esteban con sus cámaras al hombro, fray Alberto con su hábito, José Ignacio vestido de gris, algunos niños, unos cuantos mayores, están más allá, esparcidos por el jardín, y cualquiera puede acercarse en el instante que lo desee, el grupo no tiene ni muestra nada extraordinario: una conversación más entre tres personas; sin embargo, eso es lo extraordinario. Mientras hablan está en juego un presente inmediato que se exterioriza y un pasado insondable que cada uno lleva dentro cuyo peso no advierten en ese presente y hasta un futuro que no interesa porque sólo existe el instante. Para Esteban la mención de Anselmo y la mano de fray Alberto en su hombro tuvo un efecto perturbador. El presente se ha hecho irreal, aunque Esteban está a gusto. José Ignacio le es simpático y él no sabe quién es su mujer. Necesita que sea Mariana y no quiere que sea Mariana. Tampoco puede dejar de preguntarse quién es él mismo. Ha tomado fotografías buscando una imagen, pero no posee la suya. Ahora habla desde el lugar que los otros dos imaginan que tiene y lo confirma hablando. Es el otro sobrino de la tía Eugenia y la tía Delia, que vive en la parte de arriba de la misma casa de ellas, que según parece tiene mucho talento y se ve muy agradable y al que José Ignacio no conocía porque su propio mundo está muy lejos; es el amigo de Anselmo y Esteban sabe que fray Alberto sabe lo que eso representa porque él sabe lo que fray Alberto representa una vez que ha mencionado a Anselmo y comprende y también le simpatizan su adhesión y su curiosidad por un desgarramiento continuo y un desorden del que puede ser parte. Además, José Ignacio quiere acercarse a él por lo que fray Alberto supone y a fray Alberto le incita el encuentro entre su primo José Ignacio y Esteban mientras él no deja de esperar vigilante que María Inés regrese para reconocer en ella a Mariana, poner en su severo traje negro, en su collar de perlas, lo que su deseo sabe de esas piernas largas, ese torso que quisiera desnudar, las manos expresivas, el rostro que el placer transforma obligándolo a mostrar una indecible belleza.

—Lo que pasa es que me gusta la fotografía, pero no sé cómo emplearla —dice en tanto.

Para fray Alberto haber terminado de oficiar la primera comunión huyendo mientras hacía los gestos necesarios al rito de un oscuro corredor cada vez más estrecho en cuyo asfixiante final debería encontrarse una perdida imagen suya frente a la cual siempre estaba y, habiendo logrado ignorarla, evitarla, encontrarse entre Esteban, que le permitía configurarse como el estudioso laico con una celda llena de libros y una cátedra pendiente, y su primo, a quien le regala esa figura como expresión de lo que se puede obtener en el mundo, es la manifestación de un esplendor que no le pertenece pero dentro del cual puede colocarse con un movimiento que tiene la misma intensidad que la huida y por eso resulta fácil y natural hasta tal punto que él no es más que ese vértice perentorio que deja suponer que participa del secreto de todos y para sí no tiene ninguno que le pertenezca. Escucha a Esteban. Sonríe. Tiene un encanto meticulosamente dividido en dos y participa de ambos lados. Hay un placer en la farsa. La exactitud de los gestos hace distinguida la representación y él es un comediante experto. Su rostro trabajado hasta la caricatura gesticula, los movimientos de sus brazos son muy amplios. La risa se convierte en una carcajada ante un comentario de José Ignacio. Nada puede ser tan real como representar un papel y fray Alberto es esa representación.

José Ignacio Gonzaga teme que está entrando a lo que puede llegar a ser una crisis definitiva. Ha seguido con aprehensión el crecimiento de sus hijos y como los ama los ve desprenderse de su lado. Quizás es demasiado pronto para pensar en eso y vuelve en el recuerdo al principio de su matrimonio con María Inés. Ir construyendo seguridades. Tener un trabajo por el que se deja lo que importa, lo que uno sabe que es, para más tarde, y luego tener una mujer. Al principio, María Inés era un misterio que no se merecía aunque lo merecía todo. Ella que había sido de otros ahora era suya. Guardarla en su casa y avanzar juntos. Luego el tiempo se desliza. Están juntos y ni siquiera

hay que advertirlo. Los días se mueven, se mueven, sobre el mismo trabajo, sobre la misma casa, la misma mujer y unos hijos siempre diferentes. Se deja de mirar lo que a uno más le importa y sólo se piensa, siempre a solas. Es hermosa la fantasía. Todo puede ocurrir allí. María Inés vuelve a aparecer desde su pasado, cuando todavía no era suya. Y Mercedes y Luis no existen. No existen. José Ignacio ve a Esteban y siente simpatía por su inseguridad y su desamparo, ve a fray Alberto y le agradece que lo haya acercado a ese joven de su misma edad casi. Pensar que también es sobrino de la tía Eugenia. No sonrío, no hace ningún gesto. Él está allí y es el dueño de todo, debe sentir que es el dueño de todo, pero no quiere serlo, sino que lo usen. Entrar a otro mundo, que no le pertenezca.

Entonces, aunque otras personas, distintas gentes, se han acercado a saludar y hasta se han quedado conversando un momento, es María Inés la que interrumpe la reunión. Esteban la mira caminar hacia ellos con su paso indiferente, ajeno, severo y ondulante.

—¡José Ignacio, es el colmo! Llevo horas hablando con las tías en el coche. Tú deberías haber traído a los niños —dice justo en el momento de quedarse ante ellos de pie e inmóvil, figura de sí misma, cerrada en su cuerpo, distinta para cada quien.

Es María Inés la que llama a los niños. Es ella la que recibe primero su beso cuando se acercan, entre serios y sonrientes, dejando a los amigos con los que hablaban. Es ella la que le pasa la mano por el hombro y hace que la niña se apoye en su cuerpo mientras acaricia al niño en la cabeza. Es ella la que, llevando a cada uno de sus hijos a un lado, tomándolos por los hombros, obligándolos a pegársele por completo, sin dejar de besarlos un solo momento, inicia la retirada. Antes le ha dicho a fray Alberto y Esteban que los espera en el desayuno. José Ignacio la sigue.

El jardín va a quedarse solitario de nuevo. Vigilado por la pequeña torre de la capilla, cuya campana sonará varias veces a través de la mañana, de la tarde, del principio de la noche, som-

bras sin tiempo lo atravesarán, lentas o presurosas, y él proyectará sus propias sombras. Los invitados que aún conversaban formando pequeños grupos en los senderos, entre los rosales, han seguido también a María Inés y José Ignacio en su retirada. Por un momento, los amigos de Mercedes y Luis son hijos otra vez. Una monja sale de la capilla y le da a fray Alberto un pequeño maletín con la ropa que usó para oficiar. Luego, le besa la mano y se aleja hacia el interior del convento. Fray Alberto se limpia el dorso de la mano contra el hábito.

—Odio a las monjas —dice—. Debe ser una especie de antifeminismo.

—O al contrario —contesta Esteban.

—Sí, es cierto. Más bien sería un feminismo, quieres decir, ¿no? —acepta fray Alberto.

Fray Alberto le propone entonces a Esteban que se vayan juntos a casa de José Ignacio y María Inés. Luego él, Esteban, podría traerlo de regreso a su coche, que se quedaría estacionado frente al convento como si ése fuera su lugar. La sola mención del nombre de María Inés irrita a Esteban.

—Yo no pensaba ir —dice.

—Vente. Después podremos conversar —insiste fray Alberto.

Es como una desgana. De pronto, Mariana se ha alejado y María Inés ocupa su lugar. Pero entonces le gustaría estar cerca de María Inés, mirarla junto a José Ignacio, con sus hijos, saber por qué sus tías la quieren tanto y contarle luego todo a Anselmo. Algún día, María Inés tendrá que hablarle a él a solas.

Afuera, la familia se ha acomodado ya en el automóvil de José Ignacio. Evodio cierra la puerta y ocupa su lugar frente al volante. Con fray Alberto a su lado, Esteban se acerca a la ventanilla y le dice a su tía Eugenia que irá al desayuno.

—Claro, Esteban. No sabes cuánto me alegro. Tú siempre tan aislado —dice su tía.

—Yo también me alegro —agrega José Ignacio sonriéndole.

Desde su lugar, a través de la ventanilla, Esteban ve a María Inés sentada junto a su hijo. Tiene

la pierna cruzada y su falda deja ver sus muslos casi por completo. Varios coches más arrancan ya. Esteban y fray Alberto se dirigen hacia el pequeño automóvil de aquél.

—Cuéntele a su tía cómo se sienten con Dios adentro, niños —dice Eugenia apenas el coche se pone en movimiento.

—¡Tía! —interviene María Inés casi como un cumplido.

—Hablo en serio —sigue Eugenia—. Aunque no parezca, yo soy creyente. Voy a confesarme antes de morir. Y espero encontrar a todo el mundo en el cielo. Ahora mismo, si no me fuera imposible arrodillarme... Todavía recuerdo mi primera comunión. ¿Te acuerdas tú, Delia?

—Perfectamente —contestó Delia.

—Es mentira. Tú has olvidado todo —la interrumpe Eugenia.

—Fue en la hacienda... —sigue Delia.

José Ignacio se ríe:

—Y desde entonces no han dejado de pelearse...

Sentada junto a su padre adelante; sentado junto a su madre atrás, Mercedes y Luis miran contentos a sus tías. Entre la primera comunión y el presente hay un rompimiento que no advierten. Ha llegado el momento de los amigos y el desayuno. Luego permanecerá un vago recuerdo. Mercedes lo demuestra:

—Yo sí me emocioné —dice.

—Se notaba —comenta José Ignacio dándole un beso.

—Yo también —interviene Luis.

—Esto está bien. No hay que ser menos que las mujeres —dice Eugenia.

María Inés no ha hablado. Al volante, muy discretamente Evodio Martínez escucha los comentarios, pero tal vez su mirada no quisiera encontrar más que la figura de María Inés. Él ha estado aparte, esperando en el automóvil. No habló con nadie, pero ahora está de nuevo en su sitio, cerca y lejos, en el centro de todas maneras. Conduce a todos a todos lados. Mientras espera, en cambio, es un puro blanco sin contornos y aunque a veces se puebla con otros fantasmas él los

obliga a salir, con una obstinada fidelidad, porque ha decidido, él que distribuye tan bien su tiempo, que no tiene ningún derecho a inmiscuirse durante la espera.

Cuando ayuda a bajar a la tía Eugenia al llegar a la casa, ella se vuelve hacia María Inés.

—Tienes un chofer muy atento.

María Inés no registra el comentario ni tampoco mira a Evodio. Ésa es la dificultad. ¿Dónde existe él? El blanco de la espera está lleno de tensión, en cambio ahora ni siquiera puede sentir rencor, sólo una necesidad. Entonces quisiera borrarse, que no le hablaran ni Mercedes y Luis. Es mejor solo, con el automóvil parado, frente al volante. Es bueno pensar que muy pronto dejará ese inútil esfuerzo y será independiente.

El camino hacia la casa ha sido muy corto, en cambio, para Esteban y fray Alberto. En realidad, no lo han advertido. Fray Alberto dejó, junto a las cámaras y las lámparas de Esteban, el maletín con su suntuosa casulla y los demás implementos de oficiante en el asiento de atrás. Se sentó con la espalda apoyada en la portezuela, abrió la ventanilla, sacó por ella el codo enfundado en blanco dejando colgar su cuidada mano, prendió un cigarro y dio una honda chupada, exhalando en dos rectas líneas el humo por la nariz. Esteban había arrancado ya. Miró con simpatía el rostro malicioso de fray Alberto y pensó en Anselmo. Él hubiera hecho el comentario: los gestos profanos del cura conservaban algo ritual.

—Tiene que guiarme —dijo.

—¿Por los caminos del espíritu? —contestó fray Alberto.

—Más fácil: a casa de su primo —dijo Esteban.

—Sabía que no ibas a caer en la trampa. Pero no era una trampa. El confesionario le enseña algo sobre las gentes a los curas, cuando ellos quieren. Ven y sígueme —contestó fray Alberto.

Esteban se rió.

—¿Ves? —siguió fray Alberto—. También sabía que ibas a reconocer esas palabras. ¿Fuiste creyente?

—Por supuesto —dijo Esteban.

—Todos lo somos —agregó con un suspiro fray Alberto.

—¿Por dónde me voy? —insistió Esteban, sin perder en nada su simpatía.

—Uno no debería poder evitar seguir con el lenguaje doble y decirte: por donde yo te guíe. Vivimos prisioneros de un lenguaje. Qué asco... y qué bendición. Por la derecha —dijo fray Alberto y en seguida agregó—: ¿Qué te parece mi primo?

—Muy bien —dijo Esteban.

—Es raro que no lo conocieras. Aunque no... También es otro mundo. Por elección suya. Los niños son bellísimos. Y María Inés... —dijo fray Alberto.

—Son bellísimos —contestó Esteban.

—Tampoco seas ambiguo —dijo fray Alberto—. Y toma de nuevo a la derecha.

Tiró su cigarro por la ventanilla y se quedó callado.

—María Inés es bellísima —dijo Esteban.

—Y José Ignacio la adora —siguió fray Alberto.

—Yo la retrataría... Todo el tiempo —dijo Esteban.

—No me hables a mí de eso —dijo fray Alberto—. ¿Te gusta la filosofía?

—Ése es Anselmo, digo yo —contestó Esteban.

—Te guío entonces —sonrió fray Alberto—. A la izquierda, luego a la derecha y ya sólo recto. Es raro que también seas sobrino de Eugenia y Delia.

—Para mí, la tía Eugenia también es la belleza —dijo Esteban.

—Debo admitir que no sé nada de la belleza. Pero admiro a Eugenia... Y a María Inés —contestó fray Alberto—. Cuando uno no entiende la belleza se dedica a pensar. Pero tal vez yo quería la belleza. Soy cura.

Esteban se quedó callado. Él quería pensar en María Inés. Apoyado contra la portezuela y con el codo fuera de la ventanilla fray Alberto lo miraba.

—Les tengo envidia —dijo luego.

—¿A quién? —preguntó Esteban.

—A ustedes, los que no creen en nada —dijo fray Alberto.

—No hay tal cosa. Siempre se cree en algo —dijo Esteban.

—¿Trascendentalmente? —preguntó fray Alberto.

—Eso no lo sé. Nostálgicamente —dijo Esteban.

—Bastaría para absolverte —comentó fray Alberto—. Pero la teología está desprestigiada. Ni yo puedo usarla. Hay que tocar los cuerpos, la vida.

Esteban se volvió a mirarlo. Fray Alberto se rió.

—Nadie sabe quién es quién.

Así llegaron a la casa.

—Aquí —dijo fray Alberto.

Las casas son un refugio, una definición y un símbolo. José Ignacio era dueño de la suya desde antes de habitarla. Había un jardín, unos árboles, un espacio que lo esperaba. Al casarse con María Inés hubo que hacer muchas reparaciones y cambios en la construcción. Ahora la casa es una isla rodeada por el enorme jardín. En otoño se ven caer las hojas de los fresnos frente a las ventanas. Un lento y continuo movimiento que semeja romper e inmovilizar el tiempo. El pasto se cubre con una alfombra amarilla y con una escoba de alambre el jardinero hace pequeños cerros de hojas secas que Luis ama ver quemar. Desde su cuarto, María Inés lo observa siguiendo con la cabeza inclinada hacia un lado la estrecha columna de humo. A veces imagina también a José Ignacio encerrado en su biblioteca y baja a verlo en bata. Hay frutales y enredaderas y flores, pero el sol ha hecho retroceder al jardín. Un abierto campo de pasto se extiende con una alberca al fondo. Allí se ha colocado la mesa principal, rodeada de otras mesas redondas con sombrillas, para el desayuno de primera comunión. La luz de la mañana y María Inés, José Ignacio, Mercedes y Luis. Ella con su traje sastre negro, su collar de perlas y sus largas piernas, él de gris, los niños con un falso hábito infantil, recibiendo a sus invitados, que van ocupando las mesas. Más niños que mayores, más mujeres que hombres. Debe haber un

orden. La tía Eugenia y la tía Delia están sentadas ya en la mesa principal. Fray Alberto y Esteban llegan directamente por el jardín, sin haber entrado a la casa.

Si pudiera verse a sí mismo, el conjunto recordaría cualquier reunión en la que se manifestara la seguridad de una forma levantada para proteger contra toda irrupción del azar. No importa el carácter del acontecimiento. Lo que interesa es conocer de antemano sus posibilidades de desarrollo. Si la vida entera pudiera desplegarse así, su camino sería la certeza. Evitar lo inesperado. Pero conforme ganan en importancia, las instituciones se debilitan. Queda su forma vacía. Sobre su barrera presiona la pasión, la intensidad. Y sin embargo, qué descanso cuando se avanza de acuerdo con lo esperado, cuando nada compromete y basta con estar presente. Quizá sólo está al alcance en sucesos sin importancia. De allí obtienen su fuerza. Pero los participantes no lo saben, representan su papel y lo ignoran, suponiendo que su auténtico interés, el que los afirma como personas y en el que se reconocen, está en otro lado.

Un hermoso pastel señala el centro hueco del cuadrado que forman las mesas. Tres lados son irregulares: los configuran las pequeñas mesas redondas con sombrillas. El otro es la mesa principal. Tiene hasta un toldo. Mercedes y Luis ocupan el centro; al lado de ella, José Ignacio; al lado de él, María Inés. Junto a María Inés, Eugenia y Delia; junto a José Ignacio, fray Alberto. Pero es una fiesta de los niños; otros niños, amigos suyos, ocupan el resto de las mesas y Mercedes y Luis levantan un brazo para saludar a los que están más lejos, sonrén, hacen bromas. Hay un momento de seriedad cuando se levantan a partir el pastel porque la tarea es difícil y además de sus padres, fray Alberto los acompaña.

La tía Eugenia se ha perdido en su papel. Es demasiado ella, imponente y suntuosa, sentada junto a María Inés que la adora y en la que se reconoce, admirada por sus sobrinos, ocupando el lugar de su hermano muerto al que sabe que representa, mientras María Inés le habla y en cada inflexión de su voz ronca, en cada risa, en cada uno de sus

gestos, ella advierte un secreto del que participa y del que no necesita saber nada porque siempre ha sido suyo y crea esa distancia, llena de simpatía y comprensión, entre José Ignacio y ella, desde la que es Eugenia. En cambio, para Delia el desayuno tiene algo fantasmagórico. Incontables fechas se mezclan y se confunden en esa mañana. Sin poder precisar ninguna figura en un ininterrumpido desfile, es ella misma en el antiguo casco de la hacienda y ve a José Ignacio en Luis y de pronto a su hermano y luego es la boda de Eugenia. Las cosas se diluyen, se pierden, cuando deberían mostrarse más nítidas. María Inés le ha dicho a Mercedes que le dé un beso a su tía al servirle el pastel y Delia no supo a quién besaba. Después, se sintió culpable. Sus sobrinos nietos son tan bonitos y dulces, distintos a todo lo que pueda recordar. No se parecen más que a sí mismos. Pero mientras come, Delia teme que en casa de José Ignacio no sabe dónde está y necesita a Eugenia. Ve entonces a Esteban en una mesa cercana y se siente mejor.

Esteban ha conseguido un lugar junto a Cristina. El desayuno le es ajeno. No ha podido dejar de admirar la elegancia de Mercedes y Luis cuya actitud en la misa recuerda, pero antes que nada le interesa de ellos que sean hijos de María Inés. El espacio desconocido en el que esa figura habita está nimbado con todos los atractivos. Reunir los hilos, tener evidencias, conocer hechos, ¿para llegar adónde? Se ve avanzar a alguien cuya presencia se destaca y es una posibilidad. Toda certeza la disminuye; pero la misma posibilidad incita hacia la certeza. Saber; mantener la curiosidad. Antes de conocerme, ella... Un abismo. La vida alrededor suyo debe ser un puro esplendor. Y nada es cierto. Cristina posee el conocimiento y sin embargo, de pronto es más importante reconocer en ella los gestos de María Inés. Cada vez que ella habla, Esteban se aleja. Mira hacia la mesa principal. María Inés está vuelta hacia la tía Eugenia y la escucha con atención. Una de sus manos llega hasta el collar de perlas y se queda allí haciéndolo girar. Ahora ella habla. Su voz ronca. ¿Qué puede estar diciendo?

Seguir en el desconocimiento es dejar libre a la figura en su absoluta pureza, pero la tía Eugenia tiene un nuevo prestigio.

—Usted tomó muchas fotografías, ¿verdad? Tiene que hacer copias para mí —dice Cristina.

—Sí, desde luego. Todas las que quiera —contesta Esteban y le molesta que siente una especie de ternura por ella.

En la mesa es el único desconocido para los demás. Se han mencionado nombres, se han recordado encuentros; él ha escuchado con curiosidad, pero la que le habla directamente es la hermana de María Inés, como si por lo que Esteban es pudiera haber una relación entre los dos. El lugar en el que esa relación existiría es el único que importa. Entonces, ser el dueño de ese secreto lo pondría por encima de todos, le daría derecho a sentirse aparte; pero ese lugar es inalcanzable. Los que lo conocen son José Ignacio y los niños y Cristina. Esteban siente ganas de irse. De hecho, el desayuno ha terminado y no va a pasar nada extraordinario. Pero, ¿y si logra hablar a solas con María Inés...? Imagina un encuentro en el interior de la casa que no conoce y se pierde en el ensueño. Es una sala muy vasta, con techos muy altos. Los muebles cambian continuamente. Esteban está de pie en el centro de alguna habitación cuando entra María Inés, pero no hablan, no hay nada que averiguar. Ella se ha acercado, le ha echado los brazos al cuello y sus labios están en los de él. La necesidad es de ella. Su cuerpo se pega al de Esteban, ese cuerpo que se parece al de Cristina, que, vestida de raso gris, le pregunta a Esteban de qué conoce a José Ignacio, consciente de que ella es parte de la casa.

Los niños se levantaron ya de la mesa principal seguidos por sus amigos. Reaparecen sin la blanca imitación de los hábitos. Luis con un gastado pantalón de mezclilla y un suéter de algodón; Mercedes con una corta falda amarilla y una blusa azul. Si antes su atuendo los señalaba como los protagonistas de la celebración, ahora se ven aparte de sus amigos vestidos de fiesta; pero los íntimos se pierden con ellos en el jardín, mientras los otros se quedan con sus padres en las me-

sas. Algunos mayores y niños han empezado a despedirse. Fray Alberto apenas le habla a su prima que con su aspecto de joven solterona se acerca a la mesa principal a decirle adiós. Ha conversado mucho con José Ignacio y los dos están como aparte de la reunión. Quizás es un pasado que vuelve o un futuro que no saben cómo enfrentar. En cualquier forma, entre los dos han levantado un cerco dentro del que se mueven con inadvertida facilidad. Recuerdos y esperanzas tienen la misma textura, el tiempo está inmóvil y el mundo ajeno, como si nada hubiera empezado todavía y ni siquiera María Inés, en cuya boda también ofició fray Alberto amando su belleza y perturbado por ella, ni los niños, existirían. José Ignacio y fray Alberto serán siempre dentro de ese cerco los primos separados por la edad y unidos por la ausencia de un sitio propio. Sin embargo, los dos tienen una vida. María Inés ha dejado de hablar con la tía Eugenia y se vuelve hacia José Ignacio, separado ahora de ella por los lugares abandonados de Mercedes y Luis.

—Hay que llevar a las tías, José Ignacio —dice.

Él está inmediatamente en la reunión otra vez. Se ha habituado al movimiento de regreso.

—Muy bien, dile a Evodio —contesta.

Es Eugenia la que ve a Esteban sentado todavía en la mesa con Cristina.

—Hazle un poco de caso a mi sobrino —le dice a María Inés.

—Sí, tía, no faltaba más. Fue muy amable de su parte venir —contesta ella.

—Y tú lo has impresionado mucho —agrega Eugenia.

—¡Tía...!

—¿Qué tiene de malo? Tú impresionas a todo el mundo. Por eso te quiero. Y por fortuna, mi sobrino es loco, pero no es ciego —dice Eugenia y comenta para José Ignacio que se ha acercado—: Tú ya sabes que lo que más admiro de ti es tu mujer.

—Y tienes razón, tía —dice José Ignacio pasándole un brazo por el hombro.

La complicidad viva siempre entre Eugenia y María Inés no le pertenece sin embargo. Eugenia

la crea como una especie de comprobación secreta que María Inés acepta.

Entonces, todos se acercan a la mesa de Cristina y Esteban. José Ignacio lleva del brazo a Eugenia y María Inés a Delia.

—Podemos suponer que ya es tiempo de tomar el primer whisky, ¿no crees? —le dice fray Alberto a Esteban.

Él se ha puesto de pie. Todavía quedan algunos invitados, pero ya son muy pocos.

—Y nosotros nos vamos, Esteban —dice Eugenia—. El chofer de María Inés y José Ignacio nos va a llevar.

Por un momento, Esteban no sabe qué hacer. Se atreve a mirar a María Inés, pero ella no parece estar esperando más que su respuesta. Es fray Alberto el que interviene.

—Tú te quedas.

La que se levanta ahora es Cristina.

—En cambio yo me voy, María Inés. Le daré a Santiago el disgusto de contarle qué bonito fue todo.

Se despidе dedicándole unas palabras amables a Esteban y también Eugenia y Delia lo hacen, recibiendo besos de todos. María Inés las acompaña. Esteban la mira alejarse entre sus dos tías, con su hermana. José Ignacio suspira y se sienta en la mesa. Fray Alberto y Esteban lo imitan. Distorsionando el espacio, como si sus movimientos ocurrieran muy lejos y obedecieran a un ritmo distinto, los niños atraviesan el jardín corriendo en diferentes direcciones. Sus gritos y risas se distienden en el aire y luego se dispersan, devorados por un silencio que parece haber descendido sobre la casa. La primera comunión ha ocurrido en otro lado. El monje liberal con su hábito arbitrario, el fotógrafo y el dueño de la casa miran hacia el jardín donde juegan los niños. El dueño de la casa ordena a un mesero que sirva bebidas.

—Todo se va —dice José Ignacio.

Fray Alberto se ríe.

—Ése es el título de una canción americana de mi época —comenta.

Esteban se pregunta por qué se ha quedado y cómo hará para irse cuando regrese María Inés.

Como si se cerrara sobre su figura, el espacio se centra alrededor de ella. Apoya los codos en la mesa y extiende los antebrazos hacia adelante entrelazando las manos.

—¿No les da vergüenza? —dice, señalando las bebidas.

Para Esteban el mundo ha adquirido peso y sentido otra vez. Ella es una adivinanza. No tiene lugar ni le pertenece a nadie. Tampoco importa. Está allí simplemente y se ignora a sí misma. Ocupa el sitio de dueña de la casa entrando a él porque se lo han dado. Sentado en la misma mesa, bebiendo whisky demasiado temprano, Esteban carece también de lugar. ¿Dónde pueden encontrarse? En su papel, hay una adorable y sonriente seguridad en María Inés, pero no es menos un papel por eso. Esteban lo sabe y la mira.

—Por mi parte, yo perdí toda vergüenza hace mucho —dice en tanto fray Alberto.

Se levanta con su hábito blanco y negro, rodea con un brazo los hombros de María Inés inclinandose sobre ella y le da un beso en la mejilla.

—¿No vas a acompañarnos? —dice.

—¿Qué remedio me queda? —contesta ella, levantando hacia fray Alberto sus ojos amarillos y cafés.

La mirada de José Ignacio se ha hecho tan atenta como la de Esteban. Llama a un mesero y le pone un vaso enfrente a su mujer. María Inés se vuelve hacia Esteban, desde una maravillosa distancia, con una cortés curiosidad, ama de casa que sabe ser amable y correcta.

—¿Tú bebes tanto como ellos?

—Más o menos, supongo —dice Esteban.

—No hay salida —comenta ella.

Todos beben. Fray Alberto se ha sentado de nuevo, pero su mano toca continuamente a María Inés. La conversación es un pretexto. María Inés representa una especie de divertida resignación asumiendo que es la forzosa participante de una visión masculina sobre cosas que le son ajenas. José Ignacio expectante ante la excitación que María Inés provoca, como si esa excitación se la revelara, sólo atiende a la mano de fray Alberto que se detiene un instante en el brazo de su mu-

mujer, que sube hasta su hombro, que extiende los dedos en su palma apartando distraídamente los de ella mientras habla de algún libro. Esteban contempla el amor de José Ignacio y busca a María Inés en ese amor al tiempo que la mira a ella, segura y distante, protegida por la elegancia de sus gestos. Fray Alberto se escucha a sí mismo cuando en verdad la que importa es esa mano que actúa independientemente. ¿Pero María Inés sabe todo o no lo sabe? No parece pensar en nada. Es lo que los demás la hacen ser, pero eso sería imposible sin su irónica sonrisa de aceptación, sin su manera de humedecer sus labios al llevarse el vaso a la boca, sin el continuo movimiento de sus piernas que se cruzan y descruzan a un lado de la mesa, sin cada uno de los gestos en los que se muestra y entregándose se guarda. Una gozosa voluntad de ocultación la guía, aunque también es posible que no haya nada por ocultar.

Luego los últimos invitados se acercan a despedirse. Entonces los niños vienen también y protestan: quieren conservar la compañía de sus amigos. María Inés acepta y obtiene el permiso de los mayores. Poco después, los niños regresan a preguntar si pueden nadar. Es José Ignacio el que otorga el permiso ahora.

—Aprovecho para dejarlos emborrachándose solos. Voy con ellos —dice María Inés.

La decisión no implica nada excepcional; es como si quisiera verse a sí misma desde otro lado. Ahora se siente la madre de sus hijos y Mercedes y Luis tienen una fuerza que le fascina. Regresa en traje de baño, la mínima expresión posible de un bikini de mezclilla que la desnuda más en vez de cubrirle, y con una gran toalla a rayas rojas y blancas, que deja sobre la mesa. Antes de seguir su camino hacia la piscina, se detiene frente a los tres hombres y, alta y esbelta, bebe de su vaso levantando mucho el brazo de manera que el codo queda a la altura de la boca y puede verse el hueco de su axila, más allá del cual se insinúa el dibujo del principio del pecho interrumpido por el breve sostén del bikini. Deja el vaso sobre la mesa y sonríe encantada y encantadora

dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo y haciendo que las yemas de sus dedos extendidos rocen sus muslos en una vaga caricia complacida.

—Los dejo —dice.

Gira sobre sí misma y se aleja rumbo a la piscina. Su espalda es interminable. Sus piernas se siguen una a la otra con un ritmo que escapa a cualquier definición. En su pelo brillan todos los reflejos. De algún modo, modo justificado por la incesante necesidad de explicarla que ella misma provoca, se exhibe para probar que es irreductible. Sin la exaltada perturbación de la sorpresa que lo sacudió la primera vez que la vio, Esteban vuelve a comprobar que María Inés es Mariana. Tiene el mismo ombligo extendido y plano sobre un vientre liso como un espejo, los mismos pechos separados apenas cubiertos ahora por el bikini que acentúa el espacio entre ellos, los mismos hombros amplios con el firme trazo de las clavículas, la columna que se insinúa ligeramente curvada bajo la piel de la espalda. Fray Alberto no ha dejado de hablar, pero su atención se ha ido en seguimiento de María Inés.

—¡El eterno femenino...! —dice parodiando el libro que comentaba como si disimuladamente quisiera subrayar el parecido de María Inés con su protagonista.

Nadie puede comprenderlo, pero también sus palabras carecen de significado, han surgido como quien dice, a pesar suyo. El dueño de la casa comprueba complacido la admiración que despierta su mujer. Fray Alberto sigue hablando de ese libro que nadie conoce, sólo que ahora su disquisición es teológica. Esteban no trata de atender. Desde su lugar, puede ver a María Inés nadando con los niños, puede verla saliendo de la piscina y volviendo a entrar a ella. Al tirarse de clavado su figura se queda inmóvil un instante en el aire. Cuando regresa a la mesa, está mojada. Fray Alberto se levanta con la toalla en la mano. No se la tiende sin embargo; va hacia ella y rodeándole la cintura con el brazo la acerca a su cuerpo vestido con el hábito. María Inés se deja hacer. Forman un contradictorio conjunto: el monje de hábito blanco y negro y la mujer moja-

da y en bikini apoyada sin ninguna resistencia en ese cuerpo. Esteban quisiera retratarlos. La mano de fray Alberto se extiende con la misma avidez que la mirada de José Ignacio por el vientre de María Inés. Entonces ella baja la vista y mira esa mano. Hay una terrible complacencia en su irresistible disponibilidad. Se mira a sí misma y ni siquiera su cuerpo es suyo. La mano de fray Alberto se hace tímida mientras se mueve muy lentamente por la piel mojada. No llega a ningún lado. De pronto se desploma y fray Alberto, apartándose, cubre a María Inés echándole la toalla sobre los hombros. María Inés acepta sin sorpresa la renuncia, pero no se sienta con ellos en la mesa, sino que, después de secarse ligeramente, regresa a la alberca con los niños.

Los hombres siguen bebiendo. Fray Alberto, sin embargo, se ha quedado callado. Es Esteban el que habla ahora con José Ignacio, que de pronto parece interesado en su oficio. Después, el dueño de la casa los invita a comer, pero fray Alberto responde que tiene que regresar al convento y Esteban sabe que debe llevarlo hasta su coche, aunque tal vez quisiera quedarse a esa comida.

Se acercan a despedirse de María Inés. Ella

está acostada boca abajo en la orilla de la piscina tomando el sol con la cabeza apoyada en los brazos doblados y extendidos hacia adelante, los niños corren y nadan por todos lados. María Inés se incorpora al oír la voz de José Ignacio.

—¿Se van?

Su actitud revela un alegre reto; la de fray Alberto una cierta tristeza. María Inés llama:

—¡Mercedes, Luis, vengan a despedirse!

Los niños salen del agua. Fray Alberto aparta la mano como si temiera que se la besaran, pero Mercedes y Luis se dirigen a su mejilla. Luego besan también a Esteban. Los hijos de María Inés. Ella le tiende la mano a su nuevo conocido. Es imposible encontrar ningún signo, cualquier señal, en su mirada.

—Me encantó que viniera. Gracias por todo. Tenemos que vernos algún día que vaya a ver a las tías. Y no deje, por favor, de mandarme las fotografías. Todas.

José Ignacio va a acompañarlos hasta la puerta.

No queda más. La mañana se desmorona. Ha habido un tiempo en el que la vida fue como ya no puede ser. Ahora Esteban podrá comparar las fotografías de Mariana y las de María Inés.

III. Evodio Martínez

ÉL NO ENTIENDE por qué, ahora que todo va bien, oye continuamente, por dentro, un furioso enjambre de ambulancias, que no llegan nunca a ningún lado, y cuyas sirenas aúllan en sus oídos. Al regresar a su casa, lo primero que hace es prender el calentador del baño y quitarse el uniforme. Lo examina, para ver si no tiene alguna mancha, cuelga el saco en el respaldo de la silla colocada al pie de su cama, dobla el pantalón y lo pone sobre el asiento de la misma silla y sólo entonces, recoge la gorra que dejara encima de la cama y la coloca sobre el pantalón. Está listo para el día siguiente. Mira un instante el uniforme. Se quita la camisa, la tira al piso hecha bola y en calzoncillos y calcetines, se acuesta boca arriba en la cama, con las manos bajo la cabeza. El agua tardará todavía media hora en estar caliente. Antes hubiera aprovechado el tiempo dándole una repasada al manual; las sirenas lo abstraen demasiado ahora. Si al menos las ambulancias llegaran a algún lado, se detuvieran al fin; pero no hay término, el viaje se reinicia siempre y las ambulancias ni siquiera existen. Son sombras que se disuelven y lo dejan solo con el ruido.

Evodio Martínez se queda absorto mirando el techo liso. Vuelve la cabeza hacia la ventana. Tampoco hay nada afuera. Siente la tentación de salir a la sala o entrar a la cocina, donde debe estar su madre; pero la vence y se queda escuchando sus sirenas. Él sabe estar solo; ha hecho su vida solo.

Hubo una época en que era imposible estar en

la casa. Cinco hermanos y sus padres en dos habitaciones, sin baño. Se tropezaba con todo el mundo. Pero se han ido yendo, menos Adela, que ahora duerme en la sala, y fue él quien cambió las cosas. No se sabía que ésa no era la vida, porque no hay puntos de referencia. Le toca a uno en el corral que lo pusieron; pero luego debe intervenir la voluntad. Sin embargo, había un calor, aunque tal vez eso sólo es en el recuerdo y Evodio Martínez no quiere esos recuerdos. Sería confundir el calor con la peste. Siempre hubo un olor agrio a pulque, a cal, a humedad, a sudor que él suponía era el olor de todas las casas. Se sentía apenas se regresaba de la calle y era un reconocimiento. Ya estoy en casa. Él no hubiera sabido pensar así, a esa edad no se piensa en nada, se es como un animalito. Lo que buscaba era no ponerse en el camino de los demás y pasar lo más inadvertido posible. Su papá y Ernesto, su hermano mayor, tenían siempre los ojos rojos y eran ellos los que traían el olor a pulque. Eran todos, su papá; Ernesto, Ricardo, Sereno. No; Sereno, no. Pero es lo mismo. La casa era la que tenía ese olor porque todos eran la casa. Siempre estaba la pulquería por la que él pasaba al dar vuelta en la esquina con su movimiento perpetuo de hombres y mujeres entrando con paso lento y era un refugio lleno de misterio. También su mamá salía algunas veces con una botella de leche llena, blanca como la leche, pero el olor no era a leche. También eran blancas las huellas de cal que Ernesto tenía en el pelo, en la ropa, en todos lados

y el olor no era desagradable. El desagradable era Ernesto. También era imposible que lo supiera. Se parecía a su papá, chaparro como él y fuerte, con los ojos rojos en esa época. Fue el primero en desaparecer. Un día no volvió y lo esperaron y lo esperaron y no volvió.

No se trata de una evocación. Mientras está acostado en su cama estrecha pero limpia, en calzoncillos y calcetines, con las manos bajo la cabeza, Evodio Martínez tampoco piensa en nada. Tiene tan sólo la sensación de esa constante compañía de los demás que no lo dejaba vivir; pero ahora no hay nadie y la sensación es la misma. En los dos cuartos de su antigua casa no había más que sus cuerpos. Su madre nunca lo besaba entonces. Todos dormían en el suelo, sin camas, y él junto con ellos: sus papás, Ernesto, Ricardo, Sereno y Adela. Sereno y Adela ya iban a la escuela y Evodio iba a empezar a ir; pero Ernesto y Ricardo ni siquiera sabían leer, como su papá. Ellos son los que tuvieron que desaparecer para que cambiara la vida. Sin embargo, su papá todavía estaba allí y en verdad nadie molestaba a nadie. Ernesto besaba muchas veces a su madre, manchado de cal, y Evodio lo veía. Ella debería quererlo mucho, no en balde era el mayor. Lo esperó siempre, siempre, hablando de eso tal vez sólo con su papá.

Cuando Evodio empezó a ir a la escuela, Sereno y Adela formaban un grupo aparte. Ernesto y Ricardo los trataban con una mezcla de desprecio y respeto que creaba una culpa y aumentaba el cariño. Los más jóvenes llegaban a la casa con tareas y libros de los que muy pronto dejarían de poder hablar hasta con Aurora, pero entonces, ella, la madre, los ayudaba. Evodio los miraba sentados frente a la mesa y sabía que algún día estaría allí, junto con ellos. Sin embargo, eso era triste todavía. Su preferido era Ricardo que lo ponía sobre sus piernas, pegaba la cara a la suya por detrás y le hacía juguetes de cartón y de madera. Él no olía a cal ni a pulque, no tenía que ver con nada blanco, no tenía olor. Su olor fue el de la funeraria cuando Evodio lo vio allí, en ese cuarto tan limpio donde nadie le habló, aunque Adela

estaba a su lado con los ojos muy abiertos. Mucho tiempo, Evodio creyó que ése era el olor de los atropellamientos. Su mamá lloró más que cuando se perdió Ernesto o menos en secreto. Ya no había tanta gente, pero tampoco era agradable. Por la noche se extrañaba la cercanía de todos, distintos, iguales, un solo cuerpo, una sola respiración y pasó mucho tiempo antes de que Adela estuviera siempre a su lado.

Al llegar al enorme edificio de la escuela, Sereno y Adela lo dejaban solo de inmediato. Evodio conoció al mismo tiempo lo que era su familia y la sensación de un espacio abierto, sin límites. Seguía con la vista a sus hermanos, los miraba perderse entre sus amigos y él no sabía cómo acercarse a ninguno de sus compañeros. Su amor y su necesidad eran tan grandes como su odio y voluntad de separación. Un momento antes caminaban los tres juntos por calles conocidas, más atrás todavía desayunaban la blanca leche que su madre les servía en distintos tazones y ellos tomaban remojando pan en el blanco líquido de pie frente a la mesa sin pintar y ahora él ya no existía ni para Sereno ni para Adela que, sin embargo, lo reencontrarían al terminar las clases con toda naturalidad. Llegó a hablar con muchos de sus compañeros, pero nunca tuvo amigos. Cuando supo lo que esa palabra significaba, aceptó que él era un solitario. Acompañaba a Sereno a jugar en los llanos y al principio él sólo miraba porque era muy chico. Adela era más lejana aún. Sin embargo, apenas sabía leer cuando aprendió a distinguir el nombre de ella escrito en los baños. Pasarían los años, un cuerpo ocupando un espacio y atravesando un tiempo que se movía monótonamente alrededor de unos cuantos puntos centrales inconmovibles, sin que el agrio y penetrante olor de esos baños con el piso siempre húmedo dejara de apartarlo del abierto ámbito de la escuela conduciéndola al estrecho campo de las dos habitaciones pobladas por la apabullante presencia de los demás. Pero también se abría algo inconmensurable al separarse de Sereno y Adela y no era agradable. Desde la seguridad que cada año le daba con mayor firmeza su

propia persona, Evodio no sabía nunca en dónde quería estar. ¡Qué extraño ahora, a la hora de acostarse, la amplitud que fue creando la desaparición de Ernesto primero, la muerte de Ricardo después! A veces, Evodio soñaba que Ernesto regresaba; pero nunca Ricardo, aunque tenía guardados los juguetes que él le hiciera. Él, Sereno y Adela dormían en el mismo rincón, sobre petates juntos. En los sueños de Evodio, Ernesto regresaba a hacerle compañía a su padre. Eran ellos dos, Ernesto y Jacinto, su padre, robustos, chaparros y seguros, los que los contemplaban bebiendo en silencio mientras él, Sereno y Adela hacían las tareas con su madre. En el sueño, la distancia entre uno y otro grupo se hacía inconmensurable, pero era menos invencible que cuando la misma escena se repetía en la vigilia, sin Ernesto, y Evodio levantaba la vista de su cuaderno para comprobar la soledad de su padre. Desde la cercanía era la misma apertura sin límites de la escuela. En cambio en el sueño todo estaba cercado. Dentro de esa realidad sin realidad él era el límite y podía transitar por su espacio interior libremente, sintiéndolo fuera de él por completo.

Por ese ámbito sin límites, que despierto él quería también para sí, se alejaban Sereno y Adela; pero Evodio nunca soñaba con ellos más que como parte del grupo que hacía la tarea. Afuera, en el espacio ajeno, Sereno lo protegía en los juegos y Evodio encontraba el nombre de Adela en los baños. A veces, en la calle, veía a su padre a distancia. Acercarse a él entonces le era más fácil que a Sereno y Adela. En tanto, su cuerpo se hacía cada vez más distinto. No chaparro y robusto, sino estrecho y espigado, con una suave y pálida piel. Su madre lo besaba tanto como a Ernesto años atrás. Las amigas de Adela lo reconocían. Y ella también empezó a mirarlo. No fue en la escuela. Ni ella ni Sereno estaban allí ya. Sereno estudiaba en la preparatoria y Adela mecanografía. Fue en la casa, donde cada quien llegaba a distinta hora y no había más unidad que en el momento de dormir, cuando en la inevitable cercanía no ya de los petates sino de los colchones por los que los cambiaron, igual que en los sue-

ños de Evodio, en su inmovilidad el transcurrir del tiempo volvía a tener la densa calidad de los años perdidos impuesta por la cercanía de los cuerpos que ya sólo habitaban en los sueños nocturnos y los ensueños diurnos de cada quien, aislados y solitarios, irreconocibles tal vez para cualquier otro que no fuese el mismo soñador. Adela se deslizaba al colchón después que Evodio muchas veces y antes que Sereno. Desde el olvido, Evodio no reparaba en ninguno. Quieto y sosegado, salía al encuentro de sus propias sombras en su propio espacio. Nunca supo de Adela evitando las manos de Sereno, aunque algunas noches su falta le ardía a ella en todo el cuerpo; nunca supo del continuo y exasperado encuentro de ella con otras manos en la escuela. Y ahora, de pronto, sin saberlo, empezaba a dejar de ser el niño al que Adela no veía. Viajar por el sueño tan cerca de la vigilia que es como un sueño. Las manos de Adela estuvieron una noche bajo la camiseta de Evodio. Él no supo adónde entraba al salir del sueño para sentir su cuerpo tocado y no se movió, no dijo nada. Era Adela y su mano resultaba desconocida, seca y dulce, sin dueño, una mano apartando el sueño, haciendo dispersarse las figuras en las que regresaban los fantasmas, pero fantasma ella también mientras recorría su vientre, subía a su pecho y se quedaba quieta oyendo su corazón a través de la piel, sólo de la piel, y bajaba muy despacio por su flanco hasta perderse bajo el calzoncillo. Era Adela a su lado, no un fantasma, no alguien que regresaba, sino alguien que siempre había estado a su lado, y él no podía decir nada. Tampoco era Adela, era él mismo despertando bajo esa mano y sintiéndose otro sin saberlo. Los vellos que empezaban a salirle sobre el pubis y le picaban continuamente fueron una vía hacia su primera erección provocada. La mano se apartó entonces. Evodio se quedó quieto en la oscuridad.

Es imposible delimitar cuál es el verdadero plano en el que se desenvuelve la vida. Adela se dividió en dos, pero una se hacía invisible siendo la misma de todos los días y la otra resultaba inaccesible, desde su extrema cercanía se encerraba

en un mutismo y una distancia insalvables. La noche en que Evodio tendió también una mano hacia ella, la segunda noche, después de mirarla todo el día sin reconocerla, esperando inútilmente un signo de complicidad, sintiéndose culpable, dudando de que hubiera ocurrido algo fuera del sueño, yendo al baño en la escuela para encontrar a través de los años en el olor la huella de su hermana y regresando con los demás más solitario que nunca después de haberse acariciado el pene, envuelto por el olor y fuera de sí y del tiempo, Adela lo rechazó sin apartar la mano del cuerpo de él. Evodio volvió a quedarse quieto, aceptando el rechazo. Podía sentir en la oscuridad la respiración de Adela, anhelante como su mano, unida a la de él. Sereno quedaba aparte, el mundo quedaba aparte; pero él y Adela también estaban separados. Luego era sólo su cuerpo adolorido y solitario el que entraba al sueño. Pasó mucho tiempo antes de que eyaculara por primera vez en la mano de Adela. Los dos planos se habían hecho inintercambiables. Por la mañana, durante un instante, un breve instante, Adela le sonrió de una manera distinta, para siempre cercana e inaccesible. No volvió a tocarlo. Eyacular había sido salir del dolor y entrar a otro instantáneo e inexplicable, sorprendente e inesperado, que venía de muy lejos y lo dejaba muy lejos, aparte de la mano cerrada alrededor de su pene y que recibió el semen, regresándolo a una rara paz que no conocía y a la que por tanto no podía regresar sin empezar a ser otro y haciéndolo independiente de la mano que se retiró muy despacio. Después, muchas veces. Evodio intentó acercarse a sí a Adela por la noche. Nunca lo logró. En el día nada existía. La sonrisa de Adela fue un final. Evodio se masturbaba pensando en ella; pero era otra Adela. La miraba entre sus amigos y no era ella; la buscaba en su casa y no era ella. Después vino el olvido y más tarde aún, la memoria.

En vez de seguir estudiando como sus hermanos, al terminar la secundaria, le preguntó a su padre si podía trabajar en la misma fábrica que él. Extraña decisión; Evodio mismo no sabía a qué obedecía. Tal vez era una servidumbre al

sueño en el que Ernesto aparecía con su padre; pero Evodio estaba en contra de ese sueño; él necesitaba espacio. Sereno y Adela lo miraban desde su distancia. Nadie entre ellos parecía tan indicado para seguir estudiando como Evodio. Él todavía no olvidaba por completo la mano de Adela; pero ella se había mantenido inalcanzable. Y Sereno siempre estuvo aparte. Para Evodio su rostro moreno y redondo se veía ridículo con lentes de carey y nada podría salvarlo de su figura achaparrada. En cambio Evodio sometía su superioridad a un orden; pero no lo sabía. Él iba en seguimiento de su necesidad de dejar los lugares sin límites y entrar a ese ámbito que vislumbraba alto y cercado cuando acompañaba a su madre a buscar a su padre y los tres juntos eran parte del enjambre que rodeaba la pulquería. De la oscuridad nace lo blanco; no es imposible que de lo blanco surja la oscuridad.

La madre guardó silencio y ante la decisión de Evodio, Jacinto, limpiándose las anchas manos con un trapo, dijo que preguntaría al día siguiente en la fábrica. Fueron juntos a ella la primera vez. Evodio ya era más alto que su padre. Éste lo dejó en la oficina hablando con el dueño y se perdió en el amplio galerón al que se entraba por un portón de madera pintada de gris. Evodio tenía las manos unidas detrás de su espalda mientras escuchaba al dueño hablarle de la antigüedad de su padre como obrero. Luego él también entró al galerón. Sólo había seis máquinas de distintos tamaños funcionando todas con la energía de un mismo motor por medio de un conjunto de bandas. El ruido salía del motor. No había nada blanco. Un polvo de color indefinible cubría todos los salientes, se pegaba a las paredes, se depositaba en la poderosa armazón de las vigas del techo y estaba ya en el pelo de su padre que al lado de una de las máquinas tenía la nariz y la boca cubiertas por una mascarilla. No un sueño: la vigilia. El padre no apartó la atención de su máquina cuando entró Evodio con el dueño y ellos tampoco se detuvieron en esa parte del galerón. En el otro extremo se acumulaban enormes montones de recortes de trapo de diferentes

materiales y colores. Tres mujeres con el pelo cubierto con paños estaban sentadas entre ellos seleccionándolos de acuerdo con su color y su clase, muy rápido, con dedos ágiles, sin descanso. Los ojos verdes de una de ellas siguieron un instante al dueño y Evodio mientras avanzaban hacia una prensa de madera en cuya cima un hombre pisaba borra verde, aplastándola, para hacer pacas. Evodio trabajaría con él. Contempló el vasto galerón. El dueño se alejaba ya desprendiéndose con ambas manos del traje las briznas de borra que se le habían adherido. Luego sólo estaba el zumbido del motor, el polvo cubriéndolo todo, los hombres alimentando las máquinas a un lado o detrás de ellas, las mujeres sentadas entre los cerros de retazos, el compañero de Evodio en lo alto de la prensa. Una vigilia que era como un sueño. En cualquier salón de clases nada empañaría la tersura del ambiente.

Los hombros de Evodio se hicieron más amplios, su cintura y sus caderas más estrechas, su cuello más largo y vigoroso conforme hacía con mayor rapidez cada día pacas de borras y de una estopa de hilos cortos que una de las máquinas elaboraba también con los recortes de trapos triturados. Salía con su padre y caminaban juntos. Después cada quien se iba por su lado. A veces, Evodio lo miraba desde lo alto de la prensa. Durante años era su padre el que lo había mirado mientras hacía la tarea. La vida transcurre sobre unas vías abiertas que parecen asegurar su avance, pero es otro su verdadero carácter. Ni adentro ni afuera. Una zona intermedia de la que ni se entra ni se sale. Pero Evodio también se dirigía hacia otro exterior en el camión repartidor de la fábrica. Entonces había que cargar las pacas que él mismo había hecho, tambaleándose bajo su peso, con las venas del cuello hinchadas y el paso lento e inseguro, y acomodarlas entre las altas retilas, donde otras veces subían, hasta formar una torre ligera, las inseguras columnas de guata y laminados de algodón en gruesos rollos que dos de las máquinas cardaban armándolos a través de los múltiples pliegues de un largo tendido. Después, Evodio se sentaba junto al chofer o se ten-

día afuera sobre la carga. Iban a gasolineras y tlapalerías y mueblerías y fábricas de colchones, a puestos de aceite y petróleo y hasta sastrerías. Múltiples olores. Evodio se perdía en ellos; pero siempre se regresaba al amplio galerón donde sobre el continuo vibrar del motor todo estaba quieto bajo la tenue lluvia de polvo. El único equivalente posible para eso eran las abigarradas, oscuras y profundas bodegas de recortes de trapo apilados en costales de pita de todos tamaños y pobladas de pulgas hasta el delirio. Allí algo carecía de fondo también y se encontraba lo indefinido e impreciso. Evodio no lo sabía, pero entraba a cargar los costales con la esperanza de no salir. Sin embargo, el chofer esperaba junto a la báscula al lado del dueño de la bodega, un inevitable judío, armados ambos con blocks en los que se hacían largas columnas con el peso de los costales. Cargar, subirse a la báscula, saber que luego iban a descontar su peso del peso, llevar el costal al camión. Llegaba a la fábrica lleno de pulgas y se acostumbró a bañarse después. Evodio, que había crecido, que se había embarnecido haciendo pacas de borra y estopa en el vasto galerón donde su padre cubiertas la nariz y la boca con la mascarilla no levantaba jamás la vista del tendido de alimentación de su rompedora, mientras las escogedoras con el pelo protegido con un paño pizcaban con dedos ágiles separando los distintos recortes de trapo y lo miraban en lo alto de la prensa bailando sobre la borra, sobre la estopa, para poner la pesada tapa de madera con el material lo más aplastado posible. Y todo ocurre porque se ha encontrado un refugio cuya naturaleza se desconoce.

Los baños eran la parte más improvisada de la fábrica. No tenían puerta. Una cortina de costal de pita protegía la entrada. Tres regaderas y dos excusados formaban la instalación. En dos de los compartimientos el agua de las regaderas mojaba los excusados. El otro carecía de él. Evodio prefería ése. Colgaba su ropa de un gancho en la pared opuesta a la de la regadera y dejaba correr el agua largamente sobre el piso de cemento hasta que escurría incluso fuera del baño y el vapor entor-

pecía el espacio en el que se movía su cuerpo desnudo. La tarde que entró Carmela y se le quedó mirando con sus ojos verdes sin ninguna ocultación estaba ya bajo la regadera. El agua resbalaba tibia por su cuerpo ceñido. Evodio iba a empezar a enjabonarse. Carmela esperó a que sus ojos se encontraran. Evodio la miró. Ella vestida y él desnudo. El agua corría por su cuerpo, se extendía por el piso, mojaba los zapatos de Carmela. Carmela se desprendió del paño que protegía su pelo negro, se quitó los zapatos y luego el resto de la ropa. Ahora los dos estaban desnudos. Carmela se acercó a Evodio y le pidió que la enjabonara. Cerró los ojos para recibir el agua. Sus pechos pesaban, sus nalgas recogieron con generosidad las manos de Evodio. Él se detuvo mucho tiempo enjabonando el vértice negro del sexo de ella. Sus dedos entraron por el agujero. El agua, el jabón, el líquido que se abría paso por la carne de Carmela creaban un chasquido común. Carmela acercó su cuerpo al de Evodio y le echó los brazos al cuello. La mutua piel húmeda. Se acostaron sobre el piso, entre el agua que corría, sin cerrar la regadera. El pelo mojado de Carmela se le metía en la boca a Evodio.

Ahora la quietud del galerón se ha puesto en movimiento. Ya no es sólo la suave caída del polvo sino también el rumor del agua. Evodio y Carmela se acostaban en el baño y sobre los montones de trapo, sucios y limpios, por la tarde al quedarse sola la fábrica o al mediodía cuando los demás salían a comer, en el silencio que creaba el cese del zumbido del motor y bajo el rumor del agua; pero siempre se desnudaban por completo. Ella acercaba su cuerpo dulce y húmedo al seco y siempre tenso de Evodio y cruzaban un límite desconocido para ellos mismos. Por lo demás, casi no se hablaban. Carmela dejaba de pronto de separar trapos y su mirada oscura y sombría de tan verde se hacía idéntica a la sorda y ambigua sensualidad de su rostro mientras veía a Evodio manipular la prensa con movimientos ágiles; él, en cambio, trataba de mantenerse aparte. Aunque su padre ya no lo esperaba y Evodio salía solo de la fábrica, más tarde que Carmela, iba di-

rectamente a su casa. Allí, la distancia de Adela era el equivalente exacto de la cercanía de Carmela. Nada podía transformar ese vacío. Evodio lo buscaba y le huía con el mismo movimiento. Tal vez debería ver a Carmela fuera de la fábrica; pero era imposible: ella tenía novio y no lo intentaba. Aprendió a manejar el camión. El chofer dormitaba a su lado y en tanto él empezaba a reconocer las calles. Era lo abierto; pero el sueño contrario también persistía. Él tenía que conseguir que lo hicieran responsable de una carda. Iba a estar en la misma hilera de máquinas que su padre. Llegó a obtenerlo. Tuvo una mascarilla y se paraba detrás de la más larga entre todas las máquinas, alimentándola con la suave borra que salía de la de su padre, vigilando que no pasara ningún pedazo entero de trapo a desequilibrar el delicado encuentro de los rodillos, caminando a lo largo del tendido para comprobar que no había rupturas en el subir y bajar de la sábana tirante sobre rodillos de madera en la que se iban desplegando los rollos de laminado y de guata, y luego, sacando el rollo, acomodándolos al pie del tendido, uno sobre otro, uno al lado del otro. Operaciones delicadas y precisas. Cuando no eran sólo rollos de laminado sino guatas había además que rociar con cola el tendido. El olor era más penetrante que cualquier otro en el galerón entonces. Después Evodio iba a recoger material a la máquina de su padre. Él apenas levantaba la vista, atento a su propia tarea, chaparro y macizo, fantasma cubierto de un polvo que no dejaba de girar nunca a su alrededor, que caía intermitente, ajeno, sobre todas las figuras, unificándolas. Responsable de una carda, Evodio ya no salía nunca en el camión. Todo estaba en su sitio. Muy lejos, Sereno y Adela se dejaban ver de pronto en la casa. Sereno le proponía a Evodio que leyera libros. Él los veía y nunca los abrió. En el centro, Aurora observaba a sus hijos. Luego, a oscuras, sobre los colchones, cerca del suelo, con el que ella hablaba, mucho, un continuo, incesante, rumor, era con el padre. Tendido cerca de Adela, Evodio trataba de escucharlos. Nunca supo cuándo callaban. Tampoco si su madre sabía de Car-

mela. Algunas veces al salir él tarde de la fábrica, Jacinto estaba en la pulquería.

Se tiene tal vez la regla y no se deja de buscar. Evodio estaba en la fábrica; lo demás quedaba afuera. Se empeñó en acompañar a Carmela después de que los dos salían olorosos a jabón del baño, limpios del polvo, por las calles en las que poco a poco iban desvaneciéndose las figuras y se encendían las luces. Veía a su padre verlo pasar desde la pulquería. Una vez, le propuso a Carmela ir al cine. Ella no aceptó. Nunca llegaban hasta la casa de ella, nunca permitió que le tomara siquiera el brazo. Evodio nada más caminaba a su lado y sin embargo, los ambiguos e insondables ojos verdes de ella conservaban la entrega de un momento atrás. Allí estaba el límite del mundo. Ir y venir por ese cuerpo; entrar y salir de la fábrica. Pero Carmela callaba siempre. Había un temor, una espera que le despertaba una especie de rencor por Evodio. Caminaba a su lado sin estar con él y ella preservaba la parte que se apartaba. Obedeció a esa parte la tarde que su novio se precipitó sobre su acompañante al dar vuelta a una esquina. Quizás hay un dueño secreto para cada cuerpo. El de Carmela mostró una fidelidad ajena a ella. No intervino, pero mientras miraba se mantenía del lado del que pegaba y al mismo tiempo cada golpe iba dirigido también contra el cuerpo que se dejaba tomar por Evodio y usaba ese otro cuerpo dándole el suyo tierno y acuoso, convertido en la pura densidad de su mirada sin rumbo. Evodio se tambaleó desde el primer puñetazo. Luego todo estaba empañado por la sangre que era igual a la tentación de dejar de responder y resbalar por ese mareo tras el que se fugaba el mundo. Encontrar el piso fue un alivio equivalente al placer del dolor de recibir las patadas en las costillas, en la cabeza, y separarse de ese piso era como abandonar su cuerpo. Se quedó quieto.

Fue Sereno el que le propuso que tomara otro trabajo. En la fábrica, Evodio no miraba a Carmela. De algún modo, le concedía la razón. Carmela tampoco miraba a Evodio. Ni siquiera conservaba la nostalgia. Lo que se había hecho inaccesible

era el lugar donde podían encontrarse y lo habían roto los dos. El padre no dijo nada. Evodio alimentaba su carda, pero estaba ausente. Él no pertenecía; era un solitario. Ni la vigilia ni el sueño. Continuidad rota como una tela que se desgarró. Un solo chasquido que persiste y es imposible cerrar. Evodio alimentaba su carda, vigilaba el tendido. Lo peor era no sentir ningún rencor. Regresaba a su casa y Sereno estaba entre sus libros. Él se sentaba en la misma mesa y lo miraba. De entre esos libros levantó la vista una noche Sereno para preguntarle si no le gustaría probar un empleo como chofer. Sereno tenía un trabajo como ayudante en la biblioteca de una moderna fábrica cuya contribución a la cultura era esa vasta biblioteca de documentos históricos donde se realizaban tareas de investigación. Le habló de la posibilidad de ser chofer a Evodio y él lo escuchó con los codos apoyados en la mesa y la barbilla en el hueco de una de sus largas manos nudosas, de uñas cortas. Nunca había estado en una biblioteca. Trató de imaginarla. No habría polvo, pero las paredes deberían ser tan altas como las del galerón de la fábrica. Aurora les sirvió la cena a los dos hermanos; luego también llegó Adela. Sólo faltó Jacinto. Evodio lo oyó entrar mucho después, tambaleante. Ya habían apagado la luz. Los tres hermanos y la madre estaban tendidos en sus colchones. La maciza silueta de Jacinto se recortó en el marco de la puerta. Evodio pensó en Ernesto y de pronto supuso que su padre venía a hablar con él. No pudo saber si estaba dormido o despierto. Ernesto apareció un instante y se desvaneció conforme su padre avanzaba inseguro y de pie frente al colchón de Aurora se despojaba torpemente de la ropa. Evodio tenía los ojos abiertos. Vio a su padre acostarse al lado de su madre. Escuchó sus ronquidos. Sereno y Adela dormían ya. Evodio se propuso pensar en Ricardo; recordó la mano de Adela. Era la memoria. Extendió su mano y la tocó. Adela se revolcó en el sueño. Evodio retiró la mano. No supo cuándo se quedó dormido.

La biblioteca ocupaba todo un edificio y había una sección con mesas para los investigadores.

Los libros se apilaban sobre muchas de ellas. En algún momento olía a tinta. Tal vez era la pluma de Sereno. Evodio estaba sentado junto a él. Habían llegado muy temprano por la mañana y pasaron directamente a los altos salones cubiertos de anaqueles, donde la secretaria saludó a Sereno. Evodio miraba a su alrededor, callado. Estaba vestido con traje y corbata. En la entrada de la fábrica había una garita y un policía los había cacheado antes de permitirles el paso. Había hasta jardines. El conjunto abarcaba tantas cosas que era imposible pensar en una fábrica. Y ahora Sereno anotaba en sus tarjetas las palabras sobre los libros. Evodio no se decidía a hablar. No había fin para los anaqueles y allí todo era silencio. Sentado detrás de Sereno, un poco a un lado, lo miraba escribir, sintiendo que el tiempo se había detenido y él había sido olvidado. Sin embargo, al entrar, Sereno había hablado con la secretaria y le había dicho que venía con su hermano y el señor Gonzaga los esperaba. Evodio se acomodó dentro del olvido. No estaba mal dejar de existir, allí, entre los libros, en el silencio.

Empezó a removerse apenas en su asiento resistiendo esa ausencia de sí. Tenía la sensación de un vacío desde el que ya nunca iba a pertenecerse, pero tampoco sabía a quién podía entrar. Sólo era tangible desde una apacible distancia, la impresión de ser conducido a partir de su inmovilidad, de viajar sin tener que hacer ningún esfuerzo hacia el interior de un espacio desconocido que lo rodeaba, cuya dimensión visible eran esos libros impenetrables que Sereno acumulaba y abría frente a él con confianza. Tuvo ganas de preguntarle qué hacía, en qué consistía su trabajo, qué escribía en esas tarjetas copiándolo de los libros, pero no se atrevió a hablar. Su voz no pertenecía a ese ámbito y entonces tampoco le pertenecía a él. Era mejor seguir callado y que su recogimiento lo perdiera. En cambio, sin salir del vacío, podía moverse con cuidado en su asiento y sentirse, ligado a Sereno y aparte, lejos de todo, ajeno a cualquier violencia, tranquilo y sosegado, no protegido: intocable.

Entonces entró la secretaria. Sus tacones sona-

ron en el piso, su voz rompió la inmovilidad. Le dijo a Sereno que el señor Gonzaga los esperaba. Sereno se puso de pie, cerró su pluma, acomodó los libros uno sobre otro, puso las tarjetas que había escrito a un lado y la pluma encima. Se volvió hacia Evodio y le pidió que viniera con él. Evodio lo miró asombrado, sin entender. Sereno insistió sonriendo. Evodio se puso de pie. Salieron de la biblioteca. La otra secretaria leía tranquilamente sentada frente a su escritorio, ni siquiera levantó la cabeza para mirarlos.

La fábrica se extendía inabarcable. Avanzaron por calles a cuyos lados se levantaban hileras de galerones, atravesaron jardines y estacionamientos. Sereno sólo dijo que Evodio le iba a caer bien al señor Gonzaga mientras él caminaba a su lado dueño de la rara seguridad que siempre le daba la última prolongación de la espera. Entraron a una oficina donde todo el mundo parecía extremadamente ocupado. Sereno se dirigió hacia un escritorio y le habló a una secretaria. Ella le sonrió. Habló a su vez por un aparato. Volvió a hablarle a Sereno y él y Evodio se quedaron a un lado del escritorio. El ruido era tan continuo y firme como el motor de la fábrica cuando Evodio se movía bajo el polvo, pero mucho más delicado. Y nada empañaba la atmósfera. Evodio miró a las muchachas que trabajaban. Ninguna se parecía a Carmela. Tal vez Adela... La secretaria le indicó a Sereno que el señor Gonzaga los esperaba. Se levantó a acompañarlos. Evodio se acomodó la corbata.

Vestido de gris, sentado detrás de un sencillo pero vasto escritorio, en un lujoso despacho, con una gruesa alfombra que devoró el ruido de los pasos de la secretaria, Sereno y Evodio, y que se abría al exterior en vez de cerrarse por medio de un amplio ventanal que daba a un jardín en el que se apiñaban múltiples rosales con rosas de imprevisibles colores y tamaños, José Ignacio Gonzaga leía con la cabeza inclinada hacia los papeles que sus largas manos sostenían cuando ellos entraron. Casi no le habló a Sereno. Se puso de pie, la secretaria salió y los tres hombres se sentaron a un lado del escritorio, en la parte del despacho

que ocupaban un sofá y dos sillones forrados de un cuero muy suave. José Ignacio Gonzaga miraba directamente a Evodio mientras le preguntaba por sus documentos de chofer y deseaba saber si conocía bien las calles. Luego le dijo que en realidad lo necesitaba para que trabajara en su casa para su mujer, así que ella era la que tenía la última palabra. Le dio la dirección y le preguntó si podría ir esa misma tarde. Evodio no había apartado los ojos de los de su futuro patrón en tanto contestaba. En él estaba de pronto toda una realidad. El despacho lo rodeaba como si fuera parte de su propia persona y sin embargo, José Ignacio no parecía estar allí, era el despacho y no él lo que era real. Evodio empezó a sentir una admiración cuyo sentido ignoraba tanto como su objeto. Fue Sereno el que le tendió un papel para que apuntara la dirección que le daba José Ignacio, pero su pluma se había quedado en la biblioteca. José Ignacio se levantó, tomó una de su escritorio y se la tendió a Evodio. Repitió la dirección. Evodio escribió en el papel. Entonces José Ignacio le preguntó a Sereno si había la posibilidad de que encontrara algún día algo imprevisible o interesante entre los inabarcables infolios de la biblioteca. Pero era obvio que no iba a escuchar la respuesta. Evodio se guardó el papel con la dirección en una de las bolsas de su saco. José Ignacio dijo que le avisaría a su señora por teléfono que Evodio iba a ir a la casa y les tendió la mano a los dos. La entrevista había terminado. José Ignacio los acompañó hasta la puerta de su despacho.

En la oficina sólo reparó en su salida la secretaria de José Ignacio, los miró un instante. Evodio caminaba a ciegas junto a Sereno y sentía una gran urgencia de dejar la oficina. Salieron. Sereno le preguntó qué le había parecido su nuevo posible patrón. No sabía qué contestar, pero dijo que todavía no era su patrón. Necesitaba sentirse cerca de Sereno en ese momento y eso era imposible. Él lo acompañó hasta la entrada de la fábrica, preguntándole si sabría dar con la dirección y recomendándole que fuera de inmediato. Atravesaron de nuevo jardines y estacionamientos. En la entrada, el policía dejó su garita y cacheó otra

vez a Evodio antes de permitirle que saliera. Sereno regresó a la biblioteca. Evodio no se volvió a mirarlo.

Invirtió lo que quedaba de la mañana y el principio de la tarde en llegar a la dirección que le había dado José Ignacio y encontrar finalmente la casa. Mientras pasaba de un camión a otro era de nuevo la espera. No estaba en ningún lado y la ciudad cambiaba conforme avanzaba hacia una meta de la que sólo podía saber que la desconocía por completo. Caminaba ya por calles que no dejaban de asombrarlo aunque alguna vez las había entrevisto buscando tlapalerías y gasolineras en el camión de reparto de la antigua fábrica con el auténtico chofer dormitando a su lado. Con el papel en el que escribiera la dirección en la mano, miró mucho tiempo la casa antes de decidirse a tocar. La espera, esa indispensable detención, había terminado sin que se aclarara nada. Evodio Martínez llamó. El silencio no se cortó en la calle solitaria. No era un silencio absoluto sin embargo. Poniendo atención era posible escuchar el canto de los pájaros. Pasó un tiempo muy corto, interminable. Un sirviente salió a abrir. Evodio le explicó a qué venía. Muy amablemente, el sirviente contestó que tenía que dar la vuelta y tocar por la puerta de servicio. Miró a Evodio y se ofreció a acompañarlo, pero con la misma amabilidad él dijo que prefería ir solo. Los altos árboles sobresalían muy por encima de la barda y ocultaban en gran parte la casa. Evodio la rodeó sin dejar de mirar hacia ese centro que lo atraía ya sin saber en qué consistía. No estaba nervioso. Igual que la mañana que acompañara a su padre a la fábrica, sentía una inexplicable seguridad. Lo que buscaba no era un trabajo, era otra cosa, intangible para él mismo, y no existía la posibilidad de que lo rechazaran porque nada existía antes de hacerse concreto apareciendo ante él. Las copas de los árboles se balanceaban suavemente, diversas y frondosas, contra el cielo lejano, despejado. Sin dejar de caminar, sorprendido ante el tamaño de la casa, Evodio se adentró en el fin de la espera.

El sirviente lo aguardaba en la puerta. Por pri-

mera vez, Evodio atravesó el aparentemente descuidado jardín. Los árboles tenían que ser anteriores a todo. Producían un rumor como de lluvia, leve e impreciso, una lluvia que nunca llegaba al piso. Por primera vez, estuvo sentado en la cocina antigua y llena de muebles y artefactos modernos, con las sirvientas continuando sus tareas, entrando y saliendo como si él no estuviera allí, aunque lo habían saludado cuando entró y no dejaban de mirarlo de reojo. Llegaría a saber que se llamaban Matilde y Zenaida; pero la que entró y le dijo que la niña lo esperaba esa primera tarde fue una vieja frágil, delicada, con una voz apenas audible. Evodio se había puesto de pie. Siguió a la vieja fascinado de inmediato por ella. Tenía una distinción que la separaba de todas las demás y sin embargo, no dejaba de ser una sirvienta, como si supiera que ése era su papel y se atuviera por completo a esa dimensión que la defendía sacándola a pesar suyo de sus exigencias.

María Inés entró entonces al antecomedor donde Evodio la esperaba. La vieja la seguía, pero salió de inmediato, sin detenerse para nada, de regreso a la cocina. María Inés le sonrió a Evodio. Él no supo qué hacer. Sintió la tentación de arreglarse la corbata pero se contuvo. María Inés comentó que nunca sabía dónde recibir a la gente y le preguntó si lo mandaba su marido. Evodio sacó el papel en el que había apuntado la dirección de la casa al responder afirmativamente. María Inés volvió a sonreír. No fue difícil hablar con ella, parecía dar por supuesto que su marido habría arreglado todo. Evodio se quedó en la casa esa misma tarde sin saber más que muy vagamente cuáles serían sus obligaciones. Bajo los árboles, habiéndolo sacado del garaje, y con una manguera que tuvo que pedirle al jardinero, se dedicó a lavar el automóvil.

Nunca llegó a poder decirle nada a María Inés. Quizás ése era el problema: una estrecha cercanía desde la más extrema distancia. Ella giraba a su alrededor sin verlo y Evodio la sentía sin siquiera saber que necesitaba que lo vieran. Desde el principio, María Inés fue lo inalcanzable, pero nadie

espera lo inalcanzable y Evodio tampoco lo quería. Él era el chofer. Y no se estaba mal allí, en la casa, la que de algún modo también era su casa, como lo era de todo el servicio, lavando los coches, a veces el suyo y de la señora, a veces el de la señora sola, a veces el del señor, como lo había hecho esa primera tarde en que sin saberlo todavía le tocó ocuparse del que sería especial y concretamente su automóvil. La única que hablaba en verdad con María Inés era la vieja con voz apenas audible y que poseía una distancia y una fragilidad propias que tendían un lazo entre una zona y otra. Evodio llegó a saber que había sido nana del señor. Se llamaba Felipa; Pipa le decían los niños, nana el señor, y Pipita María Inés. Murió muy pronto. Durante su enfermedad y su larga agonía, María Inés dormía en el hospital con ella. Evodio hizo innumerables viajes con toda la familia al sanatorio y luego los llevó a la agencia funeraria y al cementerio. Todos lloraban, menos el señor, que guardaba un silencio duro, lejano y en apariencia malhumorado.

Sin embargo, en efecto, el que fijó los términos de su empleo con Evodio fue José Ignacio. Llegó a la casa al atardecer. Vestido de gris, su aspecto era el mismo que en la oficina; pero Evodio no encontró en él a la misma persona. Hasta entonces, con excepción de Luis, nadie más de la familia se le había acercado. Mientras lavaba el coche, Luis surgió de pronto del jardín y avanzó poco a poco hasta seguir la tarea de Evodio de muy cerca. Luego, le pidió que le dejara mojar también al automóvil con la manguera y al cabo de algún tiempo se había ido sin hacer otra cosa que darle las gracias a Evodio. Cuando fue imposible sacarle más brillo a la carrocería Evodio regresó a la cocina. Estaba sentado allí, callado, tratando de fingir que no advertía los incesantes movimientos a su alrededor, cuando entró José Ignacio. Tres días después, María Inés le dio la dirección del lugar donde tenía que mandarse a hacer los uniformes que ella deseaba. Tres juegos de uniformes. Probándoselos, Evodio se vio por primera vez con gorra frente a un espejo. La frente dura y amplia sobre la que descendía la visera,

las cejas delgadas y los ojos claros apenas desorbitados como si los párpados no pudiesen contener la secreta inquietud de la mirada que iba de un lado a otro sin fijarse nunca, la nariz que se respingaba desmesuradamente y dejaba demasiado descubiertas las fosas nasales haciendo más frágil y nervioso el trazo de las aletas, la ruda y larga curva sobre el labio superior que a pesar de su tamaño no lograba ocultar por completo los recios, blancos dientes en esa boca grande con algo equino cuyos labios magros y pálidos apenas se juntaban. La quijada también tenía un remoto aire animal en su firmeza, pero los altos pómulos salientes le devolvían su inesperada delicadeza a ese rostro duro, tierno y ahora extrañamente impersonal, al verse enmarcado por la gorra y el severo cuello gris del uniforme. Evodio sintió una intensa aversión por su cara. Hubiera querido que hubiese un vacío entre la gorra y el cuello del uniforme, ser nada más su largo, estrecho cuerpo con los amplios hombros y la gorra al final. Sin embargo, ya había advertido la admiración de Matilde y Zenaida. Conforme pasaron las semanas y los meses esa admiración se transformó en un respeto casi sagrado en su ingenuidad, subrayado por el hecho de que delegaban poco menos que enteramente la posibilidad de hablarle en la cocina en Felipa. Fuera, Evodio podía conversar con el sirviente o el jardinero, pero apenas entraba a comer se hacía un silencio que sólo permitía escuchar el ruido de los cubiertos y los platos. Y luego María Inés entró un día, vio a Evodio comiendo con la gorra puesta y dijo que había que poner una percha. Evodio colgaba cuidadosamente desde entonces su gorra de esa percha, se alisaba el pelo con las dos manos y se sentaba a la mesa a comer en silencio, servido por las dos muchachas que sólo hablaban para preguntarle qué quería después sin detener sus ojos en él, aunque luego no dejarían de reírse y murmurar, excitadas. Era como un hermoso coro, pero ese mundo no existía para Evodio. Él sólo pertenecía al estricto ámbito que él mismo cercaba y guardarle una secreta fidelidad era la única manera de crearlo. De vez en cuando, servía a José Ignacio,

que leía siempre en el coche; muy pronto empezó a llevar a Mercedes primero y luego a Mercedes y a Luis a la escuela; pero su trabajo era con María Inés. José Ignacio se lo había indicado el primer día. Y ella tan ajena, ignorante siempre de la presencia de Evodio, se hacía ver más por eso. Él no supo cuándo se inició ese proceso. Ciertamente, no lo buscó. Pero nadie busca nunca el principio de nada. Si es así, no ocurre. Un día se dio cuenta de que giraba alrededor de María Inés y se lo ocultó de inmediato. Pero la revelación no era producto de un pensamiento sino de una imagen, tal vez de muchas, y las imágenes persisten, están presentes antes aun de mostrarse para la conciencia. Quizás había una imposición central; María Inés en bata en el antecomedor mientras Mercedes y Luis desayunaban antes de que Evodio los llevara a la escuela. Había pasado mucho tiempo trabajando en la casa. Pero ésa era la imagen primera. María Inés en bata de pie detrás de la silla de Mercedes y Luis, estando Evodio presente, con la gorra en la mano, había levantado de pronto los codos para arreglarse el pelo. La bata se abrió y dejó ver un instante su delicado camisón tras el que se mostraba su cuerpo. Evodio lo vio. Un instante. Su cuerpo. Pero un instante es todo el tiempo. Evodio lo vio, no vio nada, no supo lo que veía. Fue sólo después, mucho después, en el coche, cuando empezó a ver lo que siempre había visto: María Inés sentada en un rincón mirando por la ventanilla, mirando hacia el frente, con las piernas cruzadas; María Inés prendiendo un cigarro; ordenándole adónde había que ir; bajándose del coche mientras él detenía la puerta y la falda se le levantaba y a veces su escote dejaba ver sus pechos. Y Evodio nunca estaba presente para ella y así era mejor: era imposible suponer que María Inés podía pensar que estaba presente para ella. Sólo la imagen, inalcanzable y por eso permanentemente viva. Evodio casi nunca entraba a la casa más allá del antecomedor. No esperaba nada, no deseaba nada; ponía su gorra en la percha y comía en silencio.

Al salir del trabajo, varias veces a la semana, le era intolerable tener que ir a unos baños públi-

cos. Empezó a hablar con Sereno de la posibilidad de cambiarse de casa. Su hermano pensaba casarse; pero Evodio conseguía todo lo que se proponía. Se cambiaron y todos empezaron a dormir en camas. Sereno y Evodio en un cuarto; Aurora y Jacinto en otro y Adela en la sala. Al principio, era perturbador estar lejos del suelo; pero más que eso, para Evodio, al despertar de pronto en la oscuridad, lo extraño era el silencio. Los jirones de sueño se quedaban colgando de ese vacío y su persistencia giraba alrededor de la lejanía de las respiraciones de Adela, Aurora y Jacinto. Evodio escrutaba la oscuridad. Nada. Las sombras de Ernesto y Ricardo deberían estarlos buscando igual en la otra casa. Se sentía culpable; pero lo olvidaba por la mañana. Era correcto que Adela durmiera en otro cuarto y él tenía su baño, sólo que a veces, al regresar del trabajo, era el agua la que parecía alimentar los pensamientos que a través del recuerdo abrirían la entrada a la impalpable densidad de los sueños. Evodio empezaba la noche sin hablar, despojado ya del uniforme, sentado junto a Aurora, con las largas piernas extendidas y los brazos cruzados sobre el pecho. Ella tenía ya una televisión y tampoco hablaba nunca. Luego entraba Jacinto, que ahora tenía que tomar un camión para llegar a su nueva casa; después Adela, siempre sola, mirando a Evodio, a punto de hablarle, con una expresión apenas ansiosa, que él no advertía, y sin llegar a decirle nada nunca; el último era Sereno, pero conforme pasó el tiempo, Jacinto se retrasaba más que nadie. Algunas noches, en silencio, como si saliera de sus sueños o entrara a ellos, Evodio lograba escucharlo entrar trastabillando. Pero siempre se quedó quieto en su cama, consciente de que Sereno no había despertado.

Nadie se sintió a sus anchas en la boda de Sereno. La novia ya había ido a la casa, los padres ya habían ido a la casa; la familia de él ya había ido a la casa de ella, pero nadie se sintió a sus anchas. Sereno se iba, de otra manera que Ernesto y Ricardo, pero se iba. Y se fue, mucho más definitivamente. La única que lo veía de vez en cuando para hablar en verdad con él era Adela;

sin embargo, sin decírselo, Evodio también recordaba la biblioteca y hubiera querido estar cerca de su esposa, contarle de los hermanos a los que no conoció de una manera distinta de lo que quizá lo haría Sereno, decirle cómo eran sus padres, recordar para ella que Sereno y Adela lo guiaron la primera vez que fue a la escuela. La esposa no era más alta que Sereno y también usaba lentes.

Adela trabajaba ya y una tarde, al regresar Evodio, la encontró con una compañera: Irene Palacios. En vez de la oscuridad de Carmela, una sencilla transparencia. Su tono de voz era más claro y hablaba de un modo distinto. Se vestía con el mismo tipo de ropa que Adela usaba ahora y tenía una figura parecida a la suya. Al verla, Evodio se avergonzó de su uniforme. Eso era nuevo. La muchacha no parecía reparar en él; fue Evodio el que permaneció en el cuarto junto a Aurora, fingiendo una indiferencia que no sentía ante la súbita irrupción de alguien que podía ser Adela pero no era Adela, cuya procedencia le era desconocida y no podía situar. No había ningún misterio, sólo tal vez la ligera diferencia en una forma conocida de atractivo; pero de pronto Evodio también quería ser diferente. Entonces Adela hizo que él entrara a la conversación preguntándole por su trabajo. Evodio se sorprendió respondiendo que eso no importaba y luego empezó a hablar de la televisión y terminó comentando que él iba a ser camarógrafo.

El sitio al que se quiere llegar es siempre otro. Ahora Evodio leía continuamente revistas técnicas de todo tipo mientras esperaba en el automóvil. Tantas oportunidades que no le interesaban. Nada más una manera de esperar en tanto María Inés estaba lejos y debería regresar a ocupar su lugar en el coche. Sin embargo, una inesperada posibilidad surgía de allí. Evodio había leído en efecto que se podía seguir un curso por correspondencia para llegar a ser camarógrafo. La información le fue tan ajena como cualquier otra. O quizá no. Hay una memoria que no revela los motivos por los que se conserva. A través de ella podía ser distinto de lo que enseñaba el unifor-

me. En cualquier forma, Evodio había hablado de algo que ahora ya era un proyecto. Ante Adela y su madre, Irene Palacios lo había escuchado y él entraba a la ligera diferencia que advertía como alguien diferente también.

No empezó a verla a solas, aunque Irene siguió yendo a la casa con Adela, hasta que le llegaron los primeros papeles del curso por correspondencia y consiguió entablar una cierta relación de amistad no con ningún camarógrafo pero sí con algunos ayudantes de cámara, encargados de la escenografía y utileros. Era casi imposible unir los primeros voluminosos, espectaculares sobres llegados de ninguna parte con la gente que Evodio trataba en los pasillos primero y luego en el café de los estudios de televisión. A solas, leía; con sus nuevos conocidos, escuchaba; pero el centro tenía otra naturaleza que cualquiera de los extremos. Sólo así Evodio podía haber hecho los movimientos indispensables. No era él; él estaba ausente. Con el uniforme, entrando a sí mismo, miraba a María Inés, la esperaba; pero la esperaba leyendo sus manuales y entonces veía la imagen de Irene, una imagen imprecisa a la que, no obstante, deseaba llegar.

Había transcurrido mucho tiempo cuando fue a buscarla a la casa de ella uno de sus días libres. Lo pasaron a la sala, como si lo esperaran. Irene vivía con sus padres y varios hermanos menores. Era normal, como Adela, con una discreta juventud que podía verse como belleza, más joven que la hermana de Evodio. Aceptó salir a tomar un café con él. Se hicieron novios. Luego Evodio la llevaba con sus nuevos conocidos de la televisión. Un amor sin olores, con seguridad. Se citaban en casa de Irene, iban al cine, Evodio cenaba con la familia de ella. La deseaba siempre, pero Irene era virgen y había que cuidarse; sólo podía tocarla, sin límites. E Irene lo admiraba y lo quería. Evodio estaba a gusto en la casa de ella e imaginaba un futuro. Algún día viviría lejos, con Irene, después de ocuparse de las cámaras. Luego regresaba a su casa en camión, muy noche ya, aprovechando el último viaje. La ciudad estaba en silencio y las calles vacías. Pero al llegar a su

casa el uniforme doblado lo esperaba en la silla, junto a su cama, en el cuarto donde desde la boda de Sereno dormía solo ya. No pensaba en nadie, no recordaba a nadie al meterse bajo las sábanas que Aurora conservaba inmaculadas para él. Al día siguiente iría a trabajar e Irene sabía dónde trabajaba, pero nunca se hablaba de eso. Tal vez lo único malo eran los sueños. Sin embargo, los sueños se mencionaban todavía menos y Evodio ni siquiera hubiese podido reparar en que Irene nunca estaba presente en ese espacio agitado, fuera del tiempo y presidido por el olvido.

Después de la primera comunión de Luis y Mercedes, Evodio tuvo cuatro, cinco, seis veces un mismo sueño recurrente. La imagen se quedaba fija, como si su misma exterioridad se negara a perderse en esa pura continuidad sin fin dentro de la que se diluía fuera de toda posibilidad de recuerdo más allá del ámbito cerrado en que, sin pertenecerle a nadie, la imagen misma poblaba un mundo suficiente y autónomo. El olvido se convirtió en memoria. Abierto a la contingencia, su feroz energía dejaba a Evodio girando sin moverse alrededor de esa imagen única en la que se perdía cualquier voluntad de ser otro y de la que no se podía apartar porque sólo estaba en ella. Nada más allí, donde todo se detenía, era posible vivir; pero precisamente allí era imposible vivir al tiempo que se avanzaba por el día y se veía moverse a todo lo que debería quedarse quieto igual que ocurría en el espacio donde el oscuro deseo que se desconoce se vuelve todo luz y su negra certidumbre se repite hasta la locura. Era otra vez el ámbito neutro y concreto en el que el polvo caía incesante. De pie frente al alimentador de la carda, envueltos en una oscuridad que salía de ellos, inmóviles y sin rostro del mismo modo que Evodio perdía su cara entre la gorra y el cuello del uniforme, Ernesto y Ricardo, ni muertos ni vivos, desaparecidos y presentes, enormes figuras sin espacio que ocupaban todo el espacio borrándolo a su alrededor, contemplaban desde su inalcanzable distancia el alimentador de la carda que avanzaba hacia los rodillos indiferentes en su movimiento y lleno de los blancos pedazos de

trapo que Evodio colocaba en la tirante lona. En el otro extremo, ajeno a la presencia de sus hijos, separado de ellos por las demás máquinas, estaba Jacinto, alimentando también su rompedora. No había ninguna posibilidad de que se enterara de lo que pasaba ante la carda de Evodio. Él estaba en su trabajo, cerca y lejos, perdido en la tarea en que se encontraba a sí mismo. Pero en el alimentador de la carda, entre los blancos trapos, sin llegar nunca al rodillo que debería destrozarla y sin embargo entre los blancos trapos, se hallaba María Inés. Desde su oscuridad sin rostro Ernesto y Ricardo lo sabían. El cuerpo luminoso de María Inés surgía de esa oscuridad, era esa oscuridad. Y estaba desnuda; podía verla con infinitamente mayor precisión que cuando distinguiera una vez su cuerpo durante un instante bajo el transparente camión. Su desnudez era una terrible y sumisa entrega al secreto deseo que Evodio mismo desconocía. Desnuda e inmóvil sobre los blancos trapos mientras por debajo de ella toda blanca avanzaba hacia los rodillos. María Inés no estaba herida, no había forma de hierirla. Nada la levantaba y sin embargo, el movimiento mismo del alimentador creaba su detención. El cuerpo era un cuerpo. Nada más. Ernesto y Ricardo no iban a moverse nunca. María Inés no sabría jamás de su existencia. Desnuda, ajena, ignorante de sí, flotaría sobre lo blanco, envuelta en la oscuridad. Y Evodio no iba a despertar. Poco después, mientras leía su curso por correspondencia en espera de María Inés, empezó a escuchar las sirenas. Primero intentó localizarlas a su alrededor. ¿Dónde podían estar tantas ambulancias? El aullido debía alejarse, tenía que llegar a su meta. No había ambulancias. Era inútil buscarlas. Ni adentro ni afuera. Lo interior se había hecho exterior.

Sin embargo, Evodio no volvió a recordar. El sueño regresó al olvido. Nada más se quedaron las sirenas. Sombras sin realidad avanzando sin poder llegar a su meta, sin encontrar su término, igual que las otras imágenes, pero sin forma, un puro aullido perdido en su propia intensidad. No se decidió a hablarle a Irene de ese continuo lamento del que esperaba liberarse. Quizá fuese el

temor el que lo atrajera. Huyéndole, Evodio se hacía cada vez más prisionero de otro tipo de espera. Estaba en el silencio, a la expectativa, fingiendo una tranquilidad que no sentía, en tanto María Inés acababa de bajar del coche, y al poco tiempo de regresar a su lugar frente al volante, las sirenas de las inalcanzables, inexistentes, inasibles ambulancias lo rodeaban. Luego, el aullido desaparecía; pero él no sabía cuándo. Tal vez ya no iba a regresar; quizá no había existido nunca. Podía ver a María Inés sentada en el rincón de costumbre en el coche. Llegaba a la casa y lavaba los automóviles bajo los árboles. Luis le hacía preguntas cuando Evodio iba a recogerlo a la escuela. Llevaba a los dos niños a casa de unos amigos y María Inés entraba a la cocina a preguntarle si se habían quedado contentos. Pero mientras Matilde y Zenaida le servían en silencio, el interminable lamento había resonado de nuevo durante un tiempo sin medida en la cocina.

Lo mejor era ignorarlo. Con Irene tampoco era distinto. Las voces, los ruidos, los rumores que llegaban de afuera adquirieron otra realidad; pero lo difícil no era distinguirlos, sino quedarse en ellos, aunque también estuviera el silencio, roto sólo por los suspiros y quejidos del cuerpo que Irene le dejaba tocar en tanto ella también buscaba el de Evodio, y la fugaz tranquilidad de saberse en la casa de ella entre gentes conocidas. Y de pronto pasaba el tiempo y no se escuchaba nada. Las sirenas se habían alejado para siempre. Pero regresaban, invocadas por un súbito temor del que Evodio se reconocía culpable.

Se incorporó en la cama y sentado en la orilla se inclinó para quitarse los calcetines. Ni siquiera escuchando con atención podía percibir ningún ruido y le era imposible reproducir voluntariamente el lamento de las sirenas. En cambio, el agua ya debería estar caliente. Evodio salió de su cuarto. La televisión no estaba prendida. No debía haber nadie en la casa. Entró al baño. El agua corrió por su cuerpo. Sólo el agua resbalando silenciosa por el cuerpo. Salió del baño con una toalla alrededor de la cintura. Aurora había regresado ya a la casa. Le sonrió a Evodio cuando él

pasó de regreso a su cuarto. La pantalla de la televisión brillaba en el silencio. A pesar de las burlas de sus hijos, a Aurora le gustaba prenderla sin poner el sonido. Quizás a Evodio le hubiese gustado hablar con su madre de los desconcertantes sonidos que parecían perseguirlo. Mucho tiempo atrás ella les ayudaba a hacer las tareas y sus conversaciones con Ernesto no deberían haber sido sencillas. Pero Evodio se vistió y salió a buscar a Irene.

Fueron al cine. La atención de Evodio siempre se dividía entre su curiosidad por la película y el conocimiento de que Irene estaba a su lado esperando a que empezara a besarla. Ahora algo de la violencia en la acción que se desplegaba en la pantalla le pertenecía sin poder distinguir si era él quien golpeaba o recibía los golpes. Lo importante era esa sensación de persecución continua que le producía la película. Sólo desde allí se volvió hacia Irene. Sus labios duros encontraron los de ella. Le desabrochó la blusa. Sus manos tocaban los pechos. Muy pronto todo el mundo cerrado que era Irene estaba a su disposición y las manos de ella también buscaban y encontraban a Evodio. No hay final para ese movimiento. Una y

otra violencia, dulce y desconocida, en medio de una oscuridad cada vez más clara y yendo desde ella hacia la pantalla y volviendo hacia ese cuerpo del que la ropa se desprendía y al que era imposible penetrar. La mano de Irene estaba en su sexo, pero Evodio ya no eyaculaba como cuando lo tocaba Adela, sino que el contacto era menos directo y lo hacía sobre su ropa. Dejó a Irene, como siempre, en la puerta de su casa, después de besarla una última vez, sin recordar ya ni la película ni las caricias en el cine.

Todo estaba callado. Esperó bajo la luz del farol la llegada del que debería ser uno de los últimos camiones. Nunca había dejado de gustarle regresar a su casa entre los pocos pasajeros ignorantes uno del otro. En su cuarto, cuidadosamente doblado sobre la silla, con la gorra encima, lo esperaba el uniforme que se pondría al día siguiente. Evodio Martínez hizo la señal de parada y se subió al camión. Se sentó junto a una de las ventanillas. Como siempre el camión estaba casi vacío. Conocía el ruido del motor. Las calles desfilaban ante sus ojos. No esperaba nada, no pensaba en nada, quizá tampoco deseaba nada. Y entonces, en el silencio, regresaron las sirenas.

IV. Carta de Anselmo

ME PREGUNTAS quién es Mariana. Yo me interrogo a mi vez sobre mi capacidad para dirimir esa incógnita o, en última instancia, cualquier planteamiento formulable en términos de lenguaje. Los hechos son dolorosamente engañosos; ninguna interpretación expresada en palabras puede encerrarlos. Pasa algo y se desvanece. Lo que pasó es irrecuperable; pero tampoco sabemos en qué consiste. Así es Mariana. El lenguaje debe renunciar a definirla. No obstante, tampoco disponemos de otro instrumento. Trataré de responder a tu pregunta.

Al mostrarse por primera vez, toda persona empieza a depender de nuestra memoria. Recuerdo ahora el instante inicial. Mariana llegó a una fiesta en la casa de Bernardo Tapia, el director de la Facultad, escoltada por Horacio Peña. Él tampoco debe evocar en ti de inmediato una imagen fulminante en el recuerdo. Homosexual, pelo negro y bien peinado, excesiva camisa de seda, fistol con perla en la corbata, piernas largas y paraguas. No puede aseverarse que la reunión fuese un éxito, a pesar de la calidad importada de las bebidas. Cónclave demasiado heterogéneo. Yo me refugiaba en un rincón tratando de proferir alguna palabra inteligente que resultara inteligible para un grupo de alumnas. Algunas no eran totalmente despreciables. Lo que en verdad sucede sólo puede asimilarse a través de una súbita cristalización del instante. El espacio se inmoviliza y se abre a la evocación.

¿Recuerdas? Ésa es la única pregunta. Yo vi a

Mariana y no supe lo que veía. Lo pensé después; vuelvo a pensarlo ahora. Ninguna de las dos acciones voluntarias es real. En cambio, el instante se ha perdido ya para siempre. Conocemos esa inútil desesperación. Pero basta. Cuando yo vi a Mariana desde mi rincón, en el momento en que me llevaba el vaso a la boca, pero antes de tener en ella el sabor de su contenido, Bernardo Tapia se acercaba a saludarla. Horacio Peña la llevaba tomada del brazo. Mariana conservaba puesto todavía el abrigo. Su mano debe haber encontrado la de Bernardo Tapia al mismo tiempo que su mejilla recibía el beso amigable y efusivo que él le dio. De este hecho banal tenemos que deducir que Bernardo la conocía. Acto seguido, Mariana se despojó del abrigo. Horacio Peña la auxilió en esta rutinaria operación y se quedó con la prenda en los brazos. Yo registré la belleza y la elegancia de Mariana. Sus amplios hombros desnudos, cuyo dibujo a la punta de plata señalaba peculiaridades que sólo se repiten en la más exclusiva historia de la pintura, hacían más notable y moderno su trazo divididos por los estrechos tirantes de un vestido negro cuyo género de tela tiene que haberme pasado inadvertido en el preciso movimiento mediante el cual ella se desprendió de su abrigo. La ropa implica una desnudez anterior. Supongo haber visto a Mariana desnuda en ese primer gesto. No obstante, tuve que esperar una eternidad para ir más allá de la fulgurante sensación de elegancia. Por el frente, su escote era discreto; el vestido recto se le ceñía al cuerpo y per-

mitía admirar la alta gracilidad de su figura; me disgustó que no traía medias. Las mujeres, en su animalidad, deben poner especial cuidado en ocultar o al menos disimular en la medida en que las modas les dan ocasión de servirse de sus atributos, esta característica demasiado obvia y por tanto hiriente; pero yo olvidé ese descuido, que ante otras apariciones súbitas puede parecer imperdonable, en el registro de su cuello y su rostro, en la irrupción de ese trazo exclusivo en el que, como tú ahora sabes, la animalidad es susceptible y capaz de dejar el paso libre a una espiritualidad perteneciente al reino de lo intangible y tanto más inexplicable cuanto que se manifiesta por el burdo y sin embargo fascinante e inagotable medio de esa misma expresión de lo animal que nos desconcierta y nos atrae tan vigorosamente porque en ella encuentra la vía (que en sí misma la contradice) para manifestarse esa espiritualidad por la que, a pesar de nuestros esfuerzos, no podemos dejar de experimentar una aguda y perenne nostalgia.

Imposible constatar que nos hallamos ante la verdad. Las circunstancias conllevan en su fugaz interior otra realidad o la inapresable y por ello más urgente existencia de otra realidad que se le opone y anulándola no la hace existir menos por ello. No me encuentro frente a lo que vi, sino más precisa y dolorosamente ante lo que veo en un tiempo que no se inscribe en el pasado ni en el presente, sino que flota en el seno de una exigencia de la imaginación ocupando un lugar nada más en este papel rico y amarillento, que adquiriré con vastas dificultades en otro lugar y en otro tiempo, y el lenguaje muestra a través de una serie de signos despojados de su calidad de representación de un significado para la gente que me rodea en este momento. Empero, en este sitio inexistente, constituido por otro instante doble en esta ocasión y que se repite en el momento en que yo escribo y tú lees lo que yo he escrito, momento en el que el instante se repite incesante y Mariana vuelve a mostrarse, ésa es Mariana. Mariana, entonces, sólo es en el recuerdo de Mariana.

No es desechable la afirmación de que esa certeza me ha traído aquí. El recuerdo llena un vacío. Son nuestros propios, intangibles, inapreciables sueños los que van creando la textura mediante la cual ese vacío se disimula. Hay que recuperar el vacío. Nuestro fantasmal enemigo es la imaginación o peor aún ese continuo alimento suyo que es la apariencia. Pienso de pronto en una apariencia esplendorosa y que no significara nada, ante la cual nuestra imaginación se quedara en blanco, cegada por su mismo esplendor. Una apariencia desligada de todo recuerdo. Cuando algo aparece, en realidad no nos dice. Es sólo después cuando el recuerdo empieza a colmarla de sentido. Imposible dilucidar quién guía al otro elemento. ¿Elemento? Su carácter no posee una naturaleza idéntica. Al contrario, son enemigos. Enemigos que se requieren para formar una doble unidad.

Me atrevería a suponer que aquí he pasado por una experiencia que confirma mis siempre evanescentes suposiciones. Antes de mantenerme inmerso en el vacío primigenio he solicitado a las apariencias. Tú sabes, es lo que hace todo turista. Recorrí lugares, lo que no equivaldría más que a decir: vi cosas. Pero aquí, aunque sea igual, todo era nuevo, todavía no se confundía con el recuerdo, no suscitaba nada, no me pertenecía en tanto pasado. Es sólo ahora, mientras escribo suponiendo que tú leerás, que empieza a organizarse como una experiencia asimilada, suponiendo con la vana pretensión que nos acompaña como nuestra propia piel, nuestro límite, que algo o alguien se asimila. Se dirige uno, se deja guiar, a uno de esos sitios de recreo favorecidos por el populacho. Casi no es necesario inferir que se tratará, por sabido debería callarse, de un lugar bello. La belleza en estos casos es lo aceptado como belleza. Debe eliminar toda sorpresa, cualquier convulsión y guardarnos en su amable hábitat. Previsiblemente, se trataba de eso; el sitio era bello a pesar de la invasión de los que momentáneamente asumían el esparcimiento como actividad. Una profusión de seres que ya en principio me eran ajenos. Pero estaba la naturaleza. Ese mundo era extraño para mí, lo que equivale a decir que conservaba su ca-

pacidad de sorpresa y por tanto era más bello aún. Parece estar mostrando en otra dimensión. Todo es más preciso, más recogido, pero no más concentrado, sino igualmente incesante, disperso, que en todos lados. Había unas montañas pequeñas, podría sugerir que amables en su dimensión, si no fuera porque esos adjetivos pertenecen a dos categorías diferentes, la última de las cuales se coloca dentro de los sentimientos y no debería aplicarse a las montañas que no los tienen. En cualquier forma, allí estaban las montañas, pobladas hasta el delirio de coníferas, como siempre ocurre pero que en este caso correspondían a su dimensión amable, hay que decirlo y con múltiples caminos que serpenteaban por ellas permitiéndonos transitar por el bosque como si no termináramos de salir de su acogedora umbrósidad. De pronto, podía advertirse abajo un arroyo plateado como una tersa lámina que se extendiera siempre demasiado lejos e inalcanzable. Y luego un rumor sostenido de lluvia incesante se nos anticipaba. El oído precedía a la vista. Ese arroyo u otro arroyo, que era el mismo, se había puesto de pie y nos enfrentaba como una caída de agua en la que el ruido que había llegado antes hasta nuestros sentidos se convertía en otra inexpresable lámina plateada cayendo entre los pinos.

El final de ese maravilloso despliegue es el inevitable y abominable merendero de siempre, con más automóviles, más autobuses estacionados en cualquier explanada abierta a costa de los pinos y poblada hasta la furia por visitantes con cámaras fotográficas y ojos rasgados que jugaban sin saberlo o habiendo interiorizado este conocimiento hasta olvidarlo, a ser occidentales y conseguían ser igualmente execrables. El paisaje conservaba su maravilla hasta en medio de ese lamentable fin de fiesta, pero no era nada para mí, en el sentido de que me sabía incapaz de utilizarlo porque estaba desprovisto de contenido al no poder conducirme hacia la fantasmagórica categoría del recuerdo, de todo lo cual hay que deducir que no somos más que ese trazo de hilos que se entrecruzan y se mezclan para formar un tejido y con

el cual armamos una historia que siempre está atrás, configurándonos, otorgándonos el dudoso don de la existencia.

Cuando Mariana se despojó del abrigo y apareció ante mí en todo su esplendor, con su vestido negro, sin saber que yo la miraba, era todavía como ese paisaje: no pertenecía a mi historia, no era más que una pura apariencia deslumbrante y sin recuerdos cuya misma belleza hacía imposible todo intento de situarla. Pero uno nunca sabe eso al hallarse frente a una persona que conlleva sin ningún peso, como si no le perteneciera, porque uno no lo conoce, su propio pasado. Mariana recibiendo en la mejilla el beso de Bernardo Tapia mientras le daba la mano y con Horacio Peña a su lado creaba un espacio neutro, separado del mundo, sin nada a su alrededor. Creo que yo no dejé de hablar con las amorfas figuras que tenía cerca; pero desde ese instante, desde ese preciso y minucioso y eterno instante, desde ese instante detenido en la cumbre de su perfección, mi única meta era penetrar a ese espacio neutro, formar parte de su tiempo sin medida o sin tiempo, igual que sin saberlo, al contemplarlo uno quiere entrar a un cuadro, ser parte de él, aunque el mismo cuadro lo expulse, porque su representación está desprovista de toda psicología y allí se sería un intruso. ¿Te ha pasado? A mí con particular intensidad ante un mismo cuadro siempre, un Memling, *Las bodas de santa Catalina* que está en el Metropolitan Museum de Nueva York. Ese momento de suprema belleza en que ella recibe el anillo que la une para siempre al espíritu. Quizá lo intolerable de la realidad es que es mucho más torpe que la pintura. Se tienen que realizar acciones prácticas, dirigidas hacia un fin concreto y uno abomina lo práctico y lo concreto. Hay que estar como muerto en la vida, tal como ocurre en la pintura.

¿Adviertes la bajeza de lo cotidiano? Era una reunión, había otros invitados, y recurriendo a todo tipo de subterfugios viles conseguí finalmente estar al lado de Mariana. Tú conoces su voz. Me fascinó de inmediato porque me fue repulsiva. El primer impulso ante un contacto di-

recto es siempre apartarse. Ella iba a hablar, estaba hablando ya de lo que se habla en las reuniones. Si continuaba a su lado iba a conocer su historia. No la sé, nunca la supe. Recuerdo que esa primera ocasión, inesperadamente, estábamos solos. Quizá no es cierto. Invento, compongo la escena. Lo que no se puede negar es que en un momento dado estaba bailando con ella. Pero no bailábamos, más que bailar le hablé, hablamos. Tenía, sí, su espalda contra la palma de mi mano. Mis dedos deberían extenderse por esa superficie desconocida, pero no estaba atento a mis dedos, más que ahora, en el recuerdo. Reconstruir una escena es odioso. Mi único placer es la turbación que debo estar provocando en ti, en este instante, mientras lees, que ya no es el instante en que escribo y sin embargo es el mismo.

Esto ya no pertenece a ningún tiempo, es abstracto y resulta más fácil mencionarlo. Sostuvimos una conversación —nunca sé cuándo una conversación es un diálogo y cuándo dos monólogos en los que lo raro es que lo que uno dice se dirige al otro y lo que el otro dice a su vez está encaminado a impresionarlo a uno, como si hubiera un uno y un otro— en la que yo recurrí a dos viejas y permanentes pasiones: Blake y Dante Gabriel Rossetti. Es imperdonable usar la poesía para eso y sin embargo, quizá la poesía sólo es para eso. Con esos ejemplos, claro, el tema fue la alucinación y la decadencia. Todo es alucinación y todo es decadencia. Es una alucinación suponerse Dante porque se lleva el mismo nombre y por eso se es decadente. Pero ¿qué importa ahora?

La cultura de Mariana es francesa. Alucinación y decadencia. Casi podría asegurar que ella respondió con Baudelaire. Luego sé que ya no estábamos bailando, sino sentados en un largo sofá donde también se encontraba Sara Segul. Había olvidado mencionarte que despedirla era el motivo de la reunión. Y mucho más lo había olvidado yo en ese momento; pero iba a serme muy útil. Conocer la gente y el ambiente en que se movía Mariana fue constatar su pertenencia a una cierta

forma, a una manera y un tono de los que yo buscaba mantenerme apartado. Sin lograrlo siempre. Hay que constatar nuestras debilidades. Y la impredecible ventaja de nuestros desmayos. Nunca se ha pensado lo suficiente en hasta qué extremos la voluntad es uno de nuestros enemigos. Allí estaba yo, prisionero de todos mis prejuicios, organizado y armado como figura por toda la serie de reglas personales que me imponía, tratando de pertenecer a algo que negaba, porque la incierta realidad que se llama Mariana se movía en esa zona. Fui amable con Sara Segul, cambié opiniones con Horacio Peña, aceptando las suyas, lo que es casi inadmisibile, y en ese largo sofá, con un vaso en la mano, exclusivamente estaba atento a cómo escuchaba Mariana y cuáles eran sus actitudes. Pero es muy posible que ella ni siquiera escuche. Tiene una desconcertante manera de pertenecer manteniéndose aparte. Su cuerpo está presente; ella está en otro lado; pero ese indeterminado lugar parece en muchas ocasiones inaccesible para ella misma. ¿Por qué llegar con Horacio Peña? ¿A cuenta de qué ser tan amiga de Sara Segul? El homosexual y la puta y ni homosexual ni puta, sino un impreciso conjunto de falsas costumbres, de falsas actitudes, de falsas intensidades. Y en Mariana nada es falso, nada puede ni siquiera llegar a ser falso. Lo que es verdad es que muy probablemente nada es. De pronto, me pregunté si a su vez ella hablaba para mí. Parecía haber compartido un gran número de sucesos con Sara. Era la amiga, esto es la acompañante, de Horacio Peña. Lo que es indudable es que estaba en el sofá con las piernas cruzadas y cuando Bernardo Tapia se acercó por detrás apoyando las manos en el respaldo del mueble para ofrecerle algo de beber, ella echó ligeramente la cabeza hacia atrás y volvió hacia él los ojos para contestarle. El trazo de su cuello a partir de los anchos hombros, la cabeza cercada por el pelo castaño y los dientes apenas revelados entre los labios entreabiertos eran irreprochables. Movía de arriba abajo en el aire el pie que no se apoyaba en el suelo gracias a sus piernas cruzadas.

Conozco a fray Alberto Gurriá. Es un persona-

je contradictorio con el que he tenido el placer de muchas discusiones en las que ninguno de los dos decíamos lo que creíamos. Creo que él no sabe lo que cree; pero yo tampoco. Eso nos hacía extremadamente empecinados. En cambio, no tengo ni el más remoto contacto con esa María Inés sobre la que me escribes y que según tú es Mariana. No es imposible; pero admitirás que por lo menos es bastante improbable. Al no tener contacto con ella es natural, aunque no lógico, porque sé que al menos estás de acuerdo conmigo en que lo natural no siempre es lógico, que tampoco conozca a su afortunado marido, ese fantasmal José Ignacio Gonzaga del que te dignas hacerme una tan minuciosa descripción. Y debo confesar que siento no haber tenido oportunidad de admirar a los dos hijos que mencionas.

¡La impersonalidad de los pronombres personales! Digo ella y para mí es tu inexistente María Inés y en ese ella, para ti, está encerrada tal vez también Mariana. No soporto la imprecisión de la trama. Dentro de ese plano preferiría que no hubiese ninguna. ¿En dónde nos movemos, hacia dónde vamos? ¿Te es posible vernos a ti y a mí hace tantos años en el jardín de la casa de mi madre? La jacaranda estaba florecida. El puro estallido morado que siempre nos fascinó y siempre esperamos como una misteriosa comprobación de que el tiempo se movía para regresar al mismo lugar. Una comprobación banal y por lo demás falsa. No obstante, no es mentira que nuestra improbable complicidad nos hacía uno solo. Siempre te recuerdo hablando con mi madre y conmigo pensando que, por lo que decías, ella —mi madre, mi única e intransferible madre— debería desear que su hijo fueras tú, siempre me recuerdo conversando con tus padres y me atrevería a proferir la arriesgada afirmación de que ellos hubieran querido que su hijo fuera yo. Después, a solas, tú y yo, no nos preocupábamos en lo absoluto de eso. Demasiado inmersos en la sucesión de los días y los meses para reparar en nuestras semejantes diferencias. No hay semejanza, Esteban, no hay diferencia. ¿Te acuerdas a la salida de la escuela? Una vez, en el camión, tú te

pusiste detrás de una señora. Yo te veía. Al dejar el camión lo comentamos. Los dos estábamos excitados. Pero Mariana...

Estarás de acuerdo en que de pronto Mariana se ve muy joven. A lo más una adolescente. Esa impresión se borra en seguida. No deja de verse joven; pero simultáneamente es otra cosa. Mientras estábamos sentados en el sofá en un momento dado Mariana se quedó muy quieta con un brazo extendido a lo largo de la pierna, un cigarrillo en la mano y la mirada perdida hacia adelante, sin ver nada, a ninguna de las personas que bailaban o hablaban formando el enrarecido ambiente de la reunión. Pensativa. Mariana pensativa. Ese pensativa, mucho me temo, consiste en no pensar. Había subido la otra pierna al sofá y se sentaba sobre ella. En seguida se levantó a bailar con alguien y me dejó hablando con Sara Segul. Sara siguió mi mirada y me preguntó si conocía yo a Mariana y qué me parecía. Supuse que le iría a contar lo que dijera y le contesté una verdad que sonaba a mentira. Me fascina, dije. Luego, mientras la buscaba de vez en cuando entre las amorfas parejas de las cuales sólo la que formaban ella y un desconocido podía significar algo que valiera la pena, traté con esa torpe habilidad que nos vuelve súbitamente idiotas, que Sara me informara sobre Mariana. Podrías imaginarte que fue inútil. Habló de su amistad con ella, de libros que le había prestado, de lo que Mariana había comentado sobre alguna de sus relaciones, de cómo había tratado e insistido en que terminara su carrera, de otras mil banalidades que me decían de su relación con Mariana, pero no de Mariana. Lo único que saqué en claro es que se conocían desde que ambas eran estudiantes, que durante una época, no sé ni siquiera a qué época se refería, Mariana había dado clases. Pude inferir, pero oscuramente, muy oscuramente, que su conducta no había sido siempre precisamente edificante. Y eso me lo decía con mucha mayor precisión la manera en que de pronto la descubrí bailando entre las demás parejas. También estarás de acuerdo: Mariana no baila, deja que la usen. Tenía una forma de pasar el brazo por enci-

ma del hombro de su pareja y acariciar su cuello que me hacía desesperar cada vez que la perdía de vista. Y en tanto la incesante cháchara de Sara me impedía seguirla todo el tiempo con la vista y sin decirme nada utilizable sobre Mariana me llevaba a perderla con una dolorosa frecuencia entre los demás. Finalmente, ya no estaba o ya no la vi. Sara seguía hablando. ¡Hasta qué extremo pueden borrar las palabras la imagen que están obligadas a construir! ¡Con qué pericia la imbecilidad les impide cumplir con su única función válida! Reparé en que Sara es judía y sus iniciales son S. S. y no pude dejar de pensar con nostalgia en la venerable institución con las mismas iniciales.

Habrás advertido cuántas veces recurro a la palabra “verdad”. *Die Wahrheit*. No hay tal. Uno sólo tiene lo que puede ver y no ve más que lo que quiere. A mí me ha ocurrido intentar dilucidar lo que se representaba, por ejemplo, en una postal vista desde cierta distancia y lo que veía no era lo que en verdad se reproducía en la postal, sino lo que yo esperaba que estuviese. Más concretamente: recuerdo ahora, cuando me parece tener nítidamente la imagen de Mariana y como para avisarme del posible engaño de mis sentidos, una ocasión en la que observaba desde lejos y un tanto distraído el sobre de una carta donde había una estampilla en la que yo encontré la noble frente, el peinado un tanto anticuado, las cejas hirsutas y el absurdo y poblado bigote de Nietzsche. En ese tiempo leía sin cesar, en desorden, volviendo una y otra vez a ellos, los admirables aforismos que todo lo destruyen y nos dejan ante el vacío. Quizá la propia, sublime, figura del solitario de Sils-María era la única respuesta a ese vacío. Pero la estampilla no la representaba. Fui yo el que quise que la representara. En la estampilla que contemplaba apaisada cuando en verdad debería tener la posición contraria, se reproducía uno de esos bellos por inocuos Picassos de la época neoclásica en el que se mostraba un niño vestido de arlequín. ¿Cuál puede ser la relación? ¿Qué relación podía existir entre la Mariana que me entregaba diluyéndola Sara Segul y la que yo entreveía, bella y procaz, deseable hasta la lo-

cura, regalando el inapreciable don de su cuerpo a un desconocido? No es imposible que mi manera de tener a Mariana fuera desde entonces dársela a otros. ¿Te sugiere algo?

Antes nunca me había fijado en que la casa de Bernardo Tapia tiene mil recovecos. Aunque no lo creas ya no volví a estar cerca de Mariana. A distancia, la separaba algunas veces de entre los demás. Debe haber bebido mucho esa noche. O fui yo el que bebí mucho. Tal vez los dos. Hasta bailé con Sara. En distintos cuartos, sentada con las piernas cruzadas en brazos de sillones, permitiendo que brazos que no eran los míos la tomaran por la cintura, riéndose y escuchando con mirada atenta conversaciones que deberían ser idiotas, aceptando que encendieran el cigarrillo que acababa de colocar entre sus labios sin edad y cuya sensualidad la negaba afirmándola, veía a Mariana. Y luego, ya no estaba. Ni siquiera se despidió de mí. Interrogué a Bernardo Tapia. Se había ido con el mismo ilógico Horacio Peña con quien llegara. Es él quien debe haberle puesto el abrigo. Iría a su lado en algún coche, con las piernas cruzadas. Haciendo un esfuerzo le pedí su teléfono a Bernardo. No lo sabía o me lo negó. Tuvo que dármele Sara Segul.

Te adjunto ese teléfono y la dirección de Mariana. Es posible pero no probable que te sean útiles. Al menos, podrás localizarla. Quizá. Sin embargo, me arriesgo a declarar que nunca sabrás quién es ella, aunque confío en ti. No en balde, ni sin motivo, puede considerarse que “te la encomendé”. Yo tuve que marcar cinco veces ese número antes de que incierta, sin figura, en un lugar que desconocía, rodeada de objetos que no podía imaginar y que era inútil por falso tratar de inventar porque, en cambio, tenía admirable y hasta dolorosamente presente su figura ocupando un espacio concreto en algún lugar impensable y por tanto inhumano, su voz ronca, cortante y desagradable me contestara pretendiendo, tal vez con verdad, que no sabía quién era yo. Le repetí mi nombre, acompañándolo de una somera explicación recordatoria. Aceptó verme al día siguiente, por la tarde, no en un bar como yo le

sugerí, pensando con justicia que le correspondía más a su descuidada elegancia, sino en un café.

Por la mañana, mientras llegaba el momento en que consideraba oportuno comunicarme con ella, había anotado en mi diario mi segura esperanza de que llegaría a acostarse conmigo. Este diario, que ocupa ya muchas libretas, yace en el fondo de una caja junto con otros papeles personales. Ya no lo llevaré más. Está concluido, *Kaput*, como mi vida. Nunca te había hablado de él. Me ha acompañado, me ha servido de testigo, desde los once años. En sus páginas anoté, con mi letra de entonces, cómo te admiraba a distancia en la escuela. Allí está, inmóvil para siempre, la fecha del primer día que nos hablamos y minuciosamente descrito el comienzo de nuestra amistad. En cambio, el diario estaba ya en el fondo de esa caja depositada en mi antiguo cuarto en la casa de mi madre, la última noche que te vi.

¡Cuántas cosas forman y deforman la vida! Si alguien repasara esas páginas hallaría que en ellas se confunden y se borran, anulándose entre sí, la verdad y la mentira y por eso, finalmente, nada es. Testimonios de una persona en los que estorba, interviniendo, falseando, tergiversando, la persona. Para que esa persona deje de estorbar y aparezca la vida el único recurso legítimo es el silencio. Pero entonces, ¿quién va a ser testigo de la vida, cómo va a poder reconocerse a sí misma sin esa falsa detención en la que no puede mostrarse porque la detención la contraría? Si sólo existe la inmovilidad, ésa es la de la muerte y todo es vacuidad. Por eso estoy aquí. ¿Será cierto?

Para beneficio tuyo, quisiera rememorar mi primera impresión de Mariana, la imagen intocada por todo conocimiento posterior, de la que no importa si fue confirmada o contradicha por lo que viene después, imagen sin verdad ni mentira que no permanece ni dura, pero a la que nada puede tocar y por eso permanece y dura, como diría Quevedo, pues sólo lo fugaz... Deduje por su apariencia, por su conducta, por su belleza que Mariana, a pesar suyo, se conservaba secreta para sí misma. Ella vivía y por tanto se movía en

un mundo determinado. Pero lo importante es su incapacidad de pertenecer. Seguramente, como todos, pretendía imponerse, cambiar el mundo. Es lo que conlleva en sí el convencimiento de que se posee una voluntad. Pero la misma gente entre la que vive y se desplaza le permite no conservarse sino permanecer intocada. Ella tiene una seguridad, cree ir hacia algún lado y supone que llegará a ese lado porque se lo ha propuesto. Por eso es amiga de Horacio Peña y llegó con él. Vivir rodeada de gente que no te toca para ser tú. Que nadie te maneje, no aceptar ningún constreñimiento. Pero lo que la lleva de un lado a otro, cuando ella confía en que actúa su voluntad, es la vida. Por eso, Mariana sólo es el maravilloso gesto de quitarse un abrigo. Entonces, como si algo se desprendiera del centro sin centro de todas las cosas, aparece esa figura resplandeciente en su ignorancia de sí porque se cree dueña de sí. Todos sus gestos, todos sus movimientos, todas sus actitudes, confirman la neutralidad de la figura. Mariana está como levantada en vilo por una fuerza que la sobrepasa. Cuando supone que se afirma, afirma a esa fuerza. El resultado es una incógnita que no se resuelve más que como contradicción y ha elegido a la que está segura de que se llama Mariana y es Mariana para habitarla. ¿Cuál es, entonces, Mariana? Yo la había visto y mientras escribía en mi diario que me acostaría con ella, la recordaba. Ya he tratado de evocar esa escena para ti. No es la evocación la que puede conducirnos. Hay que repetir siempre un solo instante. Quitarse el abrigo y aparecer. Ésa es mi primera y mi única imprecisión. Lo demás compone una trama. Mariana, intocada, intocable, entre los demás, los otros, moviéndose en el mundo, segura de que así se afirma.

No fue distinta su conducta al encontrarnos en el café. Como era de esperar, llegó tarde. Llegaba más de media hora sentado ante una pequeña mesa, levantando continuamente la vista de las páginas de un libro para mirar hacia la puerta, cuando entró segura de que alguien iba a dirigirse hacia ella. Traía puesta una gabardina. Esta vez fui yo el que la ayudó a quitársela y se quedó con

la prenda en sus brazos. Es intolerable la seguridad de la mujer cuando se sabe deseada y le basta con reconocer al infeliz que siente el deseo. Mariana traía mocasines y venía vestida con una falda de tweed y una blusa camisera blanca, cerrada hasta el cuello y con mangas largas. No supe qué esperaba de mí en ese momento. En realidad, lo esperaba todo. O sea: las mujeres nos necesitan para afirmarse a sí mismas. Mariana podía actuar como si fuera independiente. Lo único que buscaba, aunque fuese lo último que pudiera hacérsele admitir pues no lo sabía, era rendir esa independencia. Yo era entonces una posibilidad. Había ido al café para averiguar qué forma tenía esa posibilidad.

Puedo decir sin vanidad que nos fuimos agradables. A mí me gustó comprobar con qué facilidad cumplía con todos los requisitos de su papel. Mujer independiente, dueña de su vida y que ha vivido. Por supuesto, era intelectual, tenía intereses artísticos; pero logró mostrarlos sin ser pedante y, sobre todo, nada opacaba su belleza. Pidió un té, no le puso azúcar y casi no lo probó. Cuando nos despedimos, mi interés no sólo permanecía, sino que había aumentado. No me permitió acompañarla. Dijo que tenía una cita cerca. La vi alejarse por la calle, sin volverse. Tampoco traía medias. Es formidable hasta qué extremo cualquier proyecto llena los días. Tenía ya un propósito absoluto: acostarme con ella. Más allá de eso lo ignoraba todo; pero ese sueño bastaba. Todavía nos citamos una vez más en otro café. Sin embargo, esta vez la acompañé hasta su casa y me invitó a subir. Un departamento ni grande ni pequeño, de mujer sola, amueblado con buen gusto. Me atrevo a tener la pretensión de creer que ella me consideraba ya un candidato aceptable. Nadie sale dos veces con una persona si no es así. Pero Mariana no parecía tener prisa y yo sí la tenía. En un sillón, frente a ella, en su casa, todo se borraba y sólo su presencia continuaba llenando el espacio. Era difícil vencer la tentación de tocarla. Estaba allí como un reto: la incógnita por develar. Es posible que no haya nada detrás; pero, ¿qué importa? Uno siente y piensa que de-

trás está todo. La figura se confunde con la curiosidad de saber quién es, qué hace, qué piensa; la curiosidad nace del imperio de la figura y esa figura es poseíble. Luego, cuando ya no la tienes enfrente, las calles y los días están colmados por ella. Mariana no se volvió mientras se alejaba de mí después de nuestra primera cita; al dejar su departamento, yo me quedé frente al edificio, mirando largamente los ventanales detrás de los cuales, quizás, ella estaba tratando de imaginar qué esperaba yo.

Tuve que recurrir a un subterfugio indigno. No traté de justificarme; pero hablarle para invitarla una tercera vez a un café, al cine o a cenar me pareció de pronto imposible. Ella estaba acostumbrada a esa insistencia. En vez de eso, organicé una cena de despedida para Sara Segul y le pedí incluso su ayuda: ella debería encargarse de invitar a Horacio Peña y Bernardo Tapia. Tuve que pensar en otros posibles invitados. Opté por una de mis alumnas para que hubiese otra mujer que Mariana no conociera y por un absurdo profesor de lenguas orientales culpable de ser amigo de Sara. Tal vez tú no reconozcas la enorme ventaja que fue tenerme de intermediario. Me sorprende al experimentar un cierto gozo cuando repaso todos esos preparativos. Uno nunca sabe si va por buen camino para lograr sus propósitos. Y es muy agradable recordar el trayecto desde la certeza del éxito. Sin embargo, sólo tuve a Mariana para darla. La ventaja de la posesión es el poder que te da renunciar a ella. Aunque también cabe la posibilidad de que la manera de tener a Mariana sea entregarla, porque, como ya te dije antes, aunque ella no lo sepa, no es de nadie, ni siquiera de sí misma, puesto que la afirmación de sí que cree desear no es lo que desea, sino una especie de prodigalidad en la que se halla por completo.

Contra lo previsible, la cena fue muy divertida. Todos la pasamos bien. Mariana llegó sola, antes que nadie, según dijo para conocer primero mi departamento y conforme los demás invitados se fueron presentando se estableció la curiosa ficción de que ella y yo éramos los que recibíamos.

No hay mayor placer que representar. Mientras más se lo adjudicaban, más se adentraba Mariana en su papel. Advertí con enorme gozo el gusto que le causaba tener que responder a las preguntas, que acentuaban su tono malicioso, de Bernardo Tapia y Horacio Peña sobre cuándo se había iniciado esa amistad que por otra parte, aseguraban, resultaba tan previsible para ellos. Mariana incluso fingió recibir con naturalidad en mi nombre a mi alumna, que para mí ni siquiera era guapa, pero para ella se convertía, de acuerdo con mis propósitos, en la otra mujer. No hay que decir que Sara Segul estaba encantada. “Yo hice esta relación.” ¿Cuál relación? Me sorprende la inclinación que sin advertirlo todos tenemos de ver realizados nuestros deseos en otros. Es como si, entonces, los otros nos afirmaran. Y a su vez, el que realiza el deseo, de un modo igualmente inconsciente, procede por imitación. O sea, juega a ser el otro. De esto podría inferirse que no somos nadie. Una comprobación de este estilo debería tener un casi infinito poder disolvente. Sin embargo, ocurre lo contrario. La sociedad, la civilización, la cultura están construidas sobre una inversión de nuestros auténticos deseos. Esa autenticidad es una comprobación de nuestro no ser. Pero como tiene que disimularse se invierte. La tentación de ser el otro, de actuarnos en el otro, invertida, anula su negatividad y se transforma en un instrumento de coherencia. Todas las instituciones descansan sobre esta confusión. No ser nadie se convierte en una forma de ser.

Llevar tan minuciosamente a la práctica un despropósito tal fue lo que hizo agradable la cena. Bernardo Tapia, lo advertí de inmediato, sentía una vasta y antigua atracción por Mariana. Nunca lo hubiera admitido, porque no esperaba que ella le correspondiera jamás. Se convertía en el amigo fiel satisfecho de poder comprobar el encanto y el poder de ella. Características que él era el primero en sufrir bajo su aspecto negativo y que de esta manera se hacía positivo. Con Horacio Peña ocurría algo semejante, sólo que en su caso el mismo fenómeno adquiere un carácter distinto. Siendo homosexual, una parte de su

personalidad admira a Mariana por identificación. Pero él odia esa identificación. Lo que quisiera es admirar a Mariana como lo hacen los demás. Y de hecho, también le ocurre. Pero no podría jamás, ni tampoco le gustaría en el sentido de que no le proporcionaría ningún placer, actuar esa admiración. Tiene que mantenerse aparte y por tanto ser, también, un amigo. La ambivalente relación de los mejores homosexuales con las mujeres es un espectáculo. A mí siempre me ha producido un cierto tipo de envidia esa forzosa exigencia de conservarse cerca y aparte.

En el caso de Sara Segul la sustitución es demasiado evidente. Por eso resulta repulsiva. En cambio fue fascinante verla producirse hasta en mi alumna que empezó a actuarla de inmediato sin darse cuenta de ello en lo más mínimo. Al fin le estaba haciendo caso a través de Mariana. Su admiración era tan intensa y se produjo de un modo tan inmediato y mecánico que cualquiera que no supiera no ver sino entender hubiese deducido un agudo caso de lesbianismo. Nada más opuesto. Entregarse a Mariana equivaldría desde su lugar a ceder a la seducción de la que ella quería ser por la que no era. Nuevamente se trataría de entrar a sí misma con la condición de no ser nadie de antemano.

El único que estaba a salvo era el profesor de lenguas orientales; pero eso se debía a su imposibilidad de adoptar el papel de espectador. Él estaba armado por completo dentro de la concha que lo protegía y su incapacidad de salirse de ella, o sea su capacidad para mantenerse dentro de aquello que lo define, lo convertía en un elemento de disolución social en vez de aumentar la cohesión social. Hermosa contradicción. La sociedad se levanta sobre lo contrario de aquello en lo que supone se encuentra su fuerza.

Esa suma de despropósitos, claro está, me favorecía. Mariana se experimentaba protegida enteramente por la admiración de sus amigos. No exagero ni un ápice al constatar que estaba deslumbrante en la avasalladora fuerza de su poder. Pero ese poder consistía, maravillosamente, en que todos la empujaban hacia mí esperando rea-

lizarse en nuestra doble figura. De pronto, en nosotros se cifraba una imprevisible cantidad de antiquísimos deseos. Tanto que los demás los daban ya por realizados. Pero nada había pasado en realidad. ¿Cuál realidad? Hay que asentarlo: no existe ninguna. Sin embargo, miento. Allí estaba, ante mí, la presencia de Mariana. Se llevaba su vaso a la boca, cambiaba de posición en su lugar, dejaba ver el inagotable encanto del siempre inesperado movimiento de sus manos, se reía o se quedaba seria y distante y yo era el único que no había realizado lo que todos los demás daban por realizado. Acercarse a alguien es la indiscutible imposibilidad, pues de acuerdo con todo lo anterior no hay nadie a quien acercarse. Pero ya lo dije: allí estaba, con un vestido estampado que dejaba ver sus muslos y en cambio se cerraba hasta el cuello y tenía mangas largas o casi largas: hasta medio brazo.

Yo iba a actuar el deseo de los demás, pero ése también era mi deseo. Y en tanto, Mariana, desde su seguridad, dejaba vislumbrar fugaces aspectos de sí misma. No era sólo una manera de estar entre la gente, sino lo que aparecía, estando entre los demás, sin que lo advirtiera. Hay algo que inesperadamente permite percibir que ella se turba ante el conocimiento de que no sabe quién es ni hacia dónde va. Entonces, quisiera detenerse, realizar una especie de suspensión; pero los acontecimientos la sobrepasan. Esto provoca que continuamente esté presente y ausente al mismo tiempo, como si no terminara de encontrar su propio espacio. Viéndola hablar con Horacio Peña, por ejemplo, pensé que ella solicitaba de su amigo que la configurara y luego, voluntariamente, mediante una acción que de tan repetida y tan mecánica había dejado de costarle esfuerzo, se adentraba en la imagen de ella misma que le ofrecían. Después, se abstraía. Entonces, inmersa en su soledad, no hallaba más que el vacío. E inmediatamente volvía a acomodarse en la imagen que el mismo Horacio Peña, en este caso u otro cualquiera en una circunstancia semejante, le ofreciera. Sin embargo, ese continuo movimiento creaba una tensión, una angustia, en cuyo centro sin

centro, despojada de sí, sin poder encontrar nada, incapaz de saber qué había que encontrar, permanecía una Mariana intocada, intocable, imposible de alcanzar, pues tal vez no existía. Nadie más que ella podía hacerla existir, y ella la apartaba porque las imágenes que le ofrecían no le daban tiempo de entrar a esa ausencia de imagen.

Yo seguía fascinado esa inevitable negación de Mariana por Mariana y simultáneamente no podía evitar sentirme seducido por la apariencia. Recordé algunos de los sucesos que, volviendo siempre a ella misma, me había dejado entrever Sara Segul como correspondientes a la incierta biografía de Mariana. Repasé los pocos acontecimientos que ella me había contado durante nuestros dos encuentros anteriores y su manera de apresarme de inmediato en su encanto la primera vez que nos vimos en casa de Bernardo Tapia. También conmigo realizó el acto inevitable de adentrarse en la imagen que yo le proponía. Pero había una incierta exasperación, como si de pronto la amenazara un fantasma de fracaso, como si de pronto se le hubiera hecho evidente que el tiempo pasaba repitiendo siempre el mismo proceso esencial. Sara Segul dejó entrever algo sobre una última relación frustrada de la que Mariana acababa de salir. Mis conversaciones con ella permitieron comprobar, hasta donde algo se puede comprobar, esta suposición. No es imposible que Mariana se considerara tocando algún límite; pero no cabe duda de que esa especie de temor la conducía a aferrarse con mayor fuerza aún a la segura manera mediante la que siempre se había desplazado por el mundo y por sí misma. Y no hay nada tan fascinante como esa manera por medio de la cual ella estaba siempre disponible y su disponibilidad la hacía inalcanzable.

Desde luego, uno es el primero que no sabe qué quiere, qué busca. ¿Por qué no recoger a la Mariana que estaba a la vista? ¿Por qué desear algo que quizás no existía pero cuya posibilidad también se encerraba en ella? Te confieso que en medio del indiscutible éxito de la cena me sentía inquieto y turbado. Tomar a la Mariana que los invitados elaboraban entre todos y que ella ac-

tuaba, aceptando esa elaboración, no parecía difícil, puesto que, entre otras cosas, la elaboración estaba encaminada a ofrecérmela. Intentar tocar a la otra Mariana no era tal vez más que una fantasía que yo mismo elaboraba. Por fortuna o por desgracia uno tampoco elige nada. Los acontecimientos lo viven. Es obvio que el profesor en lenguas orientales fue el primero en retirarse. Se produjo una especie de pausa en el mero devenir dentro del cual la cena se constituía. Luego, las aguas volvieron a cerrarse. Horacio Peña se fue después. De nuevo la misma cesación del movimiento que en seguida provocará la continuidad del movimiento. Estábamos ya en la sala donde todo había empezado. Siempre me perturba que haya un imprescindible principio para todo y un no menos imprescindible regreso al punto de partida. Sin embargo, nada se advierte cuando ocurre, sino después, siempre después. El odioso tiempo de la rememoración.

Bernardo Tapia, Sara Segul, mi alumna, Mariana y yo tomando un coñac tras otro como si quisiéramos que nada terminara y no obstante, a gusto, gloriosamente perdidos en el instante, dentro de cuya imperceptible discontinuidad yo establecía mi propia continuidad mirando a Mariana con plena conciencia de que ella esperaba y aceptaba y buscaba esa mirada. Finalmente, Bernardo y Sara se levantaron para despedirse también. Me di cuenta, entonces, de que esperaban que mi alumna se fuera antes y ante la imposibilidad de ella habían terminado por rendirse. Fue una despedida larga. Miles de buenos deseos a Sara por su próximo viaje y de comentarios últimos que ya no le interesaban a nadie. Sara besó y abrazó a Mariana larga y estrechamente, insistiendo en que no dejara de escribirle “contándoselo todo, todo”. Me dio luego la mano a mí agradeciéndome la cena. ¡Qué insoportable comedia! Y Mariana la aceptaba. No rechazaba esa especie de alarde público sobre nuestro futuro. Sin embargo, hasta eso se olvidó ante la imposibilidad de mi alumna para retirarse. Mi cercana soledad con Mariana que un momento antes parecía tan inminente no iba a llegar nunca. La alumna ha-

blaba con Mariana como si fueran amigas de toda la vida. Pero se fue; todo llega. Finalmente se fue y entonces fue peor. Mariana y yo estábamos uno frente a otro.

Ella se sirvió otro coñac. Me miró y sonrió. Una mirada y una sonrisa vacías o cómplices. Interpretálo tú. En ese momento, yo no era capaz de nada. Preguntó si iba a acompañarla a su casa. “No hay prisa”, contesté. Era verdad, no la había. No hay nada tan valioso como ese instante que precede a otro en el que la realidad va a precipitarse hacia un lugar desconocido y quizás definitivo. Iba a pasar algo entre Mariana y yo; pero ¿hacia dónde conduciría? Para entonces ya estábamos comentando los incidentes de la cena y su presencia a solas, por la noche, muy tarde ya, en mi casa, resultaba natural. Sin embargo, Baudelaire lo sabía, lo natural es abominable. El deber del espíritu es intervenir para anular lo natural. Sólo que, después de todo, lo que yo quería era realizar un banal acto carnal con Mariana. Y ella también quería eso. Lo malo es que los dos lo supiéramos. Entonces interviene esa fuerza inexplicable que se llama el deseo y que todo lo permite y todo lo soluciona. Hablando de la cena, de nuestros amigos, Mariana era otra cosa. La realidad de su cuerpo. Me senté en el brazo del sillón en que ella estaba sentada. Le pasé el brazo por el hombro y puse mi mano en él. En tanto seguíamos hablando.

No puedo evitar imaginarte leyendo. Siempre hay un tercero presente. Pero allí, en esa sala de mi casa, que ahora está vacía u ocupada por otros muebles y otras personas, estábamos solos: Mariana, yo y el deseo. En ese instante ni el pasado, ni el futuro representaban nada para nosotros. Estoy seguro, Mariana tendría sus proyectos; yo los míos. Ambos yacían olvidados en otra parte, vaciándonos de contenido. El deseo anula nuestra integridad como personas.

Mi mano, que descansaba en su hombro, actuando por mí, dueña de sus decisiones, se movió hacia el cierre que su vestido tenía en la espalda. Lo bajó mucho, mucho. Casi toda la espalda de Mariana quedó descubierta. Ninguno de los dos

prestábamos atención a eso que era lo único que importaba. Mi mano acariciaba ligeramente, muy ligeramente, esa espalda desnuda, desnuda, a la que no interrumpía ninguna ropa interior. La espalda de Mariana. No puedo evocarla sin sentir un estremecimiento, una ira, contra ella, contra mí mismo, contra la realidad tal vez. Luego... Luego: ¡Qué odiosa continuidad! Pero sí, luego, el vestido ha resbalado y deja sus hombros desnudos. Qué inminencia. Voy a verla desnuda.

Ocurrió en el piso, sobre la alfombra. No es que se hubiera roto o transgredido la regla de que no había prisa: es que así ocurrió. Nada dependía de nosotros porque nosotros éramos todo. El vestido de Mariana resbaló por sus hombros y una de mis manos acarició sus pechos. Ella era ajena. Se dejaba hacer. Pero toda ella estaba en lo que le hacían. Sus brazos salieron del vestido dejando su torso enteramente desnudo. Me puse de pie y quedé frente a ella. La tomé de las manos y la obligué, pero sin ninguna violencia, sin ninguna violencia, a ponerse de pie también. Así, fue fácil despojarla del vestido. Y el lugar, era la alfombra. Mariana se tendió sobre la lana gris. Tenía los ojos cerrados. Estaba cubierta sólo por su calzón negro. Se lo quité. Mi mano, tal vez mis manos, también de vez en cuando mi boca, recorrieron su cuerpo. Ella respiraba muy fuerte, sin abrir los ojos. Parecía imposible ir más allá. ¿Para qué? Pero si ella se olvidaba de sí, uno tampoco es dueño de sus actos. ¡El cuerpo de Mariana es tan ajeno a todos sus cuidados y Mariana sabe obedecerlo y seguirlo como nadie! Ese cuerpo me guió hacia una realización que no debe llegar nunca. Pero en esa realización se encierra la verdad del instante. Quisiera detenerme en una descripción. Es inútil. Uno no ve nada porque lo tiene todo. Estaba ya en Mariana, dentro de Mariana y hacíamos eso que se llama el amor y que es el amor, dolorosa, relucientemente tengo que admitirlo. Hacíamos el amor, respondíamos uno al otro y ni siquiera lo sabíamos. Es un amasijo de suspiros, de quejidos, de lamentos, de pronto de palabras sueltas despojadas de toda significación. Me detuve, si es justo considerar así a esa

acción imprevisible cuando uno no guía sino que es guiado y la palabra uno es absurda y falsa, como todas las palabras, porque siempre se trata de dos, y apoyándome, apoyando las dos manos en la alfombra, separé mi tronco del de Mariana, sin dejar de estar dentro de ella, en ella. La miré entonces. Su rostro había adquirido una belleza que no le pertenece más que a ella, que está siempre presente en esa figura sin tiempo, sin persona que la respalde y que yo presentía, pero no conocía. Ahora se me mostraba. Tenso, bello, inasible, suspendido en sí mismo, prisionero de un instante sin fin que la llevaba a actuar cada una de sus infinitas posibilidades y a revelarlas juntas, unidas en el marco de ese rostro cerrado por sus ojos cerrados, del que se excluía toda exterioridad y sin embargo no era más que una apariencia siempre exterior. Pero ella abrió los ojos y tendió los brazos hacia mí, moviendo la cabeza hacia un lado y otro en un gesto de protesta antes de volver a cerrarlos. “No me mires —dijo—, no me mires. Cógeme.”

¡Ver! Aquí empieza la contradicción y el problema. Yo ya había meditado en la inutilidad inherente al hecho de insistir en desplazarme por el mundo de las apariencias cuando esa ficción de realidad no me conducía más que hacia un ineluctable vacío. Me temo que siempre fue igual. Mi memoria es un recuento de ausencias. Trato de recordarme niño y veo a alguien que ya no reconozco deambulando por una casa que le era ajena aunque fuese la suya llevado por el incongruente propósito de recorrerla sin que ningún ser viviente lo viera para que los objetos, las cosas, le dijeran algo de su soledad. Pero las cosas, cerradas en su particular configuración, se callan siempre. Somos nosotros los que tenemos que prestarle nuestra voz. Y el interminable parloteo de lo humano, cuyo origen es siempre psicológico, me harta. Lo que yo quiero oír es el murmullo del silencio, ese lenguaje incesante mas ininteligible. Luego no es desechable la comprobación de que el mundo organizado para acallar el murmullo buscado nos cubre. Hay que elogiar al hombre por haber sabido armar esa trama, yo la

desprecio. Y esto quiere decir que me desprecio a mí mismo. He pasado como un fantasma por los años de escuela, he tenido amigos —tú entre ellos— y amigas descubiertas junto con los amigos y que me separaban de esa amistad original. Siempre tan inteligente, con varios diplomas en universidades extranjeras que certifican mi dedicación y mi empeño. Uno se aleja de su jardín original, el de su casa, donde miró tantas veces florecer la jacaranda y abrirse las flores —como Adán siempre expulsado del paraíso—; pero la educación nos ha enseñado a ser modestos y no es posible afirmar que se repite la historia; uno desconoce a su madre, como Cristo y también tiene que callar porque ha sido educado por esa misma madre; se va, inevitablemente se va, ¿hacia dónde? Es el movimiento de la vida. Ese movimiento expulsa de su seno a la palabra “uno”.

En una discusión con tu fray Alberto Gurría —*of all people*— él me aseguró que para cerrar ese abismo contábamos con la religión. Confiaba en ello todavía menos que yo y fue doloroso constatarlo. Lo quise mucho en ese momento y ésa es la verdad de los afectos. Lo único que nos protege. El inconveniente se halla en que un reconocimiento se mezcla con el otro y entre los dos se atacan, se destruyen y se hacen imposibles. ¡Qué melancólico es todo esto! ¿Desde dónde te escribo? *Lleno de mí, sitiado en mi epidermis*. La autopiedad es un sentimiento dulce y corrosivo, como cuando de niño el niño está en su cuarto y llora sin saber el motivo, por el enorme, el solitario placer de llorar. No obstante de ello, la melancolía es sagrada; sólo por ella la vida se reconoce a través de nosotros y nos excluye a nosotros.

Mariana no podía saber que empezaba una relación con alguien tan ausente de sí. ¿Empezaba? Más bien habría que escribir terminaba: lo único real es la expectación. Pero Mariana tiene algo que confirma estas negras y positivas observaciones. La guía una fuerza que desconoce y nunca he sabido de nadie que le sea fiel de una manera tan definitiva, como quien dice a pesar suyo, o sea del único modo en que es posible serle fiel.

No es descartable, como te dije, y así lo admitió ella luego, que lo que buscaba conmigo al principio fuese una protección. Sentía, en efecto, que había llegado a un límite en esa especie de oscura sumisión de su persona a la figura que los demás se hacían de ella. A nadie le complace viajar por el mundo siendo nadie cuando sus amigos suponen que tiene una seguridad y una independencia absolutas. Mariana estaba lista para entrar al orden. En cierto momento, yo representé esa voluntad o esa esperanza, que contradecía lo que para mí era su mayor encanto. Halló lo contrario. Una complicidad total con respecto a lo que para el mundo y el orden serían sus características negativas. Porque Mariana no pertenece más que a su ilimitada necesidad de seducir y por ello a su no menos formidable poder de seducción. Para seguir por ese camino sólo necesitaba que esas virtudes fueran las que despertaran el deseo de alguien que por eso no intentara transformarla sometiéndola, sino quisiera verla, entregándole la libertad dentro de la que puede ser en su no ser.

Pero nada es posible si uno no se pierde antes en el deseo. Mariana y yo inauguramos una relación que los dos suponíamos destinada a terminar y mientras durara sólo podía mantenerse en la intensidad del momento. Y lo logramos porque los dos estábamos cegados por esa intensidad, hasta el grado que ella olvidó de inmediato su conservadora búsqueda de protección. Pero no tan de inmediato. Después de acostarnos sobre la alfombra, la llevé a su casa. En el instante en que apareció vestida, yo ya quería que volviera a desvestirse. No se lo dije, sin embargo. La acompañé a su casa, en su automóvil. Al principio hay que guardar las formas porque se es tan idiota, se está tan configurado por lo establecido que uno se avergüenza de mostrar lo que mayor satisfacción podía producirle a la que acaba de empezar a ser su pareja. Sin embargo, en el automóvil no podía ni hablar, perdido en mi necesidad de mirarla. Estaba amaneciendo. Iba con Mariana por las calles vacías y la ciudad resultaba extraordinariamente bella en medio de esa suspensión dentro de la que sólo era real su cercanía

en el interior del automóvil en movimiento. Apenas se detuvo cerca de la entrada de su edificio, me acerqué y empezamos a besarnos. No sé cuánto tiempo estuvimos perdidos en el interior del automóvil. Había vuelto a bajarle el cierre del vestido y la tenía casi desnuda. Pero no quiso que subiera a su casa cuando la necesidad de decidir algo nos expulsó del olvido. Era de día ya y empezaba a haber gente en la calle. Mariana se despidió en la puerta del edificio.

Caminé sin rumbo por los alrededores de su casa, de su barrio. De pronto, era un dolor el íntimo conocimiento de que yo iba a abandonar esa ciudad, pero ni siquiera podía pensar en eso. Finalmente, tomé un taxi y regresé a la casa donde ella se había movido con su vestido estampado durante la cena, donde había estado desnuda sobre la alfombra. Por la tarde le hablé por teléfono. Dijo que necesitaba descansar y me vería al día siguiente. Era encantadora; pero no tan importante. Yo conocía bien a su tipo. Mujer independiente, tendiendo sus redes. Qué odio. La noche siguiente fui a buscarla a su casa. Previsiblemente, dijo que no necesitábamos salir. La observé desplazándose por su sala, sirviéndome una copa, actuando profesionalmente despreocupada. Pero es el principio, uno no sabe adónde va y lo banal se muestra extrañamente atractivo. Es contradictorio que te hayas acostado ya con una mujer y no sepas cómo acercarte a ella. La segunda vez es más difícil que la primera, porque si hay una segunda vez va a haber una tercera. Pero algún gesto, algo, muestra inesperadamente que Mariana sólo está para eso. Ya no se trataba de desnudarla. Me quedé a dormir en su casa. Cuando entré al cuarto, ella estaba esperando en la cama. Es muy divertido que me hayas escrito preguntándome quién es Mariana. ¿Te ayuda en algo esta minuciosa repetición de los sucesos? Por la mañana, su mamá, de la que supe entonces que ocupaba el departamento de arriba, nos envió el desayuno.

Pasamos unos días fuera de la ciudad. Ni su casa ni la mía. Mariana y yo solos. Fue en un cuarto de hotel, viéndola en traje de baño, admi-

rando sus hombros en el comedor, entre la gente, como descubrí que, igual que la mujer de Blake leyendo a Milton, Mariana debería estar siempre desnuda. Está siempre desnuda. Su gesto al quitarse el vestido para meterse a la cama es el mismo que me hizo su prisionero cuando la vi en la casa de Bernardo Tapia quitándose el abrigo. Hay un inabarcable poder en esa acción que la despoja de todo y la entrega no al que la mira sino a sí misma. Pero además, allí, cercados en ese hotel, durante unos pocos días sin tiempo, fue donde nos pusimos de acuerdo en que no esperábamos ni deseábamos ni buscábamos nada. Yo le confesé que proyectaba irme. Lo aceptó con una radical naturalidad. Y era sincera. Ya se encontraría el modo de ceder a la necesidad de protección contra sí misma más tarde. ¡Cómo quería desnudarla, mostrarla, incesantemente, continuamente! Que la vieran implicaba mi posibilidad de ver en los que la veían. Ella era lo invisible, cambiante e inapresable como el mundo. Le desabrochaba el sostén del traje de baño mientras tomaba el sol acostada boca abajo con la cabeza apoyada en los brazos y siempre esperé que se levantara para mostrar sus pechos desnudos. La besaba con un deseo aumentado por el conocimiento de que estábamos entre la gente. Ella decía: "Nos están viendo". Pero se dejaba besar y por lo menos en parte sabía que la besaba por eso.

Es insondable carecer del temor de resultar perverso. Uno lo es inevitablemente cuando actúa como si no fuera nadie. Sin proponérselo, en esos días Mariana y yo logramos ser el deseo que actuaba en nuestros cuerpos sin dueño. Soy incapaz de renunciar a la certeza de que ese contradictorio fenómeno es el que el lenguaje no puede expresar sin traicionarlo o confundirlo haciendo preciso lo que es esencialmente impreciso. A no ser que renuncie a toda significación. Y entonces ya no está cumpliendo con su cometido en tanto lenguaje. Los cuerpos están hechos de silencio, como las cosas: son cosas. Está prohibido, ellos prohíben, meditar en sus actos. Hay que dejarlos solos. No examinarlos, no interpretarlos. Renunciar, por tanto, al lenguaje. Eso